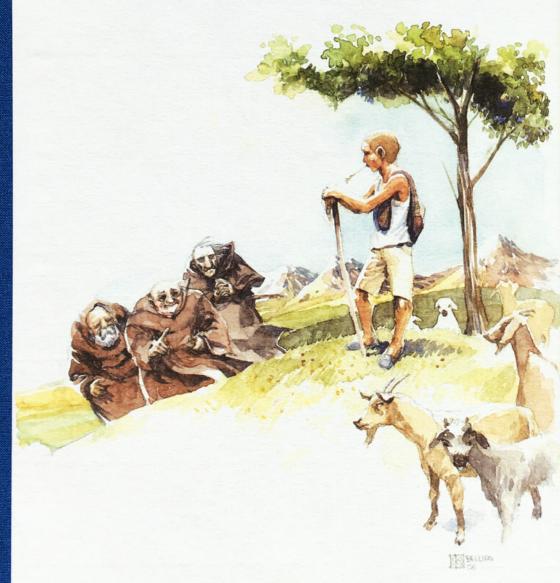
ÉRASE QUE SE ERA...

Recopilación y estudio Joaquín Díaz



CUENTOS TRADICIONALES DE CASTILLA Y LEÓN

ÉRASE QUE SE ERA...



Fundación Joaquín Díaz • 2020

Publicaciones Digitales

funjdiaz.net



ÉRASE QUE SE ERA...

Recopilación y estudio Joaquín Díaz

Ilustrado por **Santiago Bellido**



Esta edición es de libre distribución, siempre que se respete en formato y contenido como conjunto íntegro y se nombre la fuente original, tanto edición como autoría, si se cita en otras publicaciones.

© de los textos: Joaquín Díaz

© de las imágenes: Santiago Bellido

© de la edición: Fundación Joaquín Díaz

Adaptación digital: Luis Vincent 2020

1ª edición impresa 2008 Diseño y maquetación:

Juan Antonio Moreno y Francisco Rodríguez • tf med!a

Fundación Joaquín Díaz • 2020

Publicaciones Digitales

funjdiaz.net



ÍNDICE

RECOPILACIÓN Y ESTUDIO Joaquín Díaz		8
1	Astucia y necedad	17
2	Valentía y cobardía	107
3	Bondad y maldad	137
4	Riqueza y pobreza	179
5	Prudencia e imprudencia	189
6	Lo natural v lo sobrenatural	233

Joaquín Díaz

La civilización del ocio, esa en la que nos encontramos inmersos y de la que disfrutamos hoy, nos ha traido muchas costumbres novedosas que, si bien no han modificado las esencias del individuo, al menos le han aportado nuevas formas de mirar y nuevas sensaciones que se derivan de esas miradas. La contemplación de un paisaje durante una excursión de fin de semana, por ejemplo, no nos provoca las mismas impresiones que pudo producir a un pastor o un agricultor del siglo XVIII, pendientes ambos del crecimiento de los cultivos o de los pastos, del diseño lógico de las sendas o de los peligros inherentes a las zonas boscosas. Lo que sí que nos ha aportado esa contemplación, es la certeza de que la naturaleza no existe en estado puro. No sólo porque probablemente advertiremos la presencia de plásticos o cascos de botella –elementos que distraerán nuestra atención de sensaciones más estéticas o elevadas- sino porque percibiremos una cierta "manipulación" en el panorama observado. Alguien trazó aquí un camino aprovechando determinadas características del terreno, otro creó allí un plantío deliberadamente para usar las ventajas de la humedad en el suelo y alguien más sembró de cereal aquella planicie para sacar partido a los aperos que otros mejoraron para él. En suma, en toda visión general de un paisaje, por natural e intacto que nos parezca, aparecerán las huellas de diferentes y sucesivas manos que intervinieron en una evolución interesada.

El paisaje, por tanto, como elemento abarcable y definible de aquella misma naturaleza intervenida, es el resultado de multitud de aciertos y contradicciones históricas y sociales que han venido modificando su primitiva esencia. En la modificación de ese paisaje ha tenido mucho que ver la mano del hombre, así como innumerables y sucesivas tecnologías agropecuarias que se aliaron para crear un medio –que hasta ahora se denominaba rústico o rural para diferenciarlo del generado en espacios donde se concen-

traba de foma más intensa la población—, cuyos patrones han cambiado con tanta celeridad en los últimos tiempos que ya no se pueden calificar con el término tradicional sin provocar equívocos.

Pero del mismo modo que la mano del individuo ejerció una influencia modificadora sobre su entorno, las bases de su pensamiento se fueron estableciendo sobre antiguas creencias que generaron mitos, conformaron relatos legendarios, hicieron nacer fórmulas de comunicación, etc. El individuo de hoy, al igual que lo hicieron sus antepasados, piensa, cree, se expresa, transmite, advierte a otros, se muestra satisfecho de lo que consigue... Pero no pensemos que esa civilización del ocio, de la tecnología o de los avances informáticos le ha servido para solucionar sus contradicciones, sus angustias o sus problemas vitales. Muy pocas personas de las que hoy leen un horóscopo, por ejemplo, se figuran la afición que en tiempos no tan lejanos despertó la adivinación del futuro por medio de los astros, de las cartas o de otros signos. Los almanaques y pronósticos perpetuos trajeron hasta nuestros días la idea de que la libertad del individuo estaba condicionada por un hado inexorable o por un determinismo fatal. La afición hacia esas previsiones o vaticinios no se ha perdido. Cada uno cree en unas fórmulas o en otras -o finge no creer en ninguna- pero el resultado es que la curiosidad por el destino que pueda aguardarnos o por la suerte que nos depare el futuro sigue siendo muy grande, hasta en los más escépticos.

Muchas personas se preguntan si la tendencia en el individuo a preservar los conocimientos del pasado es un mecanismo de defensa, una inclinación genética o un sentimiento de responsabilidad. El primer supuesto nos situaría ante un sistema según el cual, el abandono de las experiencias previas sería un grave error para el ser humano y el colectivo en el que vive. El segundo concepto tendría que ver con la impresión de aquel sistema en los genes, para proteger a la especie de desviaciones cuyo resultado se conoce y se teme. La tercera posibilidad tiene más que ver con el voluntarismo del individuo y le facultaría para actuar en la medida de sus deseos sobre un legado secular cuyo uso y manipulación, como hemos visto, le competen. Desde los albores de la humanidad el individuo necesitó creer en algo superior a él que diera sentido a su existencia y le ayudara a prolongarla más allá de la muerte física. Las distintas culturas y civilizaciones que han ido dejando su huella en la historia confirman la idea de que un ser o una fuerza más elevados controlaban y juzgaban al ser humano y sus hechos. De esas fuerzas se ha hablado y escrito todo lo que uno pueda imaginarse, porque muchas veces el hombre las personalizó, las convirtió en compañía cotidiana y las confirió un rostro. Mitos de todas las épocas reflejan las obsesiones y necesidades de nues-

tros antepasados que se plasmaban en leyendas acerca del origen de nuestra especie, relataban sus presuntos pecados, narraban el castigo infligido por ellos y creían posible la regeneración a través de un sacrificio o por medio de la venida a la tierra de un dios. El diluvio, el fin del mundo, el más allá, son ideas que perpetúan todavía hoy antiguas creencias de cuyo origen y desarrollo es responsable el ser humano con toda su carga de sueños, de esfuerzos y de preocupaciones. Muchas de esas creencias han llegado al pensamiento actual desprovistas del significado y simbolismo que tuvieron, por eso no es de extrañar que su identificación sea dificultosa hasta para los expertos. Sin embargo en antiguas oraciones, en conjuros, en relatos y en cuentos aún vigentes puede vislumbrarse la importancia que en otras épocas tuvieron determinadas convicciones y su traducción puntual a términos de expresión popular.

Sorprende, a cualquier persona que se haya molestado en saber qué piensan sus vecinos sobre ellos mismos, la similitud de temas encontrados al revisar lo que podríamos denominar repertorio común. Sabemos que, en general, un individuo necesita crearse un repertorio de expresiones como factor descriptivo de su personalidad, como elemento que le servirá para integrarse dentro de una identidad y como base para usar y disfrutar de un lenguaje colectivo. En cualquier caso ese repertorio le servirá de referencia cultural, de referencia geográfica, de referencia generacional o de referencia emocional. ¿Qué pueden tener en común un vals, un romance, una copla, un tango, un cuento de brujas, una adivinanza y una leyenda? Pues sin duda al individuo que los memoriza y que los hace suyos compartiendo con otras personas de su entorno algunas de las claves para mejor comprender y traducir al lenguaje vital todos esos temas y sus conexiones. El esfuerzo por relacionar los conocimientos con la vida es como la piedra angular que permitirá que el arco de la ciencia no se desplome por el peso de cada una de sus piezas. Quienes trabajamos en el terreno de los conocimientos legados por la tradición lo tenemos muy claro: nada en la vida de los individuos se produce aisladamente. Cualquier hecho que tenga que ver con el desarrollo de la personalidad, con la expresión artística, con la relación con otras personas o con el entorno, se conecta indefectiblemente con otros aspectos adyacentes, de tal modo que resulta imposible la comprensión perfecta de ese mismo hecho sin conocer las circunstancias que lo provocaron.

¿Y de dónde procede el impulso que lleva a un individuo a elegir este tema en vez de aquél? Probablemente de la dualidad, de la tensión de fuerzas que se produce entre lo conocido y lo desconocido en nuestro cerebro. Frente a la incógnita y el misterio, se generarán el miedo, el valor y el sentido de protección que trataremos de trasmitir a nuestros descendientes a través de relatos ejemplares. Frente a lo ya experimentado, frente a lo ya vi-

vido, tenderemos a repetir aquellos patrones que sirvieron a otros antes que nosotros para solucionar sus problemas de angustia, de dudas, de incertidumbres, de relación...

Los cuentos populares nacen como resultado de esa tensión permanente entre dos principios cuyas fuerzas influyen sobre el ser humano y modifican su comportamiento: el bien y el mal, la vida y la muerte, la inteligencia y la estupidez, lo normal y lo que no lo es... No nos extrañe que los protagonistas o los personajes de esos relatos aparezcan bajo capa de animales o caracterizados en profesiones de cierta relevancia social. Tampoco debe extrañarnos que los héroes estén forjados en la desgracia o en la adversidad. Su valor, precisamente, radica en el ejemplo, en sus capacidades para sobreponerse al destino, para salir del hogar y volver a él, para derrotar al mal, para vencer las prohibiciones y pruebas. También todo eso contribuye como factor de selección a que un tema se transmita con categoría de cuento. Porque responde a una ideología, y al decir ideología utilizo la definición de Guy Rocher, quien describió el término como "un sistema de ideas y de juicios, explícita y genéricamente organizado, que sirve para describir, explicar, interpretar o justificar la situación de una persona o un grupo y que, inspirándose ampliamente en valores, propone una orientación precisa para la acción histórica de ese grupo o de esa persona". Nada más y nada menos.

La estima en que la sociedad tiene el cuento en la actualidad es el resultado de consideraciones morales de literatos decimonónicos, pero, por desgracia, es difícil desterrar esa prevención y, por tanto, no es raro escuchar frases como "no me vengas con cuentos" o "¿me vas a venir a mí con esas patrañas?", o incluso la levemente insultante "tú eres un cuentista". ¿Por qué este aparente desprecio por el género? Para contestar a esta pregunta habría que adentrarse ya en el terreno de la sociología, pero se podría al menos adelantar que una de las claves está en el desprecio secular de los "hacedores" de la cultura escrita hacia aquello que oliera a rusticidad y que llegaba a incomodarles precisamente por no comprenderlo pese a toda su ciencia. Y es que el mundo rural ha visto llegar y pasar los avances y los progresos con cierto escepticismo o, a lo sumo, considerándolos como un mal menor. Sin pretender trascendentalizar un simple prólogo, yo diría que la economía, así como la moral y las costumbres, han tenido mucho que ver en estos súbitos amores y desamores por el cuento y otras manifestaciones orales. Y no es extraño, ya que en la propia entraña del relato hay siempre un mensaje más o menos oculto, y ese mensaje puede incomodar o resultar apto para los fines de quienes gobiernan o dominan la sociedad. De hecho, podríamos decir que todos los cuentos poseen un arquetipo ético disfrazado detrás de los ropajes del protagonista y su antagonista, o, en otras palabras, tras el bueno y el malo. Porque

siempre hay un bueno y un malo; o un comportamiento ejemplar y otro que no lo es. ¿Y quién juzga lo que es aceptable o no para una comunidad en un momento determinado? No olvidemos que el cuento fue siempre, además de un motivo lúdico o de distracción, una escuela de costumbres; que hasta el siglo xvIII los niños crecían, sobre todo en el medio rural, rodeados de una cultura oral que recibían en las veladas cotidianas junto al fuego o en el hogar después del trabajo. Hay, pues, bajo el aspecto de un simple elemento como el cuento, una lucha por alcanzar el poder, retenerlo y controlar sus resortes en el terreno de la educación. No de otra forma se explica la abundancia de fábulas y relatos moralizantes en el siglo XVIII, que contrasta con la liberalidad, o la despreocupación si se quiere, de otros siglos. Los ilustrados quisieron acabar con el "atraso" del mundo rural, olvidando que en él estaban los cimientos de su propia cultura y que la traza sucia y desaseada de un pastor o un labrador podía esconder a veces respuestas ponderadas y filosóficas a las eternas preguntas del ser humano.

En cualquier caso, el cuento es siempre proposición, expresión, y en ese sentido llama la atención la propia palabra cuento, del verbo contar (del latín "computare"), que significa en su primera acepción numerar o computar las cosas considerándolas como unidades homogéneas. Es curioso que el término "computadora" y sus derivados, tan usado e imprescindible en nuestros días, haya venido a ser el sustituto de las narraciones en muchos casos para distraer los momentos de ocio infantil. En el fondo hay que reconocer que, al menos etimológicamente, existe una cierta similitud y que, más en la superficie, nadie puede negar que contar un cuento sea "expresar una magnitud con ciertas unidades o medidas".

Si después de todo lo anteriormente expuesto nos atreviéramos a dar una definición de cuento, lo haríamos, con notables reservas, de la siguiente forma: "el cuento es la narración intencionada de una historia". Lo cual, además de ser una frase de elementos intercambiables (también se podría decir que una historia es un cuento narrado intencionadamente o que una narración es la intención de contar una historia), es una verdad de Perogrullo, "que a la mano cerrada le llamaba puño". Lo que sucede es que a esa verdad tan simple y básica le podemos y le debemos ir añadiendo elementos que acoten mejor el campo.

Para empezar, y teniendo en cuenta que la cultura tradicional sienta sus reales en el mundo de la creación (al desarrollarse en el ámbito de la oralidad está sujeta a los cambios imprevisibles de sus propios portadores que crean y recrean forma y fondo), el género depende en gran medida de esos transmisores y de su lenguaje. ¿Quiénes son y cómo actúan los narradores? Desde luego habría que aclarar que no todo el mundo

puede ser un buen narrador; al igual que en otros campos, se requiere una especialización: interés por el tema, conocimiento de un repertorio amplio y variado, posesión de recursos indispensables para el oficio (mente creadora o espíritu amante de la fantasía, facilidad de palabra, capacidad de expresión gestual), todo lo cual configura una personalidad atractiva basada en una preparación singular. Pues bien, las personas avezadas en esas técnicas han sido, con su acción, las controladoras del género hasta hace muy pocos años en que su función se ha visto sustituida, cuando no ridiculizada, por los medios de comunicación, que, en virtud de su poder, han confinado la labor del narrador al ámbito familiar y, aun en él, han venido a desprestigiar su labor y reducir su importancia bajo excusas de anacronismo o falta de funcionalidad. De nuevo la civilización vuelve a "progresar" por caminos sospechosos, despreciando sistemáticamente lo antiquo y pretendiendo sustituir a las personas por máquinas. El error no está tanto en la máquina misma, sino en la utilización excesiva o desatinada que de ella se haga. El hecho es que, en el desarrollo de su actividad, los narradores o especialistas, autodidactas por lo general o con un aprendizaje formal mínimo (hay niños que a los cinco o seis años tienen una facilidad pasmosa para relatar cuentos) han alcanzado o adquirido una serie de recursos que nos van a permitir definir algo más los límites del género: el narrador no suele distinguir entre clasificaciones, de modo que puede relatar junto a un cuento maravilloso una facecia costumbrista o una fábula de animales, porque en el fondo lo que le interesa es comunicar un código y ese código debe descifrarlo quien escucha el relato e introducirlo en su memoria y en sus pautas de comportamiento. Utiliza casi siempre unas fórmulas iniciales y finales que enmarcan lo narrado dentro de un cauce o estilo (si empieza diciendo "érase una vez", se supone que no va a recitar una adivinanza o una oración; por ejemplo, si dice "colorín, colorado", se sabe que el cuento termina); utiliza la narración en tercera persona o los diálogos de acuerdo a su estado de ánimo o al público que le escucha (un cuentista fuera de su contexto tiende a acelerar la narración; a abreviar, suprimiendo diálogos); elimina o acumula fragmentos que no constituyan de por sí una fórmula irreemplazable, según su criterio y voluntad. Da por sobreentendidas a veces esas fórmulas o las repite machaconamente para que sean más fácilmente retenidas en la memoria por su auditorio; fórmulas que, muy frecuentemente, son inventadas o creadas bajo modelos versificados que varían de unos narradores a otros. En la selección de material influyen factores de orden personal (predilección por determinados temas), familiar (gustan los cuentos en que se reconocen o identifican los protagonistas: padre, madre, hijos, abuelo, etc.) y social (consideración de la comunidad hacia materias específicas: religión, costumbres, minorías étnicas, oficios, etc.) Por ejemplo, muchos de los elementos importantes que aparecen en un relato -como el objeto que da la facultad de conseguir

lo que uno quiera- se acomodan a los tiempos y a las creencias; así, una varita de virtud o rama de árbol que durante generaciones poseyó efectos mágicos o milagrosos, se ve convertida hoy en una especie de batuta con una estrellita en la punta por acción y efecto de la sofisticación y el cambio de mentalidad. Los cuentos sobre gitanos, gallegos, vascos, castellanos o catalanes, que tienen gracia según se cuenten en unos lugares u otros, naturalmente, no son sino una velada defensa de señas de identidad (frente a comportamientos que, desde esa perspectiva, se juzgan anómalos o perjudiciales) e incluso a veces una forma de sacudirse el mochuelo de los defectos propios para cargarlos sobre la comunidad vecina, de la que asustan -por nuevas y distintassus costumbres. La crítica, por momentos inmisericorde, lanzada contra determinados oficios o ministerios (curas, zapateros, sacristanes, segadores) no es sino un control social ejercido por quien posee un eficaz sistema para ridiculizar o ensalzar determinados poderes a muy bajo costo personal o de relación. ¿De qué otra forma se explica que, en un país como el nuestro, donde desde hace siglos ha habido un control tan riquroso sobre las costumbres y hábitos morales, existan todavía hoy tantos cuentos que caricaturizan las desviaciones en el comportamiento de frailes y monjas? "A falta de pan, buenas son tortas", dice el refrán, y ante la inexistencia de cauces para censurar o vigilar conductas heterodoxas, la crítica se sublima o volatiliza para seguir otros derroteros menos oficiales. Las variantes locales también tienen su importancia en cuanto a los elementos que componen el cuento; no se puede hablar de un nogal mágico donde no hay más que palmeras, del mismo modo que no existirán burlas contra los gallegos en Valencia, pues la lejanía y la ausencia de fricciones en fronteras comunes les quitaría sentido. Un rito o un elemento del rito pueden variarse para dar sentido al relato cuando las primitivas funciones han perdido su fuerza original. Por eso en las narraciones maravillosas los oficios suelen ser institucionales o míticos (rey, príncipe, princesa, bruja, etc.), mientras en los de costumbres vemos reflejado el entorno (labradores, pellejeros, sacristanes y, más recientemente, chóferes, aviadores, etc.) Esta puesta al día del contenido alcanza también al continente; realmente, muchos de los temas costumbristas de hace años o siglos se han refugiado en los chistes actuales, pero cuentos como el de "El buey y el asno" o "El zapatero dichoso" se pueden reconocer en el Libro de los Gatos o en narraciones de Anacreonte. "Piel de asno" o "El príncipe rana", "La marrana cenicienta" o "Isabel" están en las colecciones de los Grimm o de Perrault, y así podríamos seguir con casi todos los ejemplos de esta colección. Sin embargo, no conviene caer en tentaciones genesíacas pensando que tal o cual narración nacen de la mente de este o aquel "inventor" de cuentos; aquí la palabra inventor tendría su sentido original (invenire = encontrar) y vendría a designar a quien, habiéndose topado con un tema adecuado, sabe darle el tratamiento preciso para que des-

pués la suerte o la moda lo difundan a los cuatro vientos; por supuesto que tal tratamiento deberá entrar dentro de ese peculiar "estilo" que define a todo lo tradicional y que resulta tan difícil de delimitar. De cualquier modo, la gente sabe distinquir un cuento bien narrado de otro que no lo está, así como en estos momentos -por sensibilidad o porque las modas y costumbres varían- apreciaría mejor un texto de Fernán Caballero que uno de Antonio Trueba, aun perteneciendo ambos al mismo siglo. Que no estoy de acuerdo con la tesis de que el folklore (y permítaseme que al menos una vez utilice el término tan querido y, por desgracia, tan equívoco), por una serie de circunstancias, está muriendo, creo que es evidente. Para mí existe, como ha existido siempre, una transformación, una evolución lenta, dolorosa en ocasiones, pero habitualmente fructífera. Tanto si se trata de crear literatura como si se trata de repetir lo que la tradición nos ha legado para que se transmita oralmente, el ser humano necesita expresar sus emociones y sus sentimientos a través de la palabra, procurando además hacerlo con la adición de criterios estéticos. Cada frase, cada poema es como un latido, que le recuerda que su corazón palpita y que esa vida procede de la masa de su propia sangre, la misma que le vincula a un apellido, a una cultura y a una tierra. Por eso creo que tiene tanto sentido que la creación literaria esté unida a los mayores y a los niños; porque es como un reconocimiento a un pasado lleno de vivencias que ha posibilitado ese presente del que ahora disfrutamos y nos dirige hacia el futuro que entre todos queremos firmar. Siempre he creido que más que la tipología de los cuentos -que es muy abundante y muy representativa- nos debe interesar el contenido y la casuística. ¿Qué es lo que hace tan atractivos los cuentos de La Cenicienta o de Caperucita? Indudablemente el carácter y las reacciones de los protagonistas, más que los personajes mismos. En el relato de La cenicienta se reconoce el premio a la humildad, el castigo a la soberbia, el triunfo del amor por encima de las más adversas dificultades; en Caperucita, más allá de la positiva relación intergeneracional (nieta y abuela), está la victoria del ser humano sobre lo oscuro, lo numinoso, representado por el bosque y por el animal más genuino de ese lugar misterioso que asustó al individuo durante cientos de generaciones.

Hemos atravesado una época ciertamente crítica, pues el cambio en las preferencias y el sistema de vida del ser humano han dado al traste con muchos elementos tradicionales que parecían inamovibles. Pero estas narraciones siguen existiendo y divulgándose a través de las sendas más insospechadas, tal vez porque nacieron para ser contadas y transmitidas en ese lenguaje oral, dúctil, manejable, pero también rico e imaginativo. Al menos, tan imaginativo como pueda llegar a ser el verbo de quien lo narra y la mentalidad de quien lo escucha.



1 ASTUCIA Y NECEDAD

19 La raposa y los fresqueros

20 El oso y la zorra

22 La raposa y Juanitonto

24 La raposa y el queso

25 La zorra y el queso

26 El lobo y la zorra

28 La raposa y el gavilán

29 Alcaraván comí

1 Rabo corta mucho

32 El gallo y la raposa

33 El gato y la raposa

34 La tortilla

36 El galgo y la zorra

37 La urraca y la zorra

39 El campo de trigo

42 Los animales viejos

43 El corcho de miel

44 El sapo y la raposa

45 El gallo Matías

46 La zorra

47 La pata del raposo

49 La raposa y la cigüeña

50 La cigüeña y la raposa

51 El águila y la raposa

52 Juanitonto

54 El labrador listo

56 Los dos raposos

57 El gallo capón

58 El sapo y las prisas

59 Los cinco cabritos

60 El ratón de campo

61 El zagal y los frailes

62 El cura y el tratante

63 El cura y la molinera

64 Los arrieros y el cura

65 El pastor y el cura

67 El cura, el sacristán y el capellán

69 El cura y el monaguillo

71 El cura y el chocolatero

72 El cura corto

73 El cura y el cabrero

74 El gitano y el cura

75 Las truchas

77 Las borrachas

78 La matanza

80 El perillán

82 El arroz del soldado

83 Ni don Juan ni don Manuel

84 Cuento de las jarras

85 La señorita y la criada

86 De paseo Su Majestad

88 Cuando el rey visitaba los monasterios

90 El sacristán y los segadores

91 El caldo y los garbanzos

92 El mal yerno

93 El tío Conejo

96 Tío Zumbones

98 Los seis burros

99 El listo

100 La chica y el cubo

101 El testamento

102 El cura y los huevos

103 El ramo de albahaca

105 Los frailes y el zagal

ÉRASE QUE SE ERA...

La raposa y los fresqueros

Estaba la raposa durmiendo en un camino y pasan unos con un carro de fresco, y dicen:

- -Hombre, una raposa; qué piel más bonita tiene...
- -Pues échala al carro.

Estaba dormida, pero se despierta al olor de las sardinas que llevaban los fresqueros y tira una cesta, y va tirando, tirando sardinas; coge la cesta, luego las va recogiendo y se marcha. Y cuando se estaba comiendo la última sardina llega Juanitonto y y dice:

-Cómo huele a pesca...

Dice:

- -Sí, mira; estaba dormida en un camino, han pasao los fresqueros, me han tirao al carro, he tirao todas las sardinas y luego me las he cogido.
- -¿Ah, sí? ¿Ná más hacer eso?
- -Ná más.

Y va Juanitonto corriendo, corriendo, y se pone delante del carro.

-Hombre, un oso. Vamos a cogerle.

Van a coger un hacha del carro y ven que la raposa ya se ha ido y les faltan las sardinas.

-Ah, pues éste no nos la da.

Y le pelaron vivo y le quedaron en la carretera. Y luego la raposa:

- -¡Huy, pero cómo estás!
- -Ve ahí. Por ti. Te voy a comer...

Conque la raposa echó a correr mucho y se salvó. Y Juanitonto anduvo, hasta que le salió la piel, buscando a la raposa que cada vez le hacía una faena.

El oso y la zorra

Pues ésta era una zorra que tenía mucha hambre, y como ya empezaban las tripas a quejarse de una manera alarmante, se le agudizó el ingenio. Se puso en medio de un camino por donde solían pasar los carros que iban con el fresco y se hizo la muerta. Al rato pasó un fresquero y dijo:

-Anda, una raposa muerta; la voy a echar atrás y me hago con el pellejo una bufanda...

Conque fue y la tiró encima de las canastas de sardinas. Pero en cuanto se puso de espaldas, cogió la zorra y fue tirando sardinas por el camino hasta que no quedó ni una.

Luego se bajó ella, reunió todo y se preparó a darse un banquete. En eso llega el oso:

- -Hombre, amiga zorra, ¿qué haces?
- -Pues ya ves, voy a almorzar.
- -Ah, muy bien, ¿y pensabas comerte todo eso y no invitarme?
- -Naturalmente, como que estas sardinas son mías y buen trabajo me ha costado reunirlas. Trabaja tú, que te pasas medio año dormido y otro medio atontado.
- -¿Y cómo lo has hecho?
- -Pues muy fácil; me hice la muerta, me montó un fresquero en su carro y le cogí todas las sardinas.
- -¿Así de sencillo?
- -Así de sencillo.

Conque al día siguiente va el oso al mismo sitio y se tumba en el camino. Al rato llega el fresquero, y al ver al oso allí cruzado, dice:

-¿De modo que me quieres jugar la misma de ayer? Pues ahora verás.

Y sacó la navaja y le desolló vivo; sólo le dejó la piel de la cabeza y de las patas.

Así, dolorido y escocido, se echó a andar por el camino, pensando:

-En cuanto encuentre a la zorra, la mato.

Cuando la zorra le vio venir, le gritó desde lejos:

- -Eh, el de las botas y el sombrero, ¿cómo te fue con el fresquero?
- -Aquárdate ahí, que te lo digo en dos palabras.

Pero sí, sí; buena era la zorra de lista. Como para dejarse coger...



La raposa y Juanitonto

Juanitonto tenía mucha hambre y estaba deseando comer a la raposa, y siempre estaba escondiéndose; conque ya:

- -¿Qué haces, raposa?
- -Mira, estaba mirando ahí (había un lago), que mira qué queso más grande hay.

Y dice:

- -Huy, sí. ¿Cómo lo cogeríamos?
- -Pues mira, vamos a beber agua hasta que merme.

Y ya, tanta agua bebió Juanitonto que se le salía por el culo. y va la raposa (como son tan listas):

-Espera, espera, que voy a ver.

Y encontró un tapón (de esos que van a merendar y quedan los tapones en las cunetas) y se le puso en el culo. Pero como se fue la luna más allá ya no estaba el queso.

-Ay, me has engañao. ¡Qué malo estoy!

Y ya van andando, andando, y llegan a un sitio que era un convento de frailes que tenían labor, trillaban y eso. Y estaban trillando.

- -Buenos días (era el tiempo que hablabais todos los animales)¹.
- -Buenos días.
- -¿Qué decís?
- -Ay, que tenemos una desgracia muy grande; que se nos ha muerto un caballo y no podemos trillar.
- -Anda, enganchar a Juanitonto -decía la raposa-. Enganchar a Juanitonto, verás qué bien.

Conque enganchan a Juanitonto y le dan dos palos. Se le quita el tapón del culo y empezó a irse trigo y todo por una cuesta.

-Ay, Dios mío...

Y la raposa, mientras, fue corriendo a otro convento de monjas que había allí, que les traían la comida a los frailes, y dice:

-Ay, monjitas, monjitas, que se os está estropeando la cosecha. Se está inundando.

Mientras tanto, como ya tenían preparada la comida, se comió toda la comida, toda la carne y dejó los huesos y se hizo un collar. y ya no se podía mover de lo que había comido. Conque se echa a andar por la carretera y ya no podía más, y se echa a la sombra de un árbol. Y Juanitonto, que le habían pegao una panadera buena, iba que no se podía tener.

Y dice:

- -¿Qué haces, raposa? Vamos, que qué mal nos ha salido el día hoy. ¡Anda, vamos!
- -No puedo ir, que estoy muy malita.
- -¡Vamos!
- -Que no, que mira: me levanto y me caigo; no puedo andar.

Conque:

-Pues trae, yo te cojo a cuestas.

Y la llevaba a cuestas. Y de vez en cuando decía:

-Lera, lera, lera;
 comíme la comida
 y me voy caballera.

Y Juanitonto callao. Y vuelve a decir:

Lera, lera, lera...

- -¿Qué dices?
- -Nada, un cantar,

Y ya llegan a un puente.

Lera, lera, lera, comíme la comida y me voy caballera.

-¡Pues ahí te va esa pera! (y la tiró al río).

Y ahí ya despertó Juanitonto.

¹ Dirigiéndose la narradora al auditorio.

La raposa y el queso

Era por la noche y la raposa tenía mucha hambre, y estaba en un pozo que sacaban agua pa dar a las mulas, y había dos calderos, uno que subía y otro que bajaba, y miró y estaba allí la luna. Estaba el queso.

-¿Cómo me bajaría yo?

Se metió en el caldero y bajó, y subió el otro, y luego no podía ni bajar ni subir. Pero más adelante se asoma Juanitonto que la andaba buscando los vientos y dice:

- -¿Qué haces ahí? (Ya se había sentao el agua).
- -Pues mira, comiendo este queso, que me estoy poniendo...

Y dice:

- -Ay, ¿cómo has bajao?
- -Métete en ese caldero, verás qué pronto bajas.

Subió el caldero pa arriba y dice la raposa:

-Anda, que siempre serás Juanitonto...

Conque vienen los mozos que iban a dar agua y lo primero que sacan es a Juanitonto.

-Anda, que vaya una broma que han hecho. Han tirao aquí un oso.

Y al sacarle se echó a correr; como estaba vivo...



Pues resulta que la zorra, después de corretear todo el día para acá y para allá, no había encontrado nada que echarse a la boca y tenía más hambre que el perro de un volatinero. Cuando se hizo de noche se acercó a un pozo a beber, y vio abajo la luna reflejada, que parecía un queso de redonda y blanca que era.

-¿Cómo podría yo arreglármelas para bajar y coger ese queso?

Se metió en un caldero que había allí mismo, en el brocal, y sin encomendarse a nadie se agarró de la maroma que había en la polea y se tiró; pero al bajar un cubo subió el otro lleno de agua, y ella se quedó en el fondo sin poder salir.

-Pues vaya negocio que he hecho... Compuesta y sin queso.

Al rato, cuando ya casi había desesperado de que pasase nadie por allí, se asomó el oso.

- -¿Qué haces ahí abajo, amiga zorra?
- -Pues ya lo ves, que me estaba comiendo este queso y no puedo más de lo harta que estoy.
- -Oye, pues déjame bajar, que a mí lo que me sobra es el hambre.
- -Ahí tienes el caldero; métete dentro y ven acá, que te dejo lo que queda.

En cuanto se metió el oso en el cubo subió la zorra a escape.

-Anda, bobalicón, para ti todo el queso, y que te hartes.

Y colorín colorado, este cuento se ha acabado.

El lobo y la zorra

Pues eran el lobo y la zorra, que se encontraron una noche en una era. Y al asomarse al pozo, se veía la luna reflejada en el agua.

- -Menudo queso -dijo el lobo-, ¿cómo haría yo para comérmelo?
- -Es muy sencillo -contestó la zorra-. Basta con que te bebas todo el agua del pozo y el queso es tuyo.
- -Pues dicho y hecho, que luego es tarde.

Y empezó el lobo a tragar y tragar cubos de agua; pero según lo bebía por delante se le iba por detrás, porque tenía el "muelle" un poco flojo.

-Así no hacemos nada -dijo la zorra-; te voy a hacer un tapón con un manojo de espigas, porque pareces una regadera.

Conque al rato ya estaba el lobo, hinchado como un odre y tan orondo que no podía ni acercarse al brocal.

- -Comadre zorra, asómate al pozo y alcánzame el queso, que yo me he bebido toda el agua y tengo la panza como un tambor...
- -¡Insensato! Te lo has tragado y ni siquiera te has dado cuenta.
- -Pues, oye, puede que tengas razón, porque estoy bastante lleno...
- -Espera, que te voy a aliviar un poco.

Y fue y quitó el tapón del trasero del lobo, y empezó a correr toda el agua por la era. Entonces la zorra fue a avisar a los segadores, que estaban almorzando:

-¡Rápido, venid! Que el lobo os está mojando el trigo y se os va a pudrir.

Se levantaron todos a una y salieron a perseguir al lobo; entretanto, la raposa subió al sobrado de la casa y agarró todos los chorizos que pudo; pero al bajar por la escalera la venció el peso y fue contando los peldaños, uno a uno, con el hocico, hasta abajo.

Mientras, los segadores habían agarrado al lobo y le habían metido en el cuerpo tal somanta que le habían roto las costillas. Cuando llegó la comadre zorra estaba su compañero quejándose.

-No grites tanto, que yo también he medido el suelo y mira cómo traigo el hocico de hinchado.

Conque empezaron a discutir sobre cuál de los dos estaba peor, y como no se ponían de acuerdo, decidieron que hiciera de juez el primero que pasara por allí, y que quien perdiera tendría que llevar a cuestas al otro hasta su casa. En esto pasó una oveja, y, como es natural, por el odio que tenía al lobo, dijo que había sido más grave lo de la zorra, así que el pobre tonto cargó con ella, a pesar de tener las costillas rotas; y a cada dos pasos decía la raposa, con el hocico como un botijo:

-Romerías, como éstas, que no te cansas y te llevan a cuestas.

Y dale; y vuelta.

-Pues a mí las romerías que me las den como éstas, que no te cansas nada y te llevan a cuestas.

Y ya se hartó el lobo, y al pasar por un puente dijo:

-Pues al agua, que apestas.

Y la tiró al río.

Yo os lo digo y no miento, que como me lo contaron os lo cuento.



La raposa y el gavilán

Era la raposa, que cuando nieva y eso, pues claro no encontraba comida, y ve en una peña puesto un gavilán, así, va por detrás y "aum", se le cogió, y le tenía todo en la boca.

Y va el gavilán y dice:

-Ay raposita, ya que me comas dí: "Al gavilán comí".

Y claro, al abrir la boca pa decir "al gavilán comí", dice:

-A otro tonto, pero no a mí.

Y se marchó.

Alcaraván comí

Era una aguililla que tenía un nido en un pino muy alto, y la zorra andaba por ahí y no tenía comida. No encontraba y tenía hambre. Y ya, pues vio a la aguililla y le dice:

-Aguililla, aguililla, dame un hijo.

Y dice:

-No, no. ¿Cómo te voy a dar un hijo? Son míos.

Dice:

-Pues como no me des un hijo, rabo corta mocha, rabo corta mocha...

Y le tiró un hijo. Y al otro día, que viene con hambre, lo mismo, que le tire un hijo. Coge y le tira otro hijo. Y ya se pone a llorar, a llorar, y pasa el alcaraván y dice:

-¿Qué haces, amiga aguililla? ¿Por qué lloras?

Y dice:

-Pues mira, que ha venido la zorra dos veces, que tenía mucha hambre y la he tenido que dar un hijillo, y si no la doy el hijo me ha dicho que "rabo corta mocha".

Y la dice:

-Pues mira; cuando venga otra vez la zorra y te diga que "rabo corta mocha", la dices:

"Rabo que no tiene acero no corta madero".

Conque viene la zorra y dice:

-Aguililla; aguililla, dame un hijo, que tengo mucha hambre.

Dice:

-No, no te doy un hijo.

Dice:

-Como no me des un hijo, rabo corta mocha, y os como a todos.

Dice:

-Rabo que no tiene acero no corta madero.

Y dice:

- -¿Quién te lo ha dicho?
- -Mi amigo el alcaraván.
- -Pues ahora voy al alcaraván y donde le encuentre le como.

Y ya corrió pa acá, pa allá, y encontró al alcaraván, y le encontró dormido y se le tragó. Se le tragó entero.

Y el alcaraván despierta y dice:

- -¿Pero dónde estoy yo?
- -Yo, que te he comido por decir a la aguililla que rabo no corta mocha.
- -Huy, pues mira; es que mi padre y mi madre están muy lejos de aquí. Di "alcaraván comí", pa que lo sepan.

Y salta la zorra:

- -Alcaraván comí.
- -Dilo más fuerte, que mi padre y mi madre están lejos de aquí.
- -¡Alcaraván comí!
- -Dilo más fuerte, que mi padre y mi madre están lejos de aquí.
- -¡Alcaraván comíííííí!

Y sale el alcaraván y dice:

-A otro tonto, que no a mi.

Rabo corta mucho

Estaba un gavilán en un árbol y tenía los hijos; y pasa una raposa con un hambre...

- -Buenos días, gavilán.
- -Buenos días, raposa.
- -Oye, ¿qué haces?
- -Mira, aquí con mis hijos.
- -Pues tírame uno, que tengo mucha hambre.
- -Huy, qué cosas me vas a decir...
- -Pues ahora tiro el árbol, te caes tú también y os como a todos.

Y empezó con el rabo, tran, tran, en el árbol, y el gavilán:

-Hacha corta mocha, pero no rabo de raposa.

El gallo y la raposa

Pues esto era el tiempo en que las gallinas campaban por sus respetos y no tenían que dar discuentos a nadie, ni siquiera a la hora de poner un huevo. Y estaban unas gallinas con un gallo, escarbando y picoteando gusanos, cuando de pronto apareció la raposa.

¡Patas, para qué os quiero! Echaron todas a correr y entrevolar asustadas, y se escondieron donde mejor pudieron: una tras un arbusto, otra en un hoyo, otra al abrigo de una piedra... Pero el gallo pegó un vuelo y vino a encaramarse en la copa de un árbol:

-¡Quiquiriquí, que no llegas aquíii...

Gritaba, mofándose de la raposa. Y la raposa, como una loca, pegaba rabotazos en el tronco del árbol una y otra vez, mientras decía:

-Corta, corta, rabo, que comerás gallo.

Pero ni el tronco se movía ni el gallo dejaba de chancearse:

-Con hacha sería otra cosa, pero no con el rabo de la raposa.

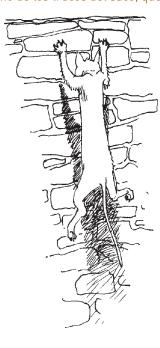
El gato y la raposa

Estaban una raposa y un gato charlando, y dice la raposa:

- -Oye, y tú, ¿cuántos trucos sabes?
- -Yo, uno.
- -Vamos, vamos, no me engañes; si yo sé ciento y un saco lleno...
- -Pues te juro que yo no sé más que uno.

Y en esto se presenta un cazador con unos perros, y el gato, de un brinco, se sube a una tapia; los perros que ven a la raposa, echan a correr tras ella, tirándole dentelladas, mientras el gato le voceaba:

-¡Raposita, echa mano de los trucos del saco, que los ciento se te van acabando!



La tortilla

Esto era un raposo que había robado unos chorizos y le dijo a la raposa:

-Mira, si tú trajeses ahora unos huevos podríamos hacer una buena tortilla...

Conque fue la raposa a un gallinero y se vino con media docena. Y cuando estaban relamiéndose pensando en el banquete que se iban a dar, pasó por allí un lobo y le dijeron:

-Si traes un par de panes, te invitamos a merendar.

Ni corto ni perezoso fue el lobo y arrampló un par de monumentales hogazas y volvió corriendo.

-Y ahora, ¿quién nos prepara la tortilla?

En eso, pasaba por allí una mujer y les dijo:

-Todo el mundo sabe que el que mejores tortillas prepara es el herrero que vive allá abajo, cerca del río.

Pues allá fueron los tres a pedirle al herrero que les preparase la comida; pero como al herrero le gustaba la tortilla más que comer con los dedos, dijo:

-Estoy conforme, pero tenéis que venir a comerla por separado.

Aceptaron, y se marcharon a esperar a una chopera cercana. Entretanto el herrero se zampó la tortilla, y todavía se estaba relamiendo cuando llegó el lobo, que, por ser el más fuerte, había querido ir primero:

- -Qué, ¿va buena?
- -Va buena, pero espera que la voy a dorar un poquito más por este lado...

Y agarró un hierro de la fragua y, mientras estaba aguardando el lobo, le metió la barra ardiendo por debajo del rabo.

¡Santa María, qué exclamaciones! Las patas corrían por delante del cuerpo. ¡Qué dolores! ¡Qué picor! Cuando estaba llegando a la chopera pensó:

-Yo a estos dos no les digo ni palabra; que vayan también ellos a probar...

Conque:

- -¿Qué tal estaba la tortilla?
- -¿Estaban muy picantes los chorizos?

Y el lobo:

-Pues picar...sí picaban, sí; como que he venido hasta aquí chupándome las patas...

Salió el raposo escapado y llegó a la fragua en un periquete. Pero antes de que dijera esta boca es mía ya le había agarrado el herrero y le estaba dando golpetazos contra el yunque. Mareado y hecho unos zorros –nunca mejor dicho– volvió a donde estaban los otros dos, pero tampoco se quejó.

Por fin fue la raposa, y dijo el herrero:

-Anda, si me había olvidado de ti. Aguarda, que tengo aquí tu parte...

Y la agarró de la cola, la empezó a dar vueltas y la tiró a veinte metros.

Cuando se vieron juntos los tres, tan maltrechos y doloridos, decidieron hacerse vegetarianos por una temporada.

Y colorín colorete, por la chimenea sale un cohete y por la puerta diecisiete.



El galgo y la zorra

Esta era una zorra muy lista que se comía todos los días la merienda de un labrador. y ya, el labrador, cansado de que le tomara el pelo, dijo:

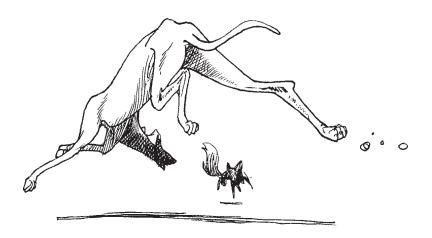
-Pues mañana me llevo el galgo. A ver qué va a pasar aquí...

Conque, en efecto, al día siguiente llevó el hato con la merienda y dejó al galgo vigilando. Al rato llegó la zorra, y fue verla y salir corriendo el galgo detrás como un rayo. Cuando iba a meterse la zorra en su hura la agarró el galgo de una pata; cuanto más tiraba la una, más fuerte sujetaba el otro. Ya, viéndose sin fuerzas, dijo la zorra:

-Infeliz, tira, tira de la raíz.

-Mentira -dijo el galgo-.

Y al decir "mentira", abrió la boca y soltó la pata de la zorra, que se salvó otra vez por lista.



La urraca y la zorra

Acordaron una zorra y una urraca poner un campo de trigo a medias. Cuando llegó la hora de la sementera dijo la urraca:

- -Vamos, que nos toca sembrar.
- -Pues el caso es que no me encuentro bien del todo...

Conque fue la urraca y lo sembró sola.

Al tiempo de aricar, volvió a decir:

- -Ea, que hay que darle vuelta al terreno...
- -Pues el caso es que no acabo de hallarme bien del todo -volvió a decir la zorra-.

Cuando vino el tiempo de escardar, se presentó otra vez la urraca:

- -Anda, coge la azadilla, que me tienes que ayudar...
- -Pues no es por nada, pero parece que con el cambio de tiempo no estoy bien del todo.

Bueno, pues se echó encima el verano y hubo que segar el trigo:

- -Amiga zorra, ten el hocino, que vamos a segar el triguito...
- -Ay de mí; con estos calores no me encuentro bien del todo.

Cuando hubo que acarrear y trillar, volvió la urraca con el mismo cantar:

- -Zorra, zorrita, vamos a la trilla...
- -La cosa es que con esta sequedad no estoy bien del todo.

Cuando acabó la urraca todas las faenas, se sintió en la obligación de decírselo a la zorra para ver cómo lo repartían; dijo la zorra:

-Amiga urraca, ya está repartido:

para ti la paja y para mí el trigo.

Y dejó a la urraca con tres palmos de narices. Entonces se puso la urraca a llorar, y pasó el galgo:

- -¿Qué tienes, amiga urraca?
- -Pues nada, que la zorra me ha engañado.

Y le contó toda la historia.

-No sufras, que la zorra no va a encontrarse bien del todo durante una buena temporada.

Fue y se escondió en una morena y sólo se le veía un ojo. Con que pasa la zorra y dice:

-Hombre, qué suerte, una aceitunita.

Y sale el galgo:

-Déjala quieta, que no está madurita.



El campo de trigo

Se juntaron un día el lobo y el raposo, porque andaban los dos a tres menos cuartillo, y dijo el raposo:

- -Compadre, podíamos plantar un campo de trigo y así por lo menos tendríamos pan para todo el año.
- -Me parece bien, pero ¿qué comemos mientras sembramos y preparamos el terreno?
- -Está todo pensado. Matamos un cerdo y lo enterramos; y para saber dónde lo tenemos enterrado, le dejamos el rabo fuera.
- -Pues me parece muy bien.

Conque, dicho y hecho; enterrado el marrano, pusieron manos a la obra. El lobo trabajaba de lo lindo, arriba y abajo, pero el raposo, más astuto, hacía que hacía y no daba ni golpe. En cuanto tuvo hambre le dijo al lobo:

-¿No ha oído, compadre? Parece que me llaman.

Y puso una oreja en el suelo, escuchando atentamente.

- -Sí. Es una comadre que me llama para que sea padrino en el bautizo de su hijo.
- -Pues vaya usted allá, pero no se olvide de traerme alguna sobra, que siempre las hay.

Salió corriendo el raposo, fue a donde estaba el cerdo y se comió una buena parte. Al rato volvió.

- -Qué, ¿ya le han bautizado?
- -Cumplidamente.
- -¿Y cómo le han puesto?
- -Pues... "Empecé".

- -Vaya un nombre curioso. ¿Y no me trae ninguna sobra?
- -El caso es que la familia era humilde y escasamente hemos tenido para los invitados...

Al día siguiente volvió a decir el raposo:

- -¿Oye usted, compadre? Parece que me llaman.
- -Pues no oigo nada.
- -Sí, me avisan que tengo que ser padrino de otro bautizo.
- -Pues qué coincidencia. ..Bueno, vaya usted; pero no se olvide de las sobras.

Allá fue corriendo el raposo y le metió otro viaje al marrano.

- -¿Ya vuelve usted? ¿Fue bien el bautizo?
- -De maravilla.
- -¿Y cómo le pusieron?
- -"Seguí".
- -Vaya, ese nombre parece que me gusta algo más. ¿Y no se acordó usted de las sobras?
- -Es que no las hubo tan siquiera.

Al otro día volvió a decir el raposo:

- -¿No oye usted, compadre?
- -Caray, no me diga que le invitan a otro bautizo...
- -Pues sí.
- -Qué casualidad que siempre le invitan a usted.

Bueno, pues se marchó el raposo y acabó con lo que quedaba del cerdo. Dejó el rabo del marrano fuera, como si no hubiese pasado nada, y volvió.

- -Ya vengo, compadre.
- -Qué, ¿cómo fue la cosa?
- -Extraordinaria.
- -¿Y cómo le pusieron esta vez?
- -"Terminé".
- -Raro nombre. ¿Y no había sobras?
- -Tampoco.

-Bueno, pues como yo tengo ya mucha hambre y he trabajado tanto en preparar la tierra y sembrar, creo que me merezco echarle un tiento al marrano.

Conque se van donde habían enterrado el cerdo, tira el lobo del rabo y se queda con él entre las garras.

-Vaya, tan fuerte tiré que le arranqué el rabo.

Se pone a escarbar, pero el cerdo no aparecía por ninguna parte.

- -¡Usted me ha engañado y se ha comido el cerdo!
- -¿Yo? ¡Habráse visto descaro! No me extrañaría nada que, en lo que yo estaba fuera, usted se lo hubiese zampado.

Y se liaron a discutir, que si uno, que si el otro... Por fin dijo el raposo:

- -Bueno, para qué cansarnos si lo vamos a saber enseguida. Al que le sude la barriga, ése se ha comido el marrano.
- -De acuerdo -dijo el lobo, que estaba seguro de sí mismo-.

Pero como estaba tan cansado del trabajo y tan poco alimentado, se durmió al momento. Entonces fue el raposo y le meó la barriga; al rato empezó a hacer ruido para que se despertara el lobo y dijo:

-Ah, compadre, ¿así que fue usted quien se comió el marrano? Fíjese cómo tiene la barriga de sudada...

Y otra vez le engañó al lobo.

Los animales viejos

Este era un gallo que oyó decir al ama que el domingo de Pascua le iba a poner en pepitoria. Salió corriendo del corral y se echó a andar por un camino; y al poco rato se encontró con un burro:

- -¿Dónde vas, burro?
- -¡Dónde voy a ir! Que mis amos dicen que ya soy viejo y no me quieren.
- -Pues vente conmigo.

Siguieron andando, y de allí a poco se toparon con un toro:

- -; Dónde vas, toro?
- -Huyendo de mi amo, que me quiere hacer filetes porque dice que ya no sirvo para nada.
- -Pues vente con nosotros.

Siguieron andando un trecho, y vieron una cabaña de pastor abandonada. Se metieron allí y se echaron a dormir. Pero la zorra, que siempre anda buscando qué comer, les vio y dijo:

-Vaya un banquetazo; voy a buscar al oso para que me ayude.

Conque vuelve con él y le dice:

-Yo creo que entras tú el primero, porque como más mayor te toca elegir pieza...

Pero en esto se había despertado el gallo, y en cuanto que oye decir eso a la zorra avisa al burro y al toro y se ponen detrás de la puerta.

Entra el oso, y empieza el toro a darle cornadas y el burro a darle coces; y el gallo, subido a una viga, venga a cantar:

-¡Quiquiriquí, quiquiriquí...!

Echó la zorra a correr, y el oso detrás quejándose:

-Espérame, espérame, que hay unos gigantes que me han clavado sus espadas, me han dado de patadas y, encima, había uno que todavía decía: ¡Dejádmelo a mí, dejádmelo a mi...

El corcho de miel

Eran una raposa, un lobo y un oso, que no tenían qué comer.

Y dijo el oso:

-Así no podemos seguir. Cada uno que robe lo que pueda y a la noche nos reuniremos aquí a repartir lo que hayamos recogido.

Conque salió la raposa corriendo a un gallinero, y ya estaba para saltar la cerca, cuando salió un perrazo que le metió dos buenos mordiscos en los perniles y la dejó sin ganas de comer. El lobo, por su parte, siguió a un rebaño hasta el aprisco, y cuando pensó que estarían dormidos los perros se aventuró a acercarse. En un santiamén salieron dos mastines, que le dejaron sin orejas y sin rabo. El oso, como goloso, se fue a un colmenar y quiso llevarse un panal; pero en cuanto las abejas sintieron que alguien metía un corcho para probar la miel de la colmena, salieron en defensa de lo suyo y le pusieron como un acerico.

Con el corcho todavía en la mano llegó el oso a donde había quedado con sus compañeros.

- -¿Qué traéis?
- -Yo unos muerdos en las nalgas -dijo la raposa-.
- -Pues ya me ves a mí -dijo el lobo-. Desorejado y descolado.
- -Bueno, pues nos tendremos que repartir el corcho -comentó el oso-.
- -Eso, eso -dijo la raposa-. El que más años tenga, para él.

Dice el lobo:

- -Yo soy más viejo que la orilla del río.
- -Cuando el río hizo la orilla ya existía la raposilla -dijo la raposa-.

Y el oso, acordándose de lo mal que lo había pasado y del hambre que tenía, dijo:

-Pues yo no tengo más que ocho, pero ¡ay de aquél que toque el corcho!



El sapo y la raposa

Una raposa y un sapo empezaron a porfiar sobre cuál de los dos correría más.

Y decía el sapo:

- -Mira si estoy seguro de que te gano, que te doy dos pasos de ventaja.
- -¿Hasta dónde?
 - -De la charca al pino y volver por el mismo camino.

Conque se puso la raposa delante, y cuando iba a echar a correr, de un salto se le subió el sapo en la cola. y al poco la animaba:

-¡Vamos raposita!

Y ella, creyendo que venía detrás corriendo, apretaba el paso. Al llegar al pino, dijo el sapo:

-Del pino a la charca, que allí está la marca.

Y otra vez la raposa como loca corriendo. Cuando iba a alcanzar la charca se paró:

-¿Dónde estará este demonio de sapo que ya no le oigo?

Momento que aprovechó el sapo para dar un salto desde la cola y llegar el primero.

El gallo Matías

Estaba una vez el zorro hambriento rondando alrededor de un gallinero; salió en eso un gallo, y le echó la zarpa encima.

- -No me coma, señor zorro; le prometo que si viene usted para la Pascua estaré mucho más gordo y sacará usted más provecho de mí.
- -Pues sí que parece que tienes razón, porque ahora estás como el espíritu de la golosina. Bueno, esperaremos a la Pascua; pero dime cómo te llamas para preguntar por ti cuando vuelva.
- -Me llamo Matías.
- -Pues espérame, Matías, que vendré a hacer de las mías.

Conque pasó el tiempo y llegó la Pascua, y allí fue el zorro a ver si le había engordado la pechuga al gallo.

-¡Matías!, ¡Matías!

Pero Matías estaba esperando al zorro subido en la rama más alta de un pimpollo.

- -Mándeme, señor zorro.
- -Baja, no tengas miedo, que traigo una orden que acaba de salir, que todos los animales tenemos que ir juntos.
- -Ah, pues me parece estupendo; pero dígaselo primero al señor perro que viene por aquel camino.
- -¿Y viene muy lejos?
- -Está llegando.
- -Pues entonces me voy, no sea que no sepa leer.

Y escapó de allí lo más ligero que pudo, mientras Matías gritaba desde el pimpollo:

-¡Señor zorro, enséñele la orden!¡ Enséñele la orden!

La zorra

Era una vez una zorra que llegó con hambre a un gallinero y entró. Y, claro, todas las gallinas echaron a correr pa donde pudieron. y la zorra:

-No corráis, no os asustéis, que no va a pasar nada, que ha venido una orden que todos los animales tenemos que andar juntos...

Conque algunas gallinas se lo creyeron y pararon de correr, pero en eso salió un gallo con unos buenos espolones, que sabía bien lo zorras que son las zorras, y dice:

- -¿Es verdad eso, doña Zorra?
- -Tan cierto como que le estoy viendo a usté, don Gallo.
- -Pues cuénteselo a los perros del amo.

Y abrió la puerta a los perros, que se echaron encima de la zorra y la molieron.

La pata del raposo

Iban el raposo y la raposa por el monte, y se le antojaron a la raposa unas castañas.

- -Mira qué castañas más hermosas. ¡Qué buenas deben de estar! ¿Por qué no subes y me alcanzas unas pocas?
- -¿Y si caigo y me rompo algo?
- -Quita allá, ¿cómo vas a caer con lo ágil que estás?

Conque subió el raposo, y justo: se cayó y se rompió una pata.

-Ay, ay..., corre, vete a casa del leñador y pídele unas astillas para entablillarme la pata.

Salió la raposa como una exhalación y llegó adonde estaba el leñador.

- -Leñador, dame unas astillas para mi raposillo, que se ha caído del castaño y se ha roto una pata...
- -Yo te las daría -dijo el leñador-, pero el herrero se ha llevado las llaves de la leñera para repararlas y no puedo abrir.

Corrió la raposa a casa del herrero y le dijo:

- -Herrero, dame las llaves de la leñera del leñador, que tiene que sacar unas astillas para mi raposillo, que se ha caído del castaño y se ha roto una pata...
- -Estoy terminando de repararlas. Vete mientras a casa del panadero y le pides una hogaza para el almuerzo.

Conque la raposa siguió corriendo, corriendo, y llegó a la tahona.

- -Panadero, dame el pan para el almuerzo del herrero, que me tiene que terminar las llaves de la leñera del leñador, que tiene que sacar unas astillas para mi raposillo, que se ha caído del castaño y se ha roto una pata...
- -Estoy acabando de hornear. Vete mientras a casa del pastor y pídele un queso para que no vaya sola la hogaza, que ya sabes que pan con pan, comida de tontos.

Allá fue la raposa corriendo.

-Pastor, dame un queso, que se lo tengo que llevar al panadero para que me dé un pan para el almuerzo del herrero, que me tiene que terminar las llaves de la leñera del leñador, que tiene que sacar unas astillas para mi raposillo, que se ha caído del castaño y se ha roto una pata...

-Pues estamos arreglados, porque la oveja no me ha dado leche esta mañana y no he podido hacer queso, así que vete a hablar con ella y se lo pides.

Allá que se fue la raposa a todo correr.

- -Oveja, dame leche para el pastor, que me tiene que hacer un queso, que se lo tengo que llevar al panadero para que me dé un pan para el almuerzo del herrero, que me tiene que terminar las llaves de la leñera del leñador, que tiene que sacar unas astillas para mi raposillo, que se ha caído del castaño y se ha roto una pata...
- -Si no he dado leche ha sido porque el prado no me ha dado hierba y no he pastado; así que vete al prado y te las arreglas con él.

Pues allá fue la raposa.

- -Prado, dame hierba para que coma la oveja y me dé leche para el pastor, que me tiene que hacer un queso, que se lo tengo que llevar al panadero para que me dé un pan para el almuerzo del herrero, que me tiene que terminar las llaves de la leñera del leñador, que me tiene que sacar unas astillas para mi raposillo, que se ha caído del castaño y se ha roto una pata...
- -A mí no me lo digas; díselo a la nube para que me dé agua primero, porque me estoy secando.

Y otra vez la raposa corre que te correrás.

-Nube, dame agua para el prado, que tiene que dar hierba para que coma la oveja y me dé leche para el pastor, que me tiene que hacer un queso, que se lo tengo que llevar al panadero para que me dé un pan para el almuerzo del herrero, que me tiene que terminar las llaves de la leñera del leñador, que tiene que sacar unas astillas para mi raposillo, que se ha caído del castaño y se ha roto una pata...

Conque fue la nube y de la pena que le dio ver a la raposa tan apurada, se puso a llorar, y empezaron a caer gotas en el prado, que dio hierba que comió la oveja y dio leche para que el pastor hiciera un queso que llevó la raposa al panadero, quien terminó la hogaza para que almorzara el herrero, que terminó las llaves de la leñera del leñador, que por fin pudo sacar las astillas para entablillar la pata del raposo.

Pero cuando llegó adonde el raposo, ya estaba bueno.

-Como tardabas tanto, me fui a casa del curandero, y me dijo: "No te vas a morir, porque no puedes estirar la pata, así que esto te lo arreglo yo de dos tirones". Y zis,zas, me puso como nuevo.

Y colorín colorado, este cuento se ha acabado.

La raposa y la cigüeña

Pues esto eran una raposa y una ciqueña que se encontraron; y dice la raposa:

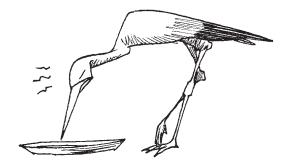
-Amiga cigüeña, te tengo que convidar porque van a ser mis días de aquí a poco.

Conque fue y la convidó a puches; pero como la cigüeña tenía el pico tan largo y tan estrecho, sólo hacía que picar y picar y no sacaba provecho. Cuando terminó la raposa de lamer y relamer el plato, dice:

- -Bueno, ¿y cuándo es tu santo? Porque, me invitarás, ¿no?
- -Qué hacer..., naturalmente.

Conque a la celebración, fue la cigüeña y preparó también puches; pero las echó en una alcuza, y la raposa se tuvo que conformar con mirar cómo metía la cigüeña el pico.





La cigüeña y la raposa

Eran una cigüeña y una raposa:

-Te tengo que convidar, que es mi santo.

Y fue la raposa y la convidó a puchas. La convidó, y ella con el pico no podía comer, y la raposa todo se lo comía. Y ya dice:

-Bueno, ¿cuándo es tu santo?, que me tienes que convidar.

Y dice:

-Ya pronto.

Y fue la cigüeña y echó las puchas en un botijo, y metía el pico, y la raposa mirando. No podía ni poco, ni mucho, ni nada. Conque dice la cigüeña:

-Si vieras... voy a ir a una boda al cielo.

Y la raposa, como son así muy listas y golosas:

- -Huy, cómo te envidio. Yo quisiera ir. Llévame.
- -¿Y cómo te voy a llevar?
- -Montada.

Se montó encima de la cigüeña y hala, hala.

Y la raposa:

-Pero, ¿cuándo llegamos? Que tengo mucha hambre...

Dice:

- -Ahora.
- -Muévete un poco, que me vas a caer...

Se movió un poco, se volvió boca abajo y se cayó la raposa. Y miraba pa abajo y había una peña, y decía:

-¡Quítate, peña, que te parto!

El águila y la raposa

Estaban un día charlando el áquila y la raposa.

-Pues tengo que ir a una boda al cielo...

Y la raposa, que nunca se harta, en cuanto oyó eso saltó:

- -Voy contigo.
- -Pero pesas mucho...
- -Qué dices..., me hago un rebujito así y como si fuera una pluma más.

Bueno, pues tanto y tanto porfió la raposa que tuvo que cargar con ella el águila. Pero al poco rato de ir por el aire, como son tan curiosas las raposas, asomaba el hocico para mirar...

-¡Huy, qué bonito!

Conque en esto se asomó más de la cuenta y se cayó; y según llegaba al suelo, ve una peña y dice:

-¡Apártate, peña, que te parto!

Juanitonto

Estaba un hombre arando con unos bueyes y llegó Juanitonto, que era un lobo que tenía mucha hambre, y le quería comer un buey. Y dice el labrador:

-Hombre, no me le comas.

Y dice Juanitonto:

-Bueno, pero me vas a hacer un favor, ya que te le hago yo a ti. Cuando venga la raposa le dices que no me has visto, a ver si la puedo coger.

Conque le tapó en el hato, y el hombre tenía allí un azadón muy grande, y le tapó con la manta. Llega la raposa:

- -Buenos días, labrador.
- -Buenos días.
- -¿No has visto por aquí a Juanitonto?

Y dice:

-No, no le he visto.

Y dice la raposa:

-Pues a perruno huele.

Conque le dice al labrador:

-¿A que no pegas ahí con todas tus fuerzas con ese azadón?

Y dice:

-Si ahí no hay nada; ahí no hay nada.

Y cogió, claro, adrede, y le pegó en la cabeza y le mató a Juanitonto.

Y decía la raposa:

-Ay, ¿con qué me lo pagarás?; ahora me has matao a Juanitonto. Vamos, me has matao a Juanitonto; pues ahora llamo a no sé quién y te come un buey.

Y dice el labrador:

-Espera, que está una gallinita con pollos en casa y voy a por ella y te la traigo.

Y le dice a la mujer:

-Dame la gallina con pollos, que la raposa me va a comer un buey.

Y dice la mujer:

-Ay, la gallina te voy a dar...

Y fue, y en vez de meterle en el saco la gallina con los polluelos le metió la perra con los perrines. Conque llega el hombre y dice la raposa:

-Qué, ¿ya me lo traes?

Y dice el labrador:

-Sí, ya, ya.

Y dice la raposa:

-Pues, a perruno me huele. Anda, anda, antes de llegar a mí, vacía el saco ahí.

Vació el saco, y la perra que se entera que está allí la raposa, se echa a correr detrás de ella, y iba la raposa diciendo:

-Ayudadme zancas, que en este mundo todas son trampas.

El labrador listo

Hay que reconocer que el señor lobo tenía aquel día más hambre que nunca; correteando de un lado para otro buscaba una presa para calmar su apetito, cuando en una ladera vio a un labrador que estaba arando con una mula. Escapado bajó para allá, pero al oírle llegar, se volvió el labrador:

- -Con Dios, señor lobo; buen día tenemos hoy, ¿eh?
- -Eso será para ti, majadero, que con el desfallecimiento que tengo yo no me da para pararme a mirar cómo está la mañana. Quita de ahí que te voy a comer la mula.
- -Pero señor lobo, ¿será posible que el hambre no le deje ver el mal año que tiene la pobre? ¿No se da usted cuenta de cómo se le señalan todas las costillas? ¿Qué va a ganar con chuperretear cuatro huesos pelados? Aguarde usted y verá: todas las mañanas pasa por aquí la raposa, que está rolliza de hartarse a conejos... Yo le escondo a usted aquí en el hato y cuando llegue le hago una seña.

Bueno, pues allí bajo el hato se metió el lobo a esperar. En esto se presenta la raposa.

- -Buenos días, labrador.
- -Buenos los tenga, señora raposa.
- -O has cambiado de condición o a lobuno me hueles.
- -; A lobuno? ; Qué dice usted?
- -¿Que qué digo yo? Que si no quieres que te coma la mula, quemes el hato aquel que tienes allí.

Conque fue el labrador y prendió fuego al hato; al minuto no quedaban del lobo más que unos pelos mal chamuscados.

- -¡Ay de mí! ¡Ay de mí! -chillaba la raposa-.
- -¿Pero qué pasa ahora? -protestó el labrador-.

- -Que has matado a mi mejor amigo, pedazo de ladrón. ¿Con quién voy a discutir yo ahora?
- -Ésta sí que es buena. ¿En qué quedamos?
- -Quedamos en que te comía la mula; así que aparta de ahí.
- -Aguarde, que tengo una idea mejor: en un periquete me acerco al corral y le traigo una gallinita con los pollos que está criando.
- -Bueno; siendo así...

Salió el labrador como un rayo y llegó a su casa; pero en vez de meter en el saco la gallina, metió una mastina que era una fiera.

- -¿ Ya vienes?
- -Ya -dijo jadeando el labrador-.
- -Pues parece que pesan mucho esos pollos, ¿no? Quita, quita, no te acerques: suéltalos ahí donde estás.

La mastina que vio a la raposa salió tras ella; e iba gritando la raposa:

-¡Ayudadme, zancas, que en este mundo todas son trampas!

Los dos raposos

Estando de caza un par de raposos, mataron una liebre, y cuando iban a empezar a comerla, va uno y dice:

- -Oye, ¿y por qué no hacemos las cosas como debe ser? Mientras yo la desuello, tú vas por leña y preparamos un buen guiso.
- -Ya. Y en lo que voy por leña, tú te comes la liebre tranquilamente.
- -Qué cosas se te ocurren... ¿Me creerás capaz?
- -Capaz y muy capaz; pero bueno, iré. Ahora que, como se te ocurra tocar un pelo de la liebre, no traigo la leña, ¿eh?

Conque se va, y el otro raposo se sienta a esperar bajo un árbol. Pero pasa el tiempo y que no regresa...

Una hora, y dos, y tres; y ya dice:

-¡Caramba! Si será zorro, que está haciendo por no venir para tenerme esperando... Pues ahora mismito trinco la presa.

Y cuando va a hincarle el diente, salta de detrás del árbol el otro raposo como un basilisco:

-¡Que te he dicho que si le tocabas un pelo no traía la leña!

El gallo capón

Era un gallo capón que le echaron –no le quería ninguna gallina– y se fue por ahí, por los mundos de Dios, y llega a un molino y había un gallinero:

- -Ca ca ca ca ca, ábreme, ábreme.
- -Que que que no.
- -Co co co co co co, ábreme, que soy capón.
- -Po po po po po por eso no te abrimos.

El sapo y las prisas

Salió el sapo un día de verano a dar una vuelta y llegó a un arroyo. Empezó a pensar que cómo lo saltaría mejor y se estuvo allí seis meses meditándolo. Cuando ya le pareció que estaba preparado, infló el pecho y tensó las ancas; pero como mientras tanto se había deshelado la nieve de la montaña y el arroyo venía muy crecido, calculó mal y se quedó espatarrado en medio del arroyo.

-No, si ya sabía yo que las prisas no son buenas para nada...



Los cinco cabritos

Era una cabra que tenía cinco cabritos y se marchó a buscar comida al monte. Y dijo:

-Tened cuidado, no venga el lobo y os engañe.

Y llegó el lobo a la puerta:

-Abrid, hijos míos, que soy vuestra madre.

Y dicen:

-No. Tú tienes la voz ronca; tú eres el lobo.

Y el lobo fue y se tomó unas yemas de huevo.

-Abrid, hijos míos, que soy vuestra madre.

Y dicen:

-Enseña la pata por debajo la puerta.

Y dicen:

-No, porque nuestra madre tiene las patas blancas y las tuyas son negras.

Conque fue a una panadería y se untó todas las patas de harina, y llegó:

-Abrid, hijos míos, que soy vuestra madre.

Y dicen:

-No, que nuestra madre huele bien y tú hueles mal.

Y fue al monte, se restregó en una tomillera y entonces fue cuando les engañó. Le abrieron las puertas y, ¡aum, aum!, se comió a todos menos al pequeñín, que se metió en la leñera. Cuando llegó la madre del monte no encontró a ninguno, pero ya salió el pequeño y le contó todo. Fueron al río donde estaba durmiendo el lobo, cogieron unas tijeras y le abrieron la panza y salieron los cuatro cabritos bailando. Y, colorín, colorao, este cuento se ha acabao.

El ratón de campo

Era un ratón de campo que estaba pasando un hambre...

Y ya se mete en una bodega, y el amo llevaba queso, chorizo y jamón pa merendar, y lo metía en una alacena que tenía allí. Pero él hizo un agujero por el otro lao y se puso más gordo que...

Pero el hombre dijo:

-Debe de haber ratones. Voy a traer un gato.

Metió un gato en la bodega y entraba y salía el gato cuando le parecía.

Pues el ratón se sale por ahí de paseo y se encuentra a uno:

- -Hola, compañero.
- -Huy, cómo estás de gordo...
- -¿Y tú? Te vas a morir. ¡Cómo estás de delgao!

Vente conmigo; tengo un amo que me cuida muy bien: me lleva queso, jamón y de todo.

Conque estuvieron venga a comer y juguetear los ratones. Dice:

-Mira, estas son las cuevas, por si viene uno que llaman "Candilejas", nos metemos pa aquí o pa aquí.

Conque fue un día "Candilejas" y salieron los dos corriendo y el otro se marchó, pero éste ya había engordao tanto que no cabía por el agujero y se mete por detrás. Y dio el gato así con la zarpa y le bajó el pellejo de los ojos, así por cima.

Y ya sale otro día de paseo y se encuentran:

-¿Cómo te viniste sin decir nada? Anda, vamos; vente conmigo.

Dice:

-No; mejor quiero comer pajas de rastrojo que no verme con el pellejo encima los ojos.

El zagal y los frailes

Era un chico que cuidaba chivos, y estaba, claro, en el campo; y llegan unos frailes andando y le dicen al chico (tenía cortao el pelo):

- -¿De dónde eres, pelón?
- -De la cabeza, señor.
- -Di. Este camino, ¿dónde va?

Y dice:

-Este camino no va a ningún sitio, este camino se está quieto.

Dicen:

-Anda, con lo pequeño que es... si seguramente no sabrás el Padrenuestro...

Y dice el chico:

-Tampoco saben ustedes los dientes que tiene un chivo.

Y ya los frailes, pues se marchan; y preguntaron en el próximo pueblo que cuántos dientes tenía un chivo y les dijeron que tenían cuatro. Y a la vuelta encuentran otra vez al zagalillo y le preguntan:

- -Di, di; qué ¿ya has aprendido el padrenuestro?
- -Ya les he dicho que cuando me digan ustedes los dientes que tiene un chivo, les digo yo el padrenuestro.

Y contestan los frailes:

-Cuatro.

Y dice el chico:

-¡Dónde! ¿Arriba o abajo?

Y como no sabían que los chivos sólo tienen dientes abajo, se quedaron con las ganas de que les dijera el padrenuestro.

El cura y el tratante

Era una mujer muy guapa que se casó con un tratante que tenía mucho ganao y el cura siempre estaba tras de ella, y se lo dijo a su marido ella; que el señor cura le decía todos los días: "Señorita, raca", en vez de "Buenos días".

Y dijo:

-Pues ya verás, un día hago que me voy y cuando estés sacudiendo la alfombra le mandas pasar.

Conque era de madrugada, y pasa el cura y dice:

-Señorita, raca.

Y dice ella:

-Pase usted.

Le mandó echar en la cama, y dice:

-Ahora vengo yo.

Conque a poco llega corriendo, y dice:

-Ay, que viene mi marido. Y le encerró en cueros en el corral, donde había chotos pequeños. Así que cuando pasó luego el cura a decir misa, sale ella y dice:

-Señor cura, raca.

Y dice el cura:

-Diga usté a su marido que si quiere criar chotos que compre vacas.

El cura y la molinera

Pues éste era un cura que estaba siempre detrás de la molinera, y en cuanto no estaba el molinero pues iba al molino pa pasar la noche con ella, y se llevaba con él al monaguillo, por si venía alguien que le avisara. Conque una noche llegaron los ladrones y les pillaron al cura y a la molinera... Y dijo uno de los ladrones:

-¿Y qué hacemos con estos dos?

Y dijo otro:

-Pues nada, atarles detrás de la mula y a moler.

-¿Y con el chico?

-Pues a ese ponerle una vela y que nos alumbre mientras robamos.

Conque así fue. y al día siguiente, en misa, se vuelve el cura y dice:

-Anoche, por ser noche de San Andrés, nos hicieron moler a tres.

Y contesta el monaguillo:

-Yo no sé si eran tres o eran dos o era uno, el caso es que toda la noche estuve con el candil colgao en el culo.

Los arrieros y el cura

Este era un arriero, y le dijeron otros arrieros:

-Mira tu mujer; hemos venido y estaba con el cura.

Conque ya dijo él:

-¿Cómo le cogeríamos? Si le cogemos os doy la mula baya.

-Pues métete debajo del serón y nosotros al otro lao.

Conque ya entra el cura y empiezan a la juerga, y dicen los arrieros:

-Oye; tú que estás en ese serón, ¿estás escuchando esa conversación?

Y dice el otro:

-Y tú, que me llevas la mula baya, deténme al cura que no se vaya.

Y entre todos le dieron de palos al cura.

El pastor y el cura

Este era uno que se había criao en un monte y se había ido a vivir al pueblo, y su madre le quería hacer ir a misa, y le dice:

- -Mira, te voy a mudar -nunca se había puesto calzoncillos- y te vas a misa.
- -¿Y ande voy?
- -Pues ande entre la gente, allí entras tú.

Conque fue y se metió en la carnicería; llegó y se sentó en el banco, y todas: "una libra", "un cuarterón", "media libra"... Y llega y dice su madre:

-Qué, hijo, ¿has oído misa? ¿Te ha gustao?

Y dice:

- -Sí, me ha gustao mucho.
- -¿Qué has aprendido?

Y dice:

- -Media libra, un cuarterón...
- -Ay, pues, ¿ande has entrao? Tú has entrao en la carnicería. Tienes que entrar ande entren hombres y tú, cuando veas que hay un asiento, te sientas.

Conque va y entra en la barbería. Había uno sacando una muela, y se quita y se sienta él. Y le dicen:

-A ver. abre la boca...

Conque abre la boca y le sacan una muela y va:

-Ay, no vuelvo a ir a misa...

Y dice su madre:

-Ay Dios, te voy a tener que llevar yo.

Le llevó y dice:

-Mira, ahí es la puerta; todo lo que haga la gente lo haces tú.

Conque entra, y lo primero que ve, que se quitan la gorra, y dice;

-Jodo, aquí hay gente de rapiña.

Y va a la pila y dice:

-Quien se haya comido las tajadas que se sorba el caldo.

Y hacía lo que hacían los demás, y veía al cura comiendo la hostia en el altar y la gente se daba golpes:

-Pésanos, Señor...

Y él decía:

-Danos de ello...

Y va el cura a beber el cáliz, consume todo, y coge la cachava y se la tira, y queda en la reja y dice:

-Ay, si no es por la talanquera, ya te había dao yo la sorbicadera.

El cura, el sacristán y el capellán

Pues esto era una mujer que era muy guapa y la dice el cura cuando se va a confesar:

- -Hay que ver, María; con lo guapa que eres y no haber dormido yo contigo..., y dice:
- -Pues... mañana a las ocho.

Va y dice el sacristán:

-Anda, ¿vas a dormir tú con María? Pues yo también.

Y dice el capellán:

-Pues yo también.

Bueno, pues en efecto, al día siguiente dice ella a su marido:

-Oye, que me ha dicho esto el cura.

Dice el marido:

-Pues escóndeles al cura en el horno, al capellán donde se mete el pan y al sacristán, detrás de la artesa le escondes.

Llega el cura y le dice:

-Ay, escóndase aquí, que mi marido viene ahora y marcha luego; llega el capellán y lo mismo; llega el sacristán y igual.

Llega el marido y dice:

-María, vamos a echar a amasar.

Y encuentran al sacristán detrás de la artesa.

- -¡Cómo!, ¿pero tú aquí? O dos ochavos o la vida.
- -Mire usted, que tengo ocho hijos y no tengo dinero...

-Bueno, pues vamos a echar a hacer el pan y ahora vamos a ponerle con el culo pa arriba y ponemos ahí la vela.

Bueno, pues, en efecto. Llega y dice:

-María, que ya hay que empezar a encender el horno...

Y dice el capellán:

-Ay, ¡que me ahogo!

-¿Tú ahí? O tres onzas o la vida.

Le dio las tres onzas y se marchó el capellán como un demonio corriendo. Y llegó al cura:

-Y tú, o dos onzas o la vida.

Y se marchó también corriendo.

Al día siguiente María se había comprao un vestido; se había puesto pues muy guapa, y se fue a misa. Y al darse vuelta el cura a decir "Ite misa est", dice:

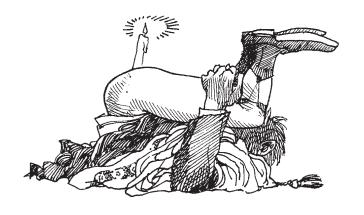
-Qué guapa vienes, María.

Y dice el capellán:

-A cuenta tuya y la mía.

Y dice el sacristán:

-Y yo, por no tener dinero, el culo me pusieron por candelero.



El cura y el monaguillo

Era en un pueblo que tenía el cura una vaca y la tenían que mantener todos los vecinos, cada día uno. Y ya, un día:

- -Que no va la vaca a casa; que no va la vaca a casa...
- -Pues se ha metido en casa de Fulano.

Y se lo dijeron al cura. y el hijo del que tenía la vaca era monaguillo, y ya se lo preguntó al chico:

-Oye, ¿coméis carne?

Y dijo el chico:

- -Sí.
- -¿Y dónde la tenéis?
- -Mi padre la tiene en el cuarto de abajo y mi madre nos pone los pucheros.

Bueno, pues ya le sacó un refrán y dice:

-Mira, hijo, el día de la Pascua vas a decir lo que yo te diga, y te compro un traje. Vas a decir:

"La vaca rabona del cura chiquito, mi padre la tiene en un cuarto bajito, y mi madre nos pone buenos pucheritos".

Y dice:

-Bueno.

Conque ya va el chico a casa y se lo dice:

- -¿Sí? (dice el padre). Ya verás, tú tiés que decir lo que te diga yo.
- -Es que me compra un traje...
- -Yo te lo compraré.

Conque ya van a misa todos y dice el sermón el cura y al acabar dice:

-Y ahora, antes que se vayan ustedes, queridos feligreses, van a escuchar, cierto y muy cierto, lo que va a decir un niño sin conocimiento. Y todos tan callaos. Y salta el chico:

"El cura chiquito duerme con mi madre, la danza va a ser si mi padre lo sabe".

Y dice el cura:





El cura y el chocolatero

Se fue a confesar uno que era chocolatero, y dice:

- -Acúsome, padre, que el otro día iba a robar un carnero.
- -Huy, huy, hijo, qué pecao; no te puedo dar la absolución.

Dice:

-Pero si no le robé, que se me escapó...

Dice:

-Con la intención basta. Como no me traigas cinco o seis libras de chocolate no te echo la absolución.

Bueno, pues al otro día trae debajo la capa las libras de chocolate.

-Qué, ¿me las traes?

Dice:

-Sí.

- -Pues trae.
- -Fú. (Haciendo ademán de dárselas y retirándolas luego). Así me hizo a mí el carnero.

El cura corto

Era un cura que le gustaba mucho jugar y jugaba con la panda de amigos a la brisca, y un día en misa se vuelve y dice:

-Oros es triunfo... (en vez de Orate fratres).

El cura y el cabrero

Era un matrimonio que el marido era pastor. y tenía costumbre de pasar por la puerta del cura, y todos los días que pasaba el cura le decía:

-Cabrito.

Y cuando regresaba a casa le decía a la mujer:

- -¿No sabes que el cura me llama cabrito? Todos los días que paso me lo dice.
- -Si te lo dice más veces, me avisas, que ya hablaré yo con él.

Conque un día dice:

-Ya no aguanto más. No paso más por su puerta, porque no hace más que decírmelo...

Y dice la mujer:

-Vas a venir conmigo y verás cómo le pongo.

Va la mujer con el marido, llega a la puerta del cura y le llama:

-Oiga, señor cura Encinas, comedor de mis gallinas, padre de mis hijitos, ¿mi marido cabrito? Cornudo y bien cornudo.

Y decía el marido:

-Ay, Lucía, ¡cómo le has puesto! No le digas más...No le digas más...

El gitano y el cura

Era un gitano que se fue a confesar, y el cura tenía una pitillera de plata, pues así, en la manga de la sotana, y el gitano se la quitó sin que se diera cuenta. Y dice:

-Hijo, a ver de qué te arrepientes.

Pues acúsome, padre, de que he robao una pitillera de plata.

Y dice:

-Pues mira, hijo, se la tienes que devolver a su dueño.

Y dice:

-¿La quiere usté, padre?

Dice:

-Yo, no, hijo mío; se la tienes que dar a su dueño.

Dice:

-Si es que se la doy y no la quiere...

Dice:

-Pues en ese caso, quédate con ella.

Las truchas

Este era un pescador que pescó tres buenas truchas, y dijo:

-Mañana hace años que me casé, así que se las doy a la mujer pa que las prepare y aún podemos invitar al señor cura.

Bueno, pues al día siguiente, mientras él iba a avisar al cura, se quedó la mujer friendo las truchas. Pero como le gustaban mucho, cuando acabó de freír dice:

-Voy a ver cómo ha quedao la mía.

Y probó un poco. y dijo:

-No quisiera que la del señor cura no estuviera en su punto...

Y echó un tiento a la otra. Y, probando, probando, acabó con las dos. Y cantaba:

-Si el cura quiere truchas que se vaya al río que no quiero que se coma la de mi marido.

Pero al rato llega el marido con el invitao:

- -¿Están las truchas?
- -Sí; las tengo en el horno pa que no se enfríen.

Y dice:

-(A ver cómo arreglo yo esto...).

Y ya se le ocurre; deja al cura en la sala y se lleva al marido a la cocina:

-Marido, mientras se acomoda el señor cura en la sala, afílame este cuchillo, que no corta.

Bueno, pues en lo que estaba el marido a la piedra dale que dale, llega ella a donde el cura y le dice:

-¡Señor cura, que mi marido está afilando el cuchillo pa cortarle a usté las orejas, porque dice que se la juega!

El cura, que oye eso, se arremanga la sotana y echa a correr, y la mujer sale pa la cocina, gritando:

-¡Marido, que el señor cura se lleva las truchas!

Sale el marido con el cuchillo tras del cura, pegando voces:

Señor cura, señor cura déjeme siquiera una...

Y el cura, corriendo a todo correr, decía:

-Ni una, ni dos, ni tres mis orejas no las ves.



Las borrachas

Era una madre y una hija que las gustaba mucho el vino, y tenía el marido una cubeta añeja. Conque los domingos se iba de pesca, y iban ellas, sacaban un garrafón de vino y echaban cantos; el marido llegaba y estaba el vino arriba:

-Pues no han sacao de la canilla.

Hasta que ya se llenó la cuba de cantos. Entonces la vieja, cuando él se marchaba a pescar, se esconde allí entre unos forrajes y dice:

-Ay, pescador que pescas en el día de los Santos, la cuba de vino se te volverán cantos.

Y el hombre se marchó a casa y encontró la cubeta llena de cantos, y dice:

-Anda, es verdad; pues me han embrujao.

La matanza

Era una vez un matrimonio que tenían un hijo y le querían mucho, y un año por Nochebuena, que estaban haciendo la matanza, se murió el hijo. Y entonces los padres no hacían más que llorar y decían:

-Hijo mío, ¿qué vamos a hacer con la matanza? ¿Quién se va a comer la matanza?

Y vivía al lao uno que era carpintero, y dijo:

-¿Cómo me las arreglaría yo pa comerme la matanza de estos hombres?

Conque pensando, pensando, una noche se subió al tejao y se asomó por la chimenea, y estaban llorando los dos abajo de la chimenea:

-Ay, nuestro hijo, ¿quién se va a comer la matanza?

Y dice el carpintero desde arriba:

- -Madre...
- -Hijo, ¿dónde estás?
- -Es que me ha mandao San Pedro porque en el cielo tenemos mucha hambre y como yo sabía que tenían la matanza...
- -Pero hijo, y... ¿qué quieres que te mande?
- -Pues lo que usté quiera: unos chorizos, jamón; todo nos viene bien.
- -Y ¿cómo te lo vas a llevar?
- -Pues yo le mando un cubo que me ha dao San Pedro.

Conque echó una cuerda con el cubo por la chimenea, lo llenó y lo tiró pa arriba, y dice:

-Me voy corriendo que me están esperando. Otro día volveré.

-Sí, hijo; vuelve que te doy más.

Y así pasaron muchos días, hasta que se acabó la matanza, y ya el último día dice la madre:

-Hijo, ya no tenemos matanza pa darte. ¿Ya no vas a venir a vernos? Fíjate, en todo el tiempo no te he visto, no sé si estás delgao o gordo... ¿No te podrías asomar y te veíamos un poquito?

Y dice el carpintero:

- -Ahora si me asomo me conocen ¿Qué hago yo?
- -Anda, hijo, no te vayas; asómate que te veamos la cara.

Conque va el carpintero, se baja los pantalones y se sienta en la chimenea; y se pone a mirar la madre, y dice:

-Ay, hijo, hijo, ¡qué cara tan hinchada y qué ojo tan hundido!

El perillán

Eran unas señoritas, tres solteronas, que tenían una finca y tenían un perillán pa que les espantara los tordos y los pájaros, pa que no les comiera la fruta. Bueno pues ya, llega el perillán, cuando ya tenía quince años, y dice:

-Ay, señorita, que qué buen dormir tengo...

Y dice:

-Ah, pues esta noche duermes conmigo.

Va al día siguiente la hermana y dice:

- -¿Qué tal el perillán?
- -Huy, tiene un dormir mu bueno, mu bueno.
- -Ah, pues mañana conmigo.

Llega la otra y lo mismo.

Bueno, a los tres meses que si están malas que si andan vomitando...

-Pues hay que llamar al médico.

Avisan al médico, iba a ver unas fincas, iba con el caballo y se bajó del caballo y le ató a la reja de la ventana.

- -Vamos a ver..., ¿pues qué las pasa?
- -Pues mire usted; que estamos malas...
- -Esto tiene que ser que han tocao ustedes con algún hombre.

Dicen:

-No, no, no; sólo con el perillán que tenía un buen dormir...

Dice:

- -Pues el buen dormir es éste.
- -A ese perillán en cuanto le pesquemos le vamos a...

El perillán que lo oye sale corriendo, coge el caballo del médico y pruum, marcha por la calle adelante corriendo. Va el médico a salir a coger el caballo y las dice:

-Pues hijas, éste no se llama "jode tres", que se llama "jode cuatro", que a ustedes las ha quedao preñadas y a mí me ha llevao el caballo...



El arroz del soldado

Era un soldao que venía de la guerra y llegó a un mesón y dijo a la mesonera que le pusiera comida, y dice:

- -Pues hijo, no tengo nada.
- -Por Dios, ¿no me puede usté hacer algo? Estoy muerto de hambre.
- -Pues mira, hijo, es que han pasao por aquí unos soldaos y no me han dejao nada.

Y entonces el soldao que era muy espabilao, dijo:

-Pues es una lástima, porque, mire, yo sé hacer una paella con guijarros del río, riquísima.

Claro, la mesonera se espabiló y dijo:

- -¿Y qué es lo que echas? (Voy a ver cómo se hace ese arroz).
- -Hombre, yo, si quiere usted, me va preparando el arroz en lo que bajo al río a por los quijarros.
- -Ah, pues bueno.

Conque se marcha el chico a por los guijarros, y viene, y ya tenía preparao el arroz; la pidió pues carne y eso, lavó los guijarros, les echó al arroz y, claro, se pone a comer el arroz y los guijarros les iba dejando a un lao, y dice la mesonera:

-Pero bueno, ¿y los quijarros?

Y dice el soldao:

-Ah, esos ya han dao la sustancia.

Ni don Juan ni don Manuel

En un pueblo tenían que escoger alcalde, y resulta que sólo había dos que podían serlo, pero siempre que votaban quedaban empatados y no había manera de resolver aquello. Por fin, después de mucho pensar y pensar, dijo uno:

-¿Por qué no le pedimos al Cristo de la iglesia que decida?

Bueno, pues aunque algunos decían que no, al final, por mayoría, fue que sí. Pero don Juan le dijo al sacristán:

-Tú súbete al coro y le atas un cordel a la cabeza del Cristo, y cuando el cura pregunte que si quiere a don Juan, tiras del cordel pa que parezca que dice sí.

Conque se reunió todo el pueblo en la iglesia, y después de decir misa y todas las cosas, pues se puso el señor cura delante del Cristo, y le dijo:

-Santo Cristo, ¿queréis por alcalde de este pueblo a don Juan?

Y el Cristo, quieto.

-Santo Cristo, ¿queréis por alcalde de este pueblo a don Manuel?

Y el Cristo quieto.

-; Queréis a don Juan?

Y nada.

-¿Queréis a don Manuel?

Tampoco se movia el Cristo. y volvía:

-¿Queréis a don Juan? ¿Queréis a don Manuel?

Y ya salta el sacristán desde el coro:

-Ni don Juan ni don Manuel, que se me ha roto el cordel.

Cuento de las jarras

Era un padre que tenía tres hijas, y las quería mucho, y un día les dijo:

-Me voy a ir a la feria, ¿qué queréis que os traiga?

Y dijo la mayor:

-A mí, una jarrita de oro.

Y la otra:

-Pues a mí una jarrita de plata.

Y la más pequeña:

-Pues a mí, una de cobre.

Y llegó de la feria y dice:

-Toma tú la de plata, toma tú la de oro y toma tú la de cobre.

Conque llega un pobre a la puerta y dice:

-¿Me hacen el favor de dar una jarra de agua?

Y dice la mayor:

-No, con la de oro no, que se mancha.

Y dice la otra:

-No, con la de plata no, que se mancha.

Y va la pequeña...

- -¿Cuál es la otra que dije?
- -("La de cobre")
- -Pues besa el culo al pobre.

La señorita y la criada

Era una señorita que se puso mala por la noche y había comido lentejas. Y, claro, pues como estaba tan mala, dijeron:

-Hay que avisar al médico.

Avisan al médico, llega y dice:

- -¿Qué le pasa a usted?
- -Ay, doctor; he comido unas criadillas de la tierra, se me han puesto en el crisol, me duele la media luna y me tiemblan las dos columnas, que es un horror.

Y dice el médico:

- -Señora, como no me lo diga usted más claro, yo no la entiendo.
- -Pues llamar a la criada, que es muy bruta y ésa lo sabe.

Llega y dice:

-Pues no la pasa ná, doctor. Que ha comío unas lentejorras, le duele la barrigorra y le tiemblan las dos pantorras.

De paseo Su Majestad

Siendo paje Quevedo de su majestad el Rey, fueron una tarde de paseo y vieron a un anciano pastor con sus ovejas, y dijo el Rey:

-Vamos a conversar un poco con este ancianito.

Y se le ocurrió decir a Quevedo:

- -Pues sí, vamos a reírnos un rato de él.
- $_{-i}$ Cómo! $_{-dice}$ el Rey $_{-i}$. ¿Osas decir que te vas a reír de él? Vamos a ver si es verdad que te ríes de él.

Y se acercaron al pastor.

Y dijo el Rey:

-Qué blanca está la sierra...

Y contestó el pastor:

- -Algún día estuvo negra, señor.
- -Ah, muy bien... y de los largos, pastor, ¿qué tal?
- -¡Huy, qué cortos son ya, señor!
- -¿Y de los muchos?
- -¡Huy, señor, qué poquitos ya!
- -¿Y de los dos?
- -Ya son tres, señor.
- -Ah, ¿te atreverías, pastor, a pelar un ganso?
- -Ay, si viniera manso...

- -Bueno, Quevedo, ¿qué? ¿Te has reído mucho?
- -No, majestad; al contrario. Me he quedado sorprendido ante esas preguntas y respuestas, que no sé lo que quieren decir.
- -Pues mira, Quevedo, te voy a dar veinticuatro horas para que sepas descifrar las preguntas y respuestas que le he hecho al pastor; si no, a las cinco de la mañana te mandaremos cortar la cabeza.

Entonces Quevedo se fue a casa de sus padres, les contó todo y les pidió que le ayudaran. Dijo a su padre:

-Mira, hijo; en ese rincón tenemos un taleguillo con onzas de oro. Cógelo, llévalo al pastor y dáselo para que te lo descifre.

Conque así lo hizo. Fue a casa del pastor y llamó:

- -¡Pastor, por favor, ábreme, que soy el de esta tarde!
- -¡Ah! Hijo, a ver quién eres, que no me doy cuenta...Ah, sí; el que venía esta tarde con el Rey. Bueno, ¿qué quieres?
- -Pues verá usted; que como dijo esta tarde unas palabras, entonces depende mi vida de usted, y aquí están estas onzas que me han dado mis padres, que las tenían guardadas para la vejez. Pero si usted me lo dice, pues para usted.
- -Bueno, pues pasa, siéntate y pregunta.
- -Dígame usted primero: cuando dijo el Rey que qué blanca está la sierra y usted contestó que algún día estuvo negra...
- -Ah, sí; mis cabellos, que, cuando yo era joven como tú, los tenía negros como la mora, y con los años se me han puesto blancos.
- -Y cuando dijo lo de los largos y usted dijo que ya eran cortos, ¿qué quiso decir?
- -Mi vista, que, cuando yo era joven como tú, veía a diez leguas a la redonda y ahora apenas te distingo a ti.
- -¿Y cuando dijo de los muchos y usted dijo que ya eran pocos?
- -Mi dentadura, que, cuando yo era joven como tú, me comía lo que me echaran con los dientes, y ahora, en cambio, casi no me quedan.
- -¿Y de los dos que dijo usted que ya eran tres?
- -Mis tres piernas, que, cuando yo era joven como tú, corría por ahí como una cabra y ahora tengo que valerme del bastón.
- -Oiga usted, ¿y cuando dijo que si se atrevía a pelar un ganso y dijo usted que si vinie-
- -Sí; ése eres tú, que has venido a que te pele las perras de tus padres, los sacrificios de tantos años. ¡Tú eres el ganso!

Cuando el rey visitaba los monasterios

Llegando su majestad el rey con su séquito al monasterio de la Mejorada, salió a recibirle el abad y le dijo:

-Bienvenida sea su majestad a esta humilde morada.

Y le respondió el rey:

- -Bien hallado, padre abad. ¡Qué gordo está usted!
- -Es que a mí, señor, el agua me alimenta.
- -¿Cómo el agua? Lo que pasa es que usted no tiene el peso de una nación sobre sus hombros, como lo tengo yo, que por eso estoy tan delgado.
- -Ay, majestad; qué cosas dice. ¡Cuánto me gustaría a mí tener en qué pensar, porque ya le digo que el agua me alimenta!
- -Pues mire usted, padre abad; le voy a hacer tres preguntas y le voy a dar seis meses de plazo para que me conteste. Vamos a ver. Primera pregunta: ¿Cuánto tiempo tardaría yo con mi caballo en dar la vuelta al mundo? La segunda: ¿Cuánto dinero valdría yo, con mi España y mi corona, en dinero contante y sonante? La tercera: ¿Cuál es el pensamiento que tiene el rey de España en su cabeza que cree que es verdad y es mentira? Ya están las preguntas hechas. Si en seis meses usted no me contesta, estos señores que vienen conmigo, aquí al lado, están deseando hacer astillas y su cabeza correrá por el suelo.

Y con las mismas partió su majestad, y allí se quedó el padre abad. Pasaron los días, y un pastor, que solía merodear por el convento, vio que el padre abad no salía a la puerta y le dijo a un hermano:

- -¿Pero qué pasa con el padre abad, que hace muchos días que no le veo?
- -Calla, hijo, calla. Si no sabemos qué le pasa... Se ha encerrado en su celda y no hay manera de que nos diga qué le acontece. Le decimos que si le duele esto o lo otro, y no nos dice nada. Está perdiendo carnes y no sabemos por qué.
- -Ah, pues haga usté el favor de quedarse con las ovejas, que quiero yo ir a verle.

Sube el pastor a la celda y le ve:

- -Padre, ¿qué le pasa?
- -No sé; tengo algo...
- -Pero ¿qué le pasa? ¿Qué le duele?

Y entonces le contó lo del rey; le dijo lo de las tres preguntas y que no sabía descifrarlas. Y le dijo el pastor:

- -Usté tranquilo, que yo voy a hacerlo por usté.
- -No, hijo mío; eso no puedo permitirlo.
- -Mire, yo no tengo familia en el mundo; así que ese día me visto con sus hábitos, salgo a recibirle y ya sabré qué contestarle...
- -Bueno, hijo mío, hazlo por el bien de la Iglesia.

Pasan los seis meses y le visten al pastor con los hábitos del padre abad. Claro, como el abad era muy gordo, le sobraba hábito por todas partes. Y sale a recibir al rey:

- -Bienvenida sea su majestad a esta humilde morada.
- -Bien hallado, padre abad. Vaya, vaya. ¡Cómo se ve que las preguntas han sido..., ¿eh?!
- -Hombre... ¡Han sido de prueba! Así me han quedado a mí.
- -Bueno, vamos al grano. La primera pregunta fue, si mal no recuerdo, que cuánto tardaría yo en dar la vuelta al mundo.
- -Sí, señor. Pues yo he pensado que si su caballo corre como el sol, veinticuatro horas exactamente
- -Muy bien, correcto. La segunda, que cuánto valdría yo con mi España y mi corona en dinero contante y sonante.
- -Sí, señor. y yo he pensado que si Nuestro Señor Jesucristo, Rey de Reyes, valió treinta monedas, usté valdría veintiocho o veintinueve a lo sumo. Más, no, porque entonces sería el segundo Cristo.
- -Muy bien, muy bien. Pero vayamos a la otra, a la primordial. Aquella de que hay en mí un pensamiento que yo creo que es verdad y es mentira.
- -Pues verá, es muy fácil: su majestad en este momento cree que está hablando con el padre abad de este convento...
- -¿Y no es así?
- -Pues no, señor, porque en verdad está usté hablando con un humilde pastor.

Entonces el pastor abrió los hábitos y se le vio la zamarra.

El sacristán y los segadores

Eran unos segadores que venían de hacer la soldada y venían diciendo:

- -Yo he ganao veinte duros.
- -Yo he ganao quince duros.

Y había por allí un ermitaño que les estaba oyendo la conversación y dice:

-Huy, a ésos ahora mismo les quito yo la soldada.

¿Y qué hizo? Echó una cortina al Cristo y puso en un escrito: "El Cristobalón, que por un duro da dos".

Y llegaron los segadores y dicen:

-Oye, mira este Cristo; tiene cara de bueno y de requetebueno. Por un duro da dos.

Pusieron un duro, y justo: salieron dos por cada uno.

Y ya dice uno:

-Debíamos poner, en lugar de uno, diez duros cada uno, y nos da veinte el Cristobalón.

En efecto. Pusieron los diez duros y salieron veinte. Y ya dice uno:

-¿Y por qué vamos a andar en tantas veces? Juntamos los duros de la soldada y nos dará el doble.

Conque ponen todo el dinero y se corre la cortina. Y quietos allí esperando, y no aparece nada. Y dice uno:

- -Parece que tarda...
- -Es que es muy larga la cuenta -dice otro-.

Y ya dice el otro:

-El que todo lo quiere, todo lo pierde. Cristobalón, Cristobalón, tienes cara de ladrón y de reladrón.

El caldo y los garbanzos

Era un zagal de estos que, antes -cuando eran los segadores que segaban a mano-, llevaba la merienda de casa del amo en marmitas. Y el muchacho pasaba mucha hambre: mientras los otros comían, pues él miraba; el amo le pagaba a lo mejor con un rebojo de pan. Con que un día dice:

-¿Cómo me apañaría pa llenar la barriga?

Y ya un día, según va con la comida, dice:

-Lo mejor es que abra la marmita. La cuestión es que si bebo el caldo me quedo con las mismas ganas. Pues lo mejor que hay entonces es comerse los garbanzos, la cecina y el tocino y dejar el caldo.

Bueno, pues así lo hizo. Se comió todo lo bueno. Y llega. Van a destapar los segadores pa comer y dicen:

-Pero ¿qué pasa aquí? ¿Cómo nos traes sólo el caldo?

Y dice:

-Es que me ha pasao una cosa... No vea: tropezó el burro, se me salió la marmita de los aquaderos y se me cayó todo por el suelo. ¡Y sólo pude recoger el caldo!

El mal yerno

Esta era una madre que tenía una hija y la quería casar con uno que fuese rico. Y todos los días iba a rezar al Cristo, y el sacristán se quería casar con la hija, pero ella no quería de yerno al sacristán. y decía:

-Cristobalín, Cristobalón, dame un yerno que no sea peón.

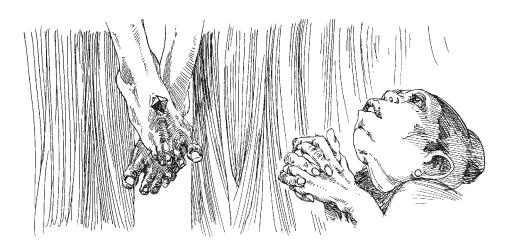
Y el sacristán, que se metía detrás del Cristo, contestaba:

-Casa a tu hija con el sacristán que las cosas bien le irán.

Bueno, pues a los tres días casó a la hija con el sacristán, y palo va y palo viene.

Conque ya va a la iglesia y le dice al Cristo:

-Cristobalín, cara de cuerno, según tiés la cara me has dao el yerno.



El tío Conejo

Era uno que le llamaban el tío Conejo, que era muy pobre, pero era muy listo. Y dice:

-Ya verás, me voy a hacer yo rico en un momento.

Conque le dio de comer a su burro reales, y salió a la plaza y decía:

-Señores, un burro que caga reales.

Y vienen los gitanos y dicen:

-Se lo compramos, tío Conejo. ¿Cuánto pide por él?

Dice:

- -Cien mil pesetas.
- -Hombre, tío Conejo, que cien mil pesetas es mucho...
- -Lo toman o lo dejan.
- -Bueno, vale.

Lo cogen y se lo llevan, pero como en casa le daban de comer paja, pues cagaba paja. Y los gitanos:

- -Pues nos ha engañao el tío Conejo. Ya verás lo que le vamos a hacer... Entonces el tío Conejo, que era muy listo y se lo había olido, le dice a su mujer:
- -Mira, tú te vas a quedar aquí con un conejo en casa y yo me voy a ir con otro a las tierras. Cuando vengan los gitanos les dices que estoy en las tierras, pero que el conejo que tienes tú me va a ir a buscar.

Vienen los gitanos y le dicen a la mujer:

- -¿Dónde está el tío Conejo?
- -Se ha ido a las tierras, pero si quieren mando este conejo y ahora mismo viene.

Y dicen los gitanos:

-Ande, ande. ¿Cómo un conejo va a ir a buscar a un hombre?

-Ya verán, ya verán.

Lo manda y al poco rato viene el tío Conejo con el otro conejo en brazos. Y dicen:

-Oiga, ¿es verdad que le ha ido a buscar el conejo?

Y dice:

-¿No ven que aquí le traigo?

Y dicen:

-Se lo compramos, se lo compramos. ¿Cuánto pide por él?

-Doscientas mil pesetas.

-Hombre, tío Conejo, que doscientas mil pesetas es mucho, carero.

-Lo toman o lo dejan.

Lo toman y se van a su casa. Y uno se va a las tierras y otro se queda en casa y le manda el conejo. Y pasa una hora, y pasan dos horas, y pasan tres horas, y pasan cuatro horas, y pasan cinco horas, y que no viene el conejo.

Entonces vuelve el gitano a casa y dice:

- -¿Pero qué haces que no me mandas el conejo?
- -Pero si te lo he mandao...
- -Otra vez el tío Conejo nos ha vuelto a engañar.
- -Pues le vamos a matar.

Y cuando lo supo el tío Conejo le dijo a su mujer:

- -Mira, ahora yo me meto aquí tomate frito y cuando vengan me clavo con el cuchillo y parece que es sangre, y entonces tú, con este pito, haces "pii, pii" y me levanto.
- -Conque llegan y dice el tío Conejo:
- -No me matéis, que ya me mato yo.

Se clava el cuchillo y sale el tomate frito, y los gitanos:

-Hombre, tío Conejo, que no era para tanto...

Y dice la mujer:

-No se preocupen, que pego tres pitidos con este silbato y se levanta.

Y hace "pii" y el tío Conejo mueve los brazos; "pii" y mueve las piernas. Y los gitanos:

-Se lo compramos, se lo compramos. ¿Cuánto pide por él?

- -Trescientas mil pesetas.
- -Hombre, tío Conejo, que trescientas mil pesetas es mucho.
- -0 lo toman o lo dejan.
- -Bueno, venga; nos lo llevamos.

Se lo llevan, y matan a sus mujeres, a sus hijos, a sus hermanos, a sus abuelos, a toda su familia. y empiezan: "Pii, pii, pii", y que no se levantaban. Y van a por el tío Conejo, y como estaba descuidao le cogen y le meten en un saco. Y le van a tirar al río. Y dicen:

-Bueno, como es de noche le tiramos mañana.

Le atan a un árbol y dejan allí colgao el saco. Y empieza el tío Conejo:

-Que yo no quiero, que yo no quiero, que yo no quiero...

Y toda la noche así. Y viene un pastor y dice:

- -¿Qué no quiere usté?
- -Que me quieren casar con la hija del rey y yo no quiero.

Y dice el pastor:

-Anda, pues me meto yo en el saco, que yo sí quiero.

Se lo cambio por mi rebaño.

Conque se mete el pastor y empieza a decir:

-Que yo sí quiero, que yo sí quiero...

Llegan los gitanos y dicen:

-Quieras o no guieras, al río vas a ir.

Y le tiran. Y el pastor:

-Ay, ay, ay...

Y llega el tío Conejo con el rebaño de ovejas. Y dicen:

-Pero... tío Conejo... Si le acabamos de tirar al río...

Y dice el tío Conejo:

-Hombre, ¿no oían que decía "ay"? Pues cada vezque decía "ay" era porque me encontraba una oveja.

Y los gitanos:

-Tío Conejo, métanos en un saco y tírenos al río.

Cogió el tío Conejo les tiró y se ahogaron. Y, colorín, colorado, este cuento no es más largo.

Tío Zumbones

Pues era una vez un señor que le llamaban tío Zumbones y era de pocas palabras, y se compró un burro.

Y todo el mundo, a darle la murga:

-Qué burro más bonito. ¿Cuánto le ha costao, tío Zumbones?

Y él, callao. Y al otro día:

-Qué burro más bonito. ¿Cuánto le ha costao, tío Zumbones?

Y todos los días, igual. Conque ya, harto, se fue a la iglesia por la noche y empezó a tocar las campanas. A poco llega el sacristán y pregunta:

-¿Quién anda ahí?

Y el tío Zumbones, callao. Se marcha el sacristán a buscar al cura y vuelven los dos, y el cura, revestido —no fuera un ánima del otro mundo—, dice según entra:

-Si sois ánimas del otro mundo, decid qué queréis.

Conque va el tío Zumbones y saca una voz de muerto:

-Que venga el pueblo entero.

Fueron a llamar a todos los vecinos pa reunirse en la iglesia, porque decían que era voluntad de un ánima. Y muchos iban diciendo:

- -Ay, si será Fulano, que le prometí una misa de cabo de año y no se la dije...
- -Si será Mengano, que no le encomendé la novena...

Y cuando ya están todos reunidos dice el cura:

-Animas del otro mundo, aquí está todo el pueblo.

Y salta el tío Zumbones:

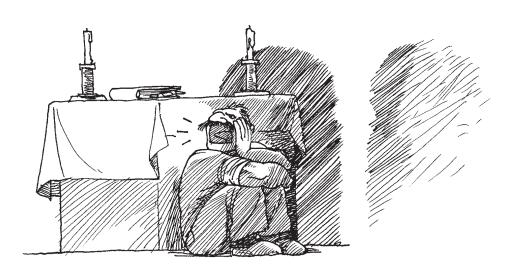
-No, que falta la tía Lepra.

Y la tía Lepra era una que estaba impedida de hacía muchos años. Pues fueron a buscarla, y vuelve a decir el cura:

-Ánimas del otro mundo, aquí está todo el pueblo y la tía Lepra.

Entonces sale de detrás del altar el tío Zumbones, y dice:

-¿Sabéis lo que me costó el burro? Pues treinta reales, y os lo digo pa que no me volváis a preguntar.



Los seis burros

Este era un chico un poquito cerrao, y va su padre un día y le dice:

-Anda, hijo, coge los seis burros y llévalos al molino; pero ten cuidao que no se te pierda ninguno.

Conque va el chico, se monta en uno y empieza a arrearles; y a eso de la mitad del camino dice:

-Voy a contar los burros, no sea que se me pierda alguno.

Y empieza:

-Uno, dos, tres, cuatro, cinco...

Y vuelve:

-Uno, dos, tres, cuatro, cinco...; No te digo! Ya se me ha perdido uno.

Pica el burro donde iba montao pa desandar el camino, y en cuanto que sintió el pincho en las ancas, el animal se espantó y le tiró. Y cuando llega al suelo dice:

-Y seis. Ya apareció.

El listo

Era una vez un chico –creo que era de Tordehumos– que se fue a confesar. Y dice:

- -Padre, me acuso de que soy medio tonto.
- -Pero, hijo, eso no es un pecao; como mucho es una desgracia.
- -Pero es que como soy medio tonto, cuando ponen la cebada en las eras cojo cebada del montón que está al lao del de mi padre y la echo en el suyo.
- -Acabáramos; eso es harina de otro costal. ¿Y cómo no se te ocurre coger del montón de tu padre y echarlo en el del vecino?
- -Toma, porque entonces sería tonto entero.

La chica y el cubo

Había una chica que la rondaba un chico y no se vengaba de ganarla, y le dijo que no se "lo" daba si no le daba dinero. Y luego el chico, pues no era tonto tampoco –también estudió–, estropeó un caldero de la abuela de la muchacha, lo metió en un saco y se lo puso a la cabecera. Y ella, desque vio el saco, dijo:

-Pues me va a pagar bien...

Y la chica se le dejó.

Y luego tocaba al baile la muchacha y decía:

-Ese que anda en el baile tiene cara de ladrón que el dinero que me ha dao todo ha sido de latón.

Y contestaba él:

-Dijiste no me lo dabas si no te daba dineiro; tú te quedaste sin virgo y tu abuela sin caldeiro.

El testamento

Pues este era un escribano que le llamaron de un pueblo pa que hiciera testamento a un señor muy mayor que era muy rico; pero en lo que llegaba y lo que no, se murió el propietario, y los herederos, muy preocupaos:

-¿Y ahora qué vamos a hacer? Todo va a ir al erario...

Y ya se le ocurrió a uno:

-Podemos atar al cuello del tío un cordel y le decimos al escribano que por la gravedad no puede hablar y que lo hará por señas. Y a cada cosa que nos convenga tiramos del cordel pa que parezca que dice que sí.

Conque así lo hicieron. Llegó el escribano, le colocaron en la salita y en la alcoba pusieron al difunto, y preguntaba:

-¿Deja usté los bueyes y las tierras del pago tal a su sobrino Manuel?

Y tiraban del cordel y parecía que decía que sí.

-¿Deja usté la casa del pueblo tal y el pósito a su sobrino Juan?

Y volvía a decir que sí. Pero ya tanta cabezada le pareció rara al escribano, y salta:

-¿Deja usté al escribano alguna manda?

Y el difunto, ni moverse. Y repite:

-¿No deja usté manda al escribano?

Y nada. Y entonces dice:

-Señores, o tiran del cordel pa todos o pa ninguno.

El cura y los huevos

Antes era costumbre, a la primera confesión de los chicos, dejarle al cura de ofrenda unos huevos, y tenía así, orilla del confesionario, una cesta y allí iban dejando dos, o tres, o los huevos que trajera cada uno.

Conque ese día, cuando ya habían pasao todos, llega el último, que era un rata, y dice:

-Don Isacio, me acuso de haber robao una docena de huevos...

Y según lo iba diciendo se los iba metiendo en los bolsos.

- -Sigue...
- -Don Isacio, me acuso de haber robao un par de huevos.
- -Bueno, sigue...
- -Don Isacio, me acuso de haber robao otro par de huevos.
- -¡A ver si terminamos con los huevos!
- -Ya va, don Isacio; a la terminación me acuso del último par...

Bueno, le da la absolución, y cuando va a mirar la cesta no había ni un huevo.

-¿Será posible? ¡Así te salgan todos hueros, ladronazo!

El ramo de albahaca

Esta era una joven muy guapa y muy hacendosa que todos los días salía al jardín de su casa a regar las flores. Pasó por allí el hijo del rey y al verla tan hermosa le preguntó:

-Señorita que riega la albahaca, ¿cuántas hojitas tiene la mata?

Y ella no supo qué contestar y le dio mucha vergüenza. Al día siguiente pasó otra vez y preguntó:

-Señorita que riega la albahaca, ¿cuántas hojitas tiene la mata?

Pero ella, que ya estaba preparada, le contestó a su vez:

-Diga el alto caballero, ¿cuántas estrellas tiene el cielo?

Le gustó al príncipe la contestación y se empeñó en conquistar a aquella joven como fuera. Se disfrazó de vendedor de encajes y bordados y fue a pasar por su puerta.

-¡Encajes, encajes!

Salió la joven y se entretuvo escogiendo hasta que encontró una pieza de su gusto.

- -¿Cuánto me lleva por ésta?
- -Por esa un beso. Que se deje dar un beso solamente.

Pensó que un beso recibido no crea compromiso y se lo dejó dar. Luego se metió para su casa considerando que había hecho un buen negocio. Pero al día siguiente pasó otra vez el príncipe y preguntó:

-Señorita que riega la albahaca, ¿cuántas hojitas tiene la mata?

Y ella respondio:

-Diga el alto caballero, ¿cuántas estrellas tiene el cielo?

Y contestó el príncipe:

-Y el beso del encajero ¿estaba malo o estaba bueno?

La joven se puso como la grana cuando reparó en el engaño y avergonzada no volvió a salir al jardín. Al príncipe, que bebía los vientos sólo por verla, le aquejó una gran melancolía y cayó enfermo en cama. Los doctores más sabios no acertaban con el tratamiento adecuado. Cuando llegó a oídos de la joven que el príncipe estaba grave, suponiendo que ella era la causa del mal, urdió una trama para ir a verle. Se vistió de médico y entró en la estancia donde deliberaban los doctores.

-Esto sólo tiene un remedio. Pero tengo que aplicarlo yo solo y el príncipe tiene que estar boca abajo.

¡Como era la última solución, los demás galenos aceptaron sin muchas trabas! Se dispuso al príncipe con la cabeza entre almohadones y boca abajo, de modo que no veía a quien entraba.

La joven le levantó los faldones del camisón y le metió un nabo por el culo.

Al príncipe le sorprendió el remedio, pero antes de que quisiese volverse ya había salido de la habitación el doctor, dejando sobre la almohada un ramito de albahaca.

La simple visión del ramo devolvió las fuerzas al enfermo, a quien el recuerdo de su amada enardeció de tal forma que a las pocas horas estaba como nuevo. Al día siguiente pasó por el jardín y allí estaba la joven regando como si nada hubiese pasado. Se acercó el príncipe y preguntó:

- -Señorita que riega la albahaca, ¿cuántas hojitas tiene la mata?
- -Diga el alto caballero, ¿cuántas estrellas tiene el cielo?
- -Y el beso del encajero ; estaba malo o estaba bueno?
- -Y el nabo por el culo ¿entraba blando o entraba duro?

Entonces se dio cuenta el príncipe de la burla, pero como la quería más que a su vida decidió casarse con ella. y fueron felices y comieron perdices y a mí no me dieron porque no quisieron.

Los frailes y el zagal

Iban tres frailes por un camino y llegaron a una encrucijada de la que salían varios senderos en distintas direcciones. Como no sabían cuál tomar para encaminarse al pueblo donde iban a dar la Misión, le preguntaron a un rapaz de unos doce años que estaba cuidando cabras:

- -Oye, chiquito, ¿a dónde va este camino?
- -Vaya una pregunta. ¿no ve usted que se está quieto?

El primer fraile se calló, pero el segundo quiso insistir.

- -; Cómo te llamas, mocete?
- -Yo no me llamo, me llaman.

También dejó sin habla al segundo fraile, pero el tercero que ya estaba un poco mosca de escuchar las respuestas del rapazuelo, le dijo:

- -Oye mocoso, ¿qué hacen en tu pueblo con los críos pillos y descarados como tú?
- -Les meten frailes.

Y se dio media vuelta y arreó el hato, dejando estupefactas a sus tres reverencias que, colocándose las capuchas y metiendo entrambas manos en las mangas de su hábito, continuaron en silencio su camino.



2 VALENTÍA Y COBARDÍA

- 109 El hombre de pez
- 111 Panicatorce
- 113 Cabecita de ajo
- 115 Cabecita de ajo II
- 117 Pulgarcito
- 119 El pellejero
- 120 Juan Soldado
- 123 El gigante
- 125 Arriba, ánimas
- 127 Las ánimas del purgatorio
- 129 El sastre y el deudor
- 131 El tío Pelostuertos
- 132 Menos lobos
- 134 La zorra, el lobo y el hombre

ÉRASE QUE SE ERA...

El hombre de pez

En un pueblo había un chico que era muy valiente, y siempre estaba diciendo:

-Porque yo puedo... A mí no me da miedo...

Y ya los chicos del pueblo dijeron:

-Vamos a meter miedo a éste.

Y le dijeron:

-A ver si eres capaz de subir al campanario por la noche a tocar las campanas.

Conque hicieron un hombre de pez, como si fuera un hombre, justo por donde tenía que pasar a tocar las campanas. Y sube por la noche, y llega y le dice al hombre de pez:

-Oye, tú, quítate de ahí en medio que voy a pasar yo a tocar las campanas.

Y el hombre, como era de pez, ni palabra.

-Te he dicho que te quites.

Y el hombre no se quitaba.

-Pues te voy a dar una torta.

Y ¡pam! le pegó una torta, pero como era de pez, se le quedó la mano pegada. Y dice:

-¿Me quieres soltar la mano? Que si no me sueltas la mano, te pego con la otra...

¡Pam! le pegó con la otra mano y se quedó con las dos manos pegadas al muñeco; pero como era tan valiente, dice:

-Si no me sueltas las manos te pego una patada.

Conque fue y ¡pum! le pegó una patada, y se quedó con el pie pegao.

-Pues no me importa, porque me queda otro pie.

Y le pegó otra patada con el otro pie. Dice:

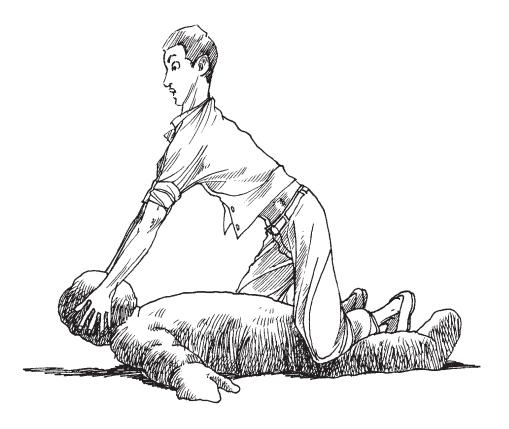
-Pues, ¿sabes lo que te digo? Que todavía me queda la boca y te pego un mordisco.

Y fue ¡aam!, le pegó un mordisco y se le quedó toda la boca pegada.

-Pues ahora te pego con la barriga...

Y ¡pum!, le pegó con la barriga. Conque a la mañana siguiente subieron y se le encontraron pegao, y dijeron todos:

-Vaya un chico valiente...



Panicatorce

Había una vez un rey que, al casarse su hija, llamó al herrero Panicatorce para que le hiciese una cama, y le amenazó de muerte si no se la terminaba en un día.

El herrero, que sabía que no la iba a poder terminar, viéndose perdido, llamó a los demonios para que le ayudaran.

-Iremos con la condición de que si hacemos la cama te vienes con nosotros al infierno.

Como Panicatorce no tenía otra solución dijo que sí. De modo que se presentaron allí unos cuantos demonios y se pasaron toda la noche trabajando. Por la mañana estaba la cama terminada; se la llevaron al rey y éste quedó muy contento.

Pero al día siguiente se presentaron los demonios a por Panicatorce, y como él no estaba muy conforme con irse al infierno, les dijo:

-Mirad, mientras yo me preparo, os subís a unas higueras que tengo ahí en el huerto y os coméis los higos.

Cuando ya estaban todos en los árboles, desde una ventana llamó a los chicos que salían de la escuela y les dijo:

-Os dejo que tiréis todas las piedras que queráis a las higueras.

Los chicos, qué más querían, se llenaron las carteras de piedras y pim, pam, pim, pam, no dejaron un demonio sano.

Pero al otro día llegaron muchos más y le dijeron:

- -Ahora sí que te tienes que venir con nosotros.
- -Bueno, pero mientras me preparo os podéis bajar al pozo que hay unas truchas riquísimas y las pescáis.

Cuando estaban abajo, cogió Panicatorce una piedra tan grande como el brocal del pozo, la tiró y ya no pudieron salir los demonios.

Pero al pasar unos días vinieron muchos más demonios y se le llevaron. Al llegar al infierno dijo Panicatorce

-¿Pero cómo vivís en estas casuquillas? Traer hachas que vamos a cortar árboles para hacer una buena casa.

Se pusieron a trabajar, y cuando Panicatorce llegó a un árbol muy grande, llamó a todos los demonios y les dijo:

-Mientras yo corto el árbol, sujetarle fuerte pa que no se caiga.

Conque pusieron los demonios las manos en el árbol y cogió Panicatorce un hacha muy grande y ¡zas! dio un golpe tan fuerte, tan fuerte, que les dejó a todos sin manos, y se fue de allí para no volver jamás.

Y colorín colorado, este cuento se ha acabado.



Cabecita de ajo

Hace muchos años vivía en un pueblo un matrimonio que tenía un hijo y era tan pequeñito, tan pequeñito, que tenía la cabeza como una cabecita de ajos, y claro, le llamaban "Cabecita de ajo". Entonces su padre trabajaba en una tierra de un señor que ya no me acuerdo cómo se llamaba y araba la tierra con una pareja de bueyes. Entonces había que llevarle la comida porque no le daba tiempo a venir a comer a casa, y se la tenía que llevar el niño, y era tan pequeñito que su madre le metía en una oreja del burro, le ataba la comida en la oreja del burro y ya iba a llevarle la comida a su padre. Y por el camino, según iba, se encontró con una banda de ladrones y entonces venían todos cargaos con lo que habían robado, y dijeron:

-Vamos a ver si cogemos este burro, que viene solo.

Pero el niño le pellizcó dentro de la oreja y el burro se echó a correr.

Llegó a la tierra dónde trabajaba su padre y el niño, pues quería ayudarle mientras que su padre comía:

- -¿Quieres que mientras tú comas yo are, padre?
- -No hijo, que te caga el buey pinto y te tapa.
- -Que no, padre, que no.
- -Bueno; pues ara.

Entonces se puso a arar el niño y justo: cagó el buey pinto y le tapó.

-Ay, padre, que ha cagao el buey pinto y me ha tapao.

Fue el padre y le destapó y ya terminó el padre de comer y se volvió para casa. Y el niño, por el camino, dice:

-Voy a ver si encuentro a esos ladrones y les puedo coger lo que llevaban.

Pues justo; había una casa deshabitada en el monte y allí es donde se repartían lo que robaban. Entonces el niño se puso en la puerta y estaban haciéndose el reparto:

-Pa tú, pa mú; pa mú, pa tú; pa ti, pa mí; pa mí, pa ti.

Y el niño desde la puerta decía:

-¿Y para mí?

Y los ladrones:

-¿Pues quién será esto?

Entonces el burro dio una patada muy grande en la puerta y los ladrones, que creían que era la Justicia que iba a por ellos, se marcharon por la puerta de atrás y dejaron todo allí. Y el niño, pues se cargó con todo y se lo llevó al pueblo. Pero entonces los ladrones dijeron que tenían que recuperarlo, y dijo el caporal de ellos:

-Mira, yo me vestiré de pordiosero y iré a pedir una jarra de agua por el pueblo y allá donde me saquen la jarra de oro que nos han llevado, pues allí tienen que tener todo.

Y justo. Llegó a una puerta, y nada; llegó a otra, y nada; llegó a otra, y:

-Ay, por favor, una jarrita de agua...

Y le sacaron la jarra que ellos tenían. Y dijo él:

-Justo; este es el sitio. Esta noche vendremos a recuperarlo y vendremos por el tejado para que no nos vean.

Y el niño que estaba allí, pues lo oyó, pero como a él no le veían...y entonces por la noche dijo:

-Padre, madre, acostaros; no os preocupéis, que yo me quedo aquí.

Y se quedó debajo de la chimenea y cogió una garia. Y vinieron ya los ladrones. Y entonces iba a entrar uno por la chimenea y decía:

-Que meto una pata...

Y decía Cabecita de Ajo desde dentro:

- -Métela, métela...
- -Que meto la otra...
- -Métela. métela...
- -Que meto un brazo...
- -Métele. métele...
- -Que meto todo...
- -Mételo.

Y cuando iba a caer ya, el niño con la garla le picaba.

-Ay, que me quemo, que me abraso.

Y salía todo picao; y llegaba otro, y lo mismo. Entonces dijo el caporal:

-Iros para allá, que no valéis para nada. Voy a entrar yo.

Entonces entró el caporal y justo, le pasó lo mismo.

Entonces vieron que no se lo podían llevar y se marcharon, y el niño se quedó con todo. Se lo entregaron a la Justicia del pueblo y, colorín, colorado, aquí paz y allí gloria.

Cabecita de ajo II



Era un matrimonio de labradores que tenían un hijo, pero era chiquitín porque antes del parto la madre tuvo un antojo y dijo:

-¿Para qué quiero hijos grandes? Yo con uno como una cabecita de ajo me conformo.

Y en efecto; les salió un niño talmente como si fuera una cabecita de ajo. El niño era muy bueno y les ayudaba en todo lo que podía en la casa. Un día que su padre se había ido a arar, le dijo a su madre:

- -Voy a llevarle la comida a padre.
- -No hijo, que hay ladrones por los caminos y te pueden coger.
- -Que sí, madre, que sí que voy.

Bueno, pues tanto insistió que la madre le montó en la oreja del burro y le mandó al pago donde estaba arando el padre. Por el camino se cruzó con unos ladrones que venían de robar y al ver un burro suelto dijeron:

-Anda, un burro sin amo; vamos a cogerle.

En cuanto oyó esto Cabecita de ajo, empezó a chillarle al burro en la oreja de tal forma que el pollino se asustó y no había ser humano que le siguiera, así que los ladrones dejaron que se fuera y continuaron su camino. Entretanto Cabecita de ajo llegó al pago donde estaba su padre arando y le sacó la comida.

- -Tenga, padre, que mientras usted come yo llevaré la binadera.
- -No, hijo, que iqual caga el mulo y te tapa.

Pero tanto insistió que se puso detrás del animal y al poco rato echó una buena plasta el mulo y le tapó. y el padre venga a buscarle, venga a buscarle, pero no le encontraba. Al anochecer se fue para su casa muy triste, y llegaron los ladrones a repartirse el botín del día.

- -Esto para ti, esto para mí; esto para ti, esto para mí.
- -¿Y para mí? -decía Cabecita de ajo desde la plasta-.

Los ladrones se asustaron al oir la voz, pero como no volvió a repetir, siguieron:

- -Esto para tí, esto para mí; esto para ti, esto para mí.
- -¿Y para mí? -insistió Cabecita de ajo-.
- -Esto es cosa de magia.
- -A ver si estamos encima de algún cementerio antiguo -dijo uno de ellos-.

Echaron a correr y dejaron allí todo lo que habían robado. Cuando Cabecita de ajo consiguió salir de la plasta, cogió todas las alhajas –jarras de oro y de plata– que habían dejado, las cargó en el burro y se volvió a su casa. Con todo el botín pusieron sus padres una venta y les iba muy bien. Pero un día pasaron los ladrones por allí y vieron en una mesa de la venta una de las jarras perdidas.

- -Mira por dónde hemos venido a encontrar lo que nos quitaron.
- -Pues esta noche volvemos y lo recuperamos.
- -Por esa chimenea grande podemos entrar...

Y todo lo estaba escuchando Cabecita de ajo debajo de un plato. A la noche preparó una buena lumbre en el hogar y cuando oyó que bajaba el primero, sopló con el fuelle y las llamas subieron y le quemaron.

-¡Socorro! ¡Que me quemo!

Bajó otro y lo mismo. Y así intentaron bajar todos hasta que se dieron cuenta de que era imposible robar en aquella casa. Y Cabecita de ajo y sus padres vivieron desde entonces tranquilos y contentos. Y colorín colorete, por la chimenea sale un cohete y por la puerta diecisiete.

Pulgarcito

Estos eran unos padres que tenían siete hijos, y uno era como el dedo pulgar, y resulta que no tenían qué comer, porque era leñador su padre, y dice:

-¿Vamos a ver morir a los hijos? No quisiera verles morir.

Y dice la mujer:

-Mira, mañana les llevaremos al bosque y allí les dejamos cuando estén entretenidos.

Y Pulgarcito lo oyó; y salió a la calle y se llenó los bolsillos de chinas, y al ir pa allá, pues fue echando las chinas po'l camino. y según les dejaron ya sus padres, todos lloraban menos él.

- -¿Por qué lloráis?
- .-Porque se han marchao nuestros padres...
- -No os apuréis, que yo os llevaré.

Y ya les llevó. Y llegaron a casa y estaban los padres:

-Ay, porque les habrán comido los lobos...

Y contestaron:

-No, madre, que estamos aquí a la puerta.

Y ya volvieron otra vez a estar un poco de tiempo en casa. Pero dijeron los padres otra vez:

-Hay que llevarles más lejos.

Y les llevaron más lejos. Pero el niño ya no encontró chinitas, y el pan que le dio su padre pa marchar, pues le fue regando po'l camino. Pero el pan se lo comieron los pájaros y ya no encontraron el camino. Entonces vieron una luz, y era la casa del ogro, y se fueron allí. Y dice:

-Huy, nos refugie usté aquí.

- -No, que ésta es la casa del ogro y se come a todos los niños que estén aquí.
- -Pues nos oculte usté.

Y les ocultó debajo la cama. Y llegó el ogro, y dice:

- -Me huele a carne fresca.
- -Hombre, no te extrañe: ahí tienes cordero, tienes lechazo...
- -No, no; me huele a carne fresca.

Y ya, encontró a los niños.

-Mira, dámeles bien de cenar esta noche, que menuda cena que voy a dar a mis amigos ogros.

Y ya, les dio bien de cenar; pero Pulgarcito se fijó que tenían otros siete niños en la cama del lao y que tenían gorros de tela, y a ellos les pusieron gorros de papel. Entonces Pulgarcito se los cambió. Y a cierta hora de la noche se levantó el ogro, les palpó los gorros y a los que tenían el de papel les mató. A la mujer le mandó que se levantara a prepararles, y cuando llegó vio que eran sus hijos.

-Ay, que has matao a nuestros hijos...

Entonces el ogro se levantó, se puso las botas de cien leguas y se marchó a buscarles. Pero como era muy borracho, en medio el camino se echó a dormir, y estaba durmiendo cerca de los niños. Entonces Pulgarcito le quitó las botas y se las pusieron ellos. y ya se marcharon.

Y el rey se enteró que era un niño tan listo y le empleó en palacio. Y, colorín colorete, por la chimenea sale un cohete.

El pellejero

En San Pedro Latarce había un señor que se dedicaba a quitar los pellejos de los animales: de caballos, mulas... Y en enero, un día, se murió un caballo, y como era día diez él se había ido a Toro, al mercao. Y el amo del caballo mandó a un chico a casa del pellejero:

- -Señora Fulana, ¿está aquí el tío Pellejero?
- -No, hijo; está en Toro.
- -Pero ¿vendrá tarde?
- -Pues no sé; ya sabes que ahora se anochece pronto...
- -Es que si no..., con las heladas que caen, ¿quién le quita mañana la piel al caballo?
- -No sé, hijo; no puedo decir...
- -Bueno, pues dígale que en el pago "tal" está.

Llega el pellejero y le dice la mujer:

- -Oye, ha venido el hijo de Fulano a ver si vas a quitarle la piel a un caballo. ¿Tienes miedo?
- -¿Yo, miedo? ¿Con estas herramientas que llevo? ¡Amos anda!

Con que también le estaban escuchando unos vecinos; se visten de marimantas y se van al pago a aquardarle.

Y cuando llega al caballo les ve y dice:

-Si sois ánimas del otro mundo, decid a qué venéis.

Y nada. Se iban acercando a él.

- -Si sois ánimas del otro mundo, ¡coño!, decid a qué venéis.
- -Venimos a hacer lo que tú estás haciendo con ese animalucho.

Tiró los cuchillos y corriendo hasta San Pedro.

Juan Soldado

Esto era cuando estaban los hombres ocho años en el servicio y era uno que se llamaba Juan y al volver a casa, cuando cumplió, le dieron ocho cuartos por todo el tiempo que había estao allí. Y hablando con los amigos en el pueblo:

- -Pero ¿no te da vergüenza, que has echao ocho años allí y ocho cuartos que te han dao? Se han reido de ti.
- -Ah, pues yo voy a decirle al rey que tiene una cosa muy mala.
- -¿Y qué le vas a decir al rey?
- -Le voy a decir a sus jodíos morros que está hecho usté un jodío bolo.

Con que ya, entra en Madrid –él de militar había estao en el Pardo, pero se perdió porque había mucha niebla— y le echaron el alto unos señores a caballo; dicen:

- -¿Quién vive?
- -España.
- -¿Quién es usted?
- -Pues yo soy Juan Soldao.
- -¿Y qué anda haciendo usted por aquí?

Dice:

- -Nada que he estao ocho años en la mili y quiero ir a Madrid.
- -Y ¿a qué va usté a Madrid?
- -A decirle al rey a sus jodíos morros que está hecho usté un jodío bolo, porque na más me ha dao ocho cuartos y los tontos que tiene allí se lo comen todo.

Conque era el rey y otros generales:

-Pues mire usté, estamos perdidos.

-Pues ve allí se ve luz.

Y fueron a una cabaña que se veía luz y era una casa de bandidos y entran y había una cacerola cociendo en la lumbre.

-Pues muy lejos no están. Vamos a cerrar las puertas.

Cerró las puertas Juan Soldao y abrió un baúl que había lleno de escopetas, fusiles y trabucos y fue y puso en todas las ventanas atadas con un cordel todas las armas. Y fue y puso la cena en la mesa y les dijo:

-iHale, a beber! Aquí tienen vino blanco.

Y le echaba al rey un vaso:

-Echate un cubilete, gorrilla.

Le decía al rey que tenía una gorra. Y los otros le decían adrede:

-Bueno, qué, mañana ya no irás a eso...

Y decía él:

- -Sí, sí.
- -¿Y cómo vas a entrar?
- -Anda, ya me las arreglaré.
- -¿Y qué le vas a decir?

Y venga, otra vez a decírselo. Conque ya sienten pasos y empieza él –cómo había estao ocho años de servicio sabía mucho de esas cosas que dicen los militares de las órdenes— y empieza:

-Mi capitán, mi coronel: ¡Fuego!

Tirando del cordel. Y dice:

-Ahora corriendo nos vamos.

Después que les comieron la cena se marcharon.

Y según salen al camino les echaron dos el alto y dicen:

- -¿Saben ustedes si hay por aquí alguna venta?
- -Pues miren ustedes, nos íbamos a parar en esa, pero está llena de gente.

Y dice uno:

- -Mia si te decía yo.
- -Deben ser soldados.

Decía el otro. y ya llegaron a Madrid:

-Y ¿dónde vas a dormir?

Dice:

-En cualquier lao.

Y dice el rey:

-No, no; ven a dormir a mi casa.

Y le dio una tarjeta pa que le dejasen entrar en palacio.

-Con esto ya te basta para entrar.

Y llega a palacio.

-¿Ande va usté?

-Que me han dicho que con lo que llevo en el bolso me basta pa entrar.

Y ya enseñó la tarjeta, se lo dijeron al rey y le dejaron pasar, pero a todos les explicó lo que le iba a decir al rey. Conque le meten en una habitación y dice el rey:

-Cuando se despierte ese señor me lo dicen.

Al día siguiente se despierta y era una habitación toda empapelada que no sabía ni por dónde había entrao ni por dónde había salido. Conque ya entra el rey vestido y le hace todas las reverencias —como estaba muy educao de ocho años—. Y dice el rey:

- -Bueno, ¿y qué es lo que se le ofrece usted?
- -Pues mire usted, aquí vengo a decirle a sus jodíos morros que está hecho usté un jodío bolo, porque he estao ocho años de servicio y me han dao ocho cuartos y he estao trabajando más que nadie. A mí aunque me ahorquen.

Y entonces dice el rey:

-¿Pero es que no te has dao cuenta?

Se quitó la corona y se puso la gorra de por la noche. Y dice:

-¡Uy!, si es gorrilla...

Conque ya, como les había salvao la vida, pues le perdonó y le dijo que qué quería, que pidiera lo que quisiera. Y dijo que pa él no quería nada, pero que quería que al soldao raso le hicieran capitán y al capitán le hicieran soldao raso.

El gigante

Había en un monte un gigante y nadie se atrevía a acercarse allí, y ya uno fue y dijo:

-Yo voy.

Y se apostó no sé cuánto que él iba y estaba con el gigante. Y todos los que iban no volvían y estaban los esqueletos por allí. Y ponía el gigante un anuncio que necesitaba criaos, y ya le coqe, y:

-Pero tienes que hacer lo que yo te mande, como no hagas lo que yo te mande, te mato.

Dice:

-Bueno.

Le mandaba cosas que hacer, y todas las hacía. El gigante tenía un bosque por donde entraba y le dijo:

-Por donde yo vaya, a ver si te las arreglas pa que no pueda pasar.

Conque fue donde había unos segadores, cogió unos cuantos líos de lías y de árbol a árbol todos los paseos les llenó de eso, y llegó el gigante y se daba en el cuello y no podía pasar.

-Pues me has ganao la partida. Aquí no puede haber nadie que sea más que yo.

Conque le dice a la vieja que tenía que le pusiera el almuerzo dentro de un arca que en la tapa tenía un corte muy grande. Conque:

- -Mire, aquí tiene la comida; coja usté lo que usté quiera.
- -Pues, ¿sabe usté que se me ha quitao el hambre?

Tenga, tenga usté.

Se agachó un poco, cayó el arca y cayó la cabeza de la vieja. y se marchó. Y el gigante se echó a correr detrás de él y como echaba unas zancas tan grandes.

-Pues me va a pillar...

Conque llega donde unos segadores y les pide un perro y un hocino. Saca las tripas del perro y dice:

-Ahora cuando venga el gigante, yo me escondo ahí en una morena y le decís que me he sacao las tripas y que voy volando, que es un poco falto.

Conque, claro, las tripas estaban humeando allí, llega el gigante y dice:

-¿No han visto pasar por aquí uno?

Y dicen:

-Sí, mire, se ha sacao las tripas y ya no le pilla usté porque va volando.

Y dice:

- -¿Con qué?
- -Pues con un hocino de ésos.
- -Traer.

Y raas, se sacó las tripas y ya se quedaron sin el gigante, y le dieron mucho dinero porque todos le tenían mucho miedo.



Arriba, ánimas

Antiguamente llevaba una peseta por hacer un chaleco el sastre, y había la costumbre de que el que no pagaba una cosa, pues le enterraban vivo, pero le tenía que velar el otro en la iglesia. Uno vivo, tumbao, con las velas y el otro, orilla.

Y éste que le hizo un chaleco:

- -Pues págamele. (Le había costao una peseta.)
- -Pues no la tengo.
- -Pues te entierro vivo.
- -Pues me entierras vivo.

Y esa noche estaban en la iglesia, pero esa noche los ladrones habían hecho un robo grande, y dijeron:

- -¿Dónde partimos el dinero?
- -Mira, parece que está abierta la puerta de la iglesia.
- -Pues vamos a la iglesia; mejor que en la iglesia...

Hicieron unos talegos de oro y hicieron unos cuantos montones que ya no había pa todos y dijo uno:

-Bueno, pues esos montones pa el que dé una puñalada al muerto.

Conque el otro, despacito, se había ido subiendo las escaleras arriba, y cuando va a dar la puñalada el ladrón, se levanta el muerto y dice:

-Arriba, ánimas.

Y contesta el de arriba:

-Allá vamos todas.

Y empieza a patalear; y los ladrones salieron corriendo, corriendo, y dejaron el dinero, así que los otros se lo cogieron y se lo repartieron. Pero uno de los ladrones dijo:

-Hemos sido tontos. No tenemos miedo a los vivos y tenemos miedo a los muertos.

Conque vuelven a la iglesia y se acerca uno a escuchar. Y salían los otros dos y dice el sastre a la puerta:

-Oye tú, ¿y mi peseta?

Y se echó el ladrón a correr y cuando llega donde los otros dice:

-Fíjate si nos quedamos. ¡A peseta han tocao, con el dinero que teníamos!

Las ánimas del purgatorio

En un pueblo tenían costumbre de, cuando se moría la mujer o el marido, ir a velarle a la iglesia; y si no iba el marido o la mujer, mandaban un zapatero. Y el zapatero pues cogía los trastos de trabajar, se subía al coro y tenía cuidao del muerto. Pero una vez, un matrimonio, dijo la mujer:

-Si te murieras tú, seguro, seguro que iría a velarte a la iglesia.

Y dijo el marido:

-Ya lo veríamos.

-¿Que no?

Entonces se hizo el muerto. Le colocaron allí en la iglesia y ella no fue; mandó al zapatero. Pero llegaron unos ladrones por allí. Se meten en la iglesia, y el zapatero, que ve que entran, apaga la luz y no le ven a él. Sólo ven al muerto. Iban a repartirse el dinero, y ya sobraba una cantidad y dice:

-Esto que sobra, pa el que dé una puñalada al muerto.

Coge uno y dice:

-Bah, pues yo mismo.

Pero según va a clavarle, abre los ojos el otro, y dice el ladrón:

-Yo no puedo, porque ese muerto no es como otros muertos.

Va el segundo y dice:

-Gallina, que eres un gallina. Verás yo...

Abre los ojos otra vez y tampoco se atreve.

Pero va el tercero, y ya que veía el otro que sí, que le iba a clavar el cuchillo, va y dice:

-Ánimas del purgatorio, acá todos.

Y va el zapatero, tira la mesa con todos los trastos y salieron corriendo los ladrones. y se repartieron el dinero entre el zapatero y el muerto. Pero cuando dejaron de correr los ladrones se ponen a pensar y dicen:

- -Cuidao que hemos sido tontos de dejar el dinero allí.
- -Ah, pues me voy a por ello -dice uno-.

Con que llega y estaban discutiendo el muerto y el zapatero, que si le debía quince céntimos de unos zapatos que le había arreglao, que si no le debía:

- -Que eran cinco...
- -No. Eran quince.

Y ya se marcha el ladrón.

-Cualquiera; debe haber tantas ánimas que no tocan ni a cinco céntimos.

El sastre y el deudor

Pues era una vez un hombre un poco tramposo que a todo el mundo debía y como veía dificil saldar sus cuentas por las buenas, se le ocurrió meterse en la cama y hacerse el enfermo. Por su cabecera fueron pasando los acreedores que, al verle en tal postración, le perdonaron. Todos, menos el sastre:

-A mí, como si se muere. Me debe veinte duros de una hechura y me los pagará. ¡Vaya si me los paga!

Al deudor le fastidió tanto la salida del sastre que se hizo el muerto. Le metieron en la caja y le llevaron a la iglesia de cuerpo presente; pero el sastre, que no se fiaba demasiado de tan súbita defunción, se fue detrás y se escondió en el coro. A eso de la media noche, llegaron unos bandidos a repartirse el producto de una rapiña y se metieron en la iglesia. El caporal hizo montones para todos y al final, como sobraba uno, dijo:

- -Ese montón para el que pegue una puñalada al muerto.
- -Yo mismo -dijo uno-.

Y se acercó decidido a la caja; pero en ese momento abrió un ojo el muerto y el bandido salió corriendo.

- -Pero ¿qué te pasa, cobarde? -dijo el caporal-.
- -Que ese muerto no es normal. Ha abierto un ojo.
- -Pues verás qué pronto le cierra.

Y cogió un hacha y fue derecho a donde estaba el muerto (esta vez sí, de miedo). Al verle venir, no se le ocurrió otra cosa que incorporarse y gemir con una voz de ultratumba:

-¡A mí, difuntos!

El sastre, que ya estaba viendo fea la situación, tiró un banco del coro y empezó a patalear y a gritar:

-¡Allá vamos todos juntos!

Pies para qué os quiero. Salieron los bandidos como almas que lleva el diablo y no pararon hasta llegar a un monte.

Allí, más serenos, dijo el caporal:

-Oye, ¿no os parece que nos hemos precipitado dejando en la iglesia todos los miles de duros que habíamos rapiñado?

Y mandó a uno a vigilar. Cuando llegó, el sastre y el deudor se terminaban de repartir la fortuna, y al acabar dijo el sastre:

-Bueno, y ahora mis veinte duros. Venga mis veinte duros.

Salió otra vez corriendo el bandido y llegó jadeante a donde estaban sus compañeros:

-Ni se os ocurra volver. ¡Fijaos los que serían que no han tocado más que a veinte duros!



El tío Pelostuertos

Era un señor que tenía un huerto en Villardefrades y tenía dos higueras, y el hombre pues nunca probaba los higos.

Y le daban guerra en la taberna:

- -Pero, oye, qué buenos higos tienes...
- -Cago en tal; si yo no los pruebo... Me los comen antes que los quiera probar.

Y dice:

-Pero este año no va a haber quién se atreva. Voy a coger la escopeta; cuando tengan la madurez, me meto debajo de la higuera yo y a ver qué pasa.

Y al tiempo le daban guerra ya:

- —Que ya van madurando...
- -Ah, ¿sí? Pues esta noche voy ya con el escopeta.

Y van y se visten unos de marimantas, cogen unas esquilas y se van al huerto a la noche. Y empiezan:

> -Antes, cuando éramos vivos veníamos a esta huerta a comer higos. Y ahora que somos muertos venimos a por el tío Pelostuertos.

Tiró la escopeta y corriendo debe estar todavía.

Menos lobos

Era una vez un muchacho que mentía mucho. Y volviendo un día de la feria con su padre empezaron a hablar de lobos, y dijo el chico:

- -Pues me acuerdo yo de cuando vi aquellos lobos...
- -¿Qué lobos? -dijo el padre-.
- -Pues cuando vi aquella manada... Serían como cien...

Bueno, pues siguieron andando y al rato se empezó a hacer de noche. y el chico, en cuanto sintió un ruido, se echó a temblar.

- -¿Qué es eso, padre?
- -Nada, el agua de un río que vamos a pasar, que lleva mucho caudal.
- -¿Y hay peligro?
- -iQué ha de haber! Tiene un puente bien seguro. Sólo dicen que se cayó una vez que fue a pasar un mentiroso.

Se quedó el chico pensativo, y al rato dice:

- -¿Sabe, padre? Creo yo que no había tantos lobos en aquella manada.
- -Ya me parecían muchos... Seguro que no pasaban de noventa.
- -Menos lobos, padre.
- -Entonces serían sesenta...

¡Menos lobos, padre; menos lobos!

-Bueno; pa ser una manada, por lo menos serían diez.

Y se iban acercando al puente.

-Quite, quite lobos.

- -Hombre, cinco sí que irían.
- -Pa mí, que iba sólo uno.

Conque van a pisar el puente y dice el chico:

-Fíjese que ahora no podría asegurar si lo que vi era un lobo o una carrasca...

La zorra, el lobo y el hombre

Estaban la raposa y un lobo joven discutiendo sobre quién tenía peores enemigos.

- -Pues el peor de todos es el hombre, créeme -decía la zorra-.
- -¿El hombre? -decía el lobezno, que nunca lo había visto-. ¿podría acaso un hombre con la fiereza de mis mandíbulas o la fuerza de mis patas? -presumía-. Mañana mismo salgo a buscarlo.

Conque al día siguiente de mañanita salió el lobezno decidido a encontrar al hombre y demostrar a la zorra que no le tenía ningún miedo. Y se encontró con un niño que iba a la escuela:

- -¿Eres tú un hombre?
- -No -contestó el pequeño-; todavía no lo soy.
- -Pues qué contrariedad -comentó el lobezno-. Seguiré buscando.

A eso del mediodía se encontró con un viejo que estaba tomando el sol junto a un tapial.

- -¿Eres tú un hombre?
- -No; yo lo fui, pero ya pasó mi tiempo.
- -Bueno, pues sí que resulta difícil esto...

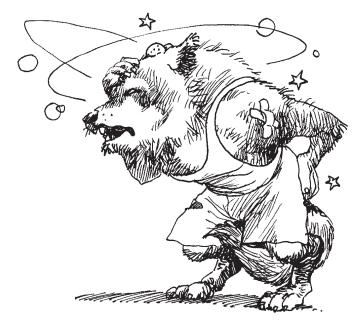
Siguió su camino, y a poco se encontró con un herrero que regresaba del pueblo siguiente de herrar unas caballerías, y traía las tenazas y el martillo, y además una escopeta.

- -¿Eres tú un hombre?
- -Sí, lo soy.
- -Pues quiero que peleemos para demostrarle a la zorra que yo soy el más fuerte.

-¿De modo que quieres querra, eh? Pues espera.

Y cogió la escopeta y le pegó una perdigonada. y no contento con eso, le agarró el hocico con las tenazas y empezó a pegarle martillazos detrás de las orejas. Con medio morro colgando y todo dolorido llegó el lobo a donde estaba la comadre zorra.

-Ay, comadre, zorra, ¡qué razón tenía usted! El hombre tiene las patas más fuertes que yo. ¡Vaya dedos y vaya puño! Si no me vengo me mata.





3 BONDAD Y MALDAD

- 139 Porra, dale
- 142 Las tres hermanas
- 144 Las tres naranjitas de oro
- 146 Los niños del diablo
- 148 Las tres bolitas
- 149 La flor de liolar
- 150 Luisita
- 152 Isabel
- 154 La reina mora
- 156 La hija del diablo
- 159 La niña sin brazos
- 161 Barbarroja
- 163 Los meses del año
- 166 La marrana Cenicienta
- 169 La cochina Cenicienta
- 173 La correa
- 175 Sacar la correa

ÉRASE QUE SE ERA...

Porra, dale

Era una madre que tenía tres hijos, y en los pueblos había poco trabajo y eso, y dice el mayor:

-Mire, deme la merienda que me voy a buscar trabajo.

Y se marchó y no volvía; y se va el del medio y no viene tampoco, y dice el pequeño:

-Anda, anda, dame la comida que yo me voy también.

Con que en medio del camino se encuentra con una señora que dice:

-¿No me daría un poco pan pa este niño?

Y dice:

-Tenga usté la merienda; no tengo ganas...

Y a los otros también les había encontrao, pero no le habían dao nada y le habían preguntao: "¿Sabe dónde hay trabajo?", y había dicho: "Pues en aquellas puertas blancas", y al pequeño le dijo: "En las puertas negras".

Bueno, pues llega, llama a las puertas negras y salió San Pedro:

-¿Qué quieres?

Dice:

-Vengo a buscar a mis hermanos y a ver si había trabajo.

Dice:

-Pues sí, hijo, aquí si quieres yo te doy trabajo, pero tus hermanos han llamao a las puertas blancas y están con los demonios que no hay quién les saque.

Conque el chico era muy obediente, hacía todas las cosas muy bien, y un día ya San Pedro le dice:

-Oye, ¿no te gustaría ir a casa a ver a tus padres?

140] Érase que se era... Cuentos duales

Bondad y maldad [141

-Me gustaría otra cosa mejor: soltar a mis hermanos.

Y dice:

-Es pronto, no podemos.

Conque dice.

-Anda, anda, vete a tus padres y pa otro viaje ya les llevarás. Espérate que te voy a dar una cosa.

-No, no; no cojo nada.

-Toma esta mesa; na más que digas "ponte mesa" se llena de manjares la mesa. Pero cuando pares a misa en el pueblo de Tal, no digas a nadie que en la mesa pasa eso.

Bueno, pues llegó el chico y la quedó a la posadera.

-Tenga mucho cuidao, que esta mesa na más decir "ponte mesa" se pone llena de manjares.

Cuando se fue, lo primero que hizo la patrona fue decir: "Ponte mesa", y se llenó de manjares. Le cambiaron la mesa, y el chico va a casa:

-Ponte mesa. Ponte mesa...

Y nada.

-Ah, pues me voy otra vez.

Conque se marchó, pero no dijo nada a San Pedro. Na más:

-Ya vengo.

-¿Ya has visto a tus padres?

-Sí.

Está más tiempo y:

-Qué ¿irás a ver a tus padres ya?

Y dice:

-Yo quería que a ver si puede ser que suelten a mis hermanos.

Y dice:

-Es que como hay tantos demonios ahí...A ver si pa otro viaje hay menos demonios.

Conque fue y dice:

-Toma este burro. Vas a caballo en él, te paras a misa en tal pueblo y luego te vas a casa. Pero no digas que este burro caga oro.

Se le decía "burro, caga", y cagaba oro.

Conque llegó y se lo dijo a la posadera, y na más irse a misa le cambiaron el burro.

Bueno, pues ya va a casa y lo mismo que antes.

-Bueno, pues me voy otra vez, y se lo voy a decir todo a San Pedro.

Fue y estuvo ya trabajando y no se lo decía.

Y dice:

-No me dices nada, pero algo te ha pasao.

-Que la mesa no hace nada y el burro tampoco.

Y dice:

-Ay, entonces te le han cambiao en la posada. Mira, a tus hermanos ya les he mandao por otro camino y ahora te vas tú. Pero te voy a regalar esta porra que na más decirle "porra dale", empieza a dar de palos a todos los que hay por ahí.

Conque se para en el pueblo y se lo dice a la posadera, y na más irse a misa, por curiosidad, dice:

-Porra dale.

Y cuando vino de misa estaba tó el pueblo lleno de palos y no dejaba.

-Vamos, dígala usté algo.

-No, si hasta que no me den la mesa y el burro no deja de dar palos...

Y fue, le dieron la mesa y el burro y llegó a casa y se ponían a comer. Comían todos y tenían el burro que cagaba oro.

Pero ya empezó la autoridad que si habían robao o no habían robao y, claro, tuvieron que ir a San Pedro.

Y dijo:

-Esto se lo di yo. Sus hermanos no lo habían merecido, pero este chico se lo ha merecido.

142] Érase que se era... Cuentos duales Bondad y maldad [143

Las tres hermanas

Era un padre y una madre y tenían tres hijitas. El padre trabajaba en el campo y tenían que llevarle la comida y claro, pues se la llevó la hermanita mayor.

Y según llevaba el taleguito de la comida –iba andando– se encontró con una señora por el camino que iba con un niño, y dijo:

-Oye, niña. ¿No me darías un cachito de pan y un poco de tortilla pa este niño que tiene mucha hambre?

Y dice:

-Ay, no, que coma cantos.

Dice:

- -; Y dónde vas por aquí, niña?
- -Voy a llevar la comida a mi padre, pero no sé dónde trabaja.
- -Pues mira; vete andando muy adelante, muy adelante, y encontrarás unas puertas muy negras. Llama allí, que allí trabaja tu padre.

Entonces llegó la niña, encontró unas puertas negras grandotas, y le dijeron:

-Pasa, guapa, pasa.

Y le ofrecieron:

-A ver dónde te quieres sentar: en la silla de cuchillos, en la silla de navajas, en la silla de tenedores o en la silla de cucharas.

Y la niña se sentó en la silla de cucharas. Creería que era donde menos peligro tenía pero, claro, se sentó y se quedó muerta. Entonces su padre, al ver que no llevaba la comida, todo el día sin comer, fue a casa y se encontró que tampoco estaba su hija allí, y claro se asustaron muchísimo. Pero al día siguiente, pues mandaron a la otra, a la mediana. Y lo mismo, se encontró a la señora:

- -Oye niña: ¿me querrías dar un cachito de pan y un poco de tortilla pa este niño que tiene mucha hambre?
- -Ay no, que coma cantos.
- -¿Dónde vas por aquí, guapa?
- -Voy a ver si encuentro dónde trabaja mi papá.

Y le dijo:

-Mira, vete andando, andando, y encontrarás unas puertas muy negras.

Entonces, lo mismo. Llamó a las puertas negras y se sentó en la silla de cuchillos, y también se quedó muerta.

El padre, sin comer en todo el día, llegó a casa.

- -Ay, pues no ha ido la niña, ¿qué le pasará? Dieron parte a las autoridades por ver si la podían encontrar, y nada. Pero al día siguiente mandaron a la pequeña, y se encontró a la señora también:
- -Oye, niña. ¿Me querrías dar un cachito de pan y un poco de tortilla pa este niño que tiene mucha hambre?

Y dice:

- -Sí, sí. Tenga, coja lo que quiera, y un traguito de vino, que aunque es la comida de mi padre no le importa que se lo haya dao para un niño.
- -Qué buena eres, niña, qué buena eres. ¿Dónde vas por aquí?
- -Voy a ver dónde trabaja mi papá, que no lo sé. Sé que es muy lejos, pero no sé dónde.
- -Pues mira, guapa. Irás andando, andando y encontrarás unas puertas muy blancas, muy blancas; allí llega y llamas.

Entonces la niña, andando, andando, llegó a las puertas blancas y llamó. y eran muchos angelitos. Y le dijeron:

- -¿Te quieres quedar aquí, niña?
- -No, no, tengo que llevar la comida a mi papá; además una señora me ha dicho que guarde los huesecitos y les tengo que plantar a la orilla de casa.

Y les dijo que ya volvería. Entonces llegó donde su papá y le contó todo. Y le guardó los huesitos y al volver a casa les plantó. A los pocos días salieron unas hojas muy grandes, muy grandes, y eran muy bonitas y brillaban mucho. Se lo dijeron a las autoridades del pueblo y dijeron:

-Huy, pues si esto es oro... Si esto es plata... Esto es una fortuna.

Y como eran tan pobres en aquella comarca, todo lo que salía de aquel árbol valía para hacer más rico a todos los del pueblo; y ya fueron felices, y comieron perdices, y a nosotros nos dieron con el plato en las narices.

Las tres naranjitas de oro

Este era un matrimonio y tenían dos hijos, y ya, cuando fueron mayores, dijo el padre:

-Hijos, ya sois mayores; os doy un pan y un queso y a buscar trabajo.

Entonces los chicos –verdad–, uno era más grande que otro, se cogieron el pan y el queso y se fueron por el camino adelante a buscar trabajo y cuando iban por el campo se encontraron a un señor así, con barbas, y le preguntó al mayor:

- -¿Dónde váis?
- -Pues vamos a buscar trabajo.

Dice:

-Y tú, a quién quieres más, ¿a Dios o al dinero?

Y él dijo:

-Andá, yo al dinero.

Y dijo:

-Anda, vete para allá que tú no me vales.

Y entonces le preguntó al otro más pequeño:

-Y tú, a quién quieres más, ¿a Dios o al dinero?

Y dice:

- -Yo a Dios.
- -Bueno, mira, por haber sido bueno te voy a dar tres naranjitas de oro: una para ti, otra para tu papá y otra para tu mamá.

Entonces iba el niño cantando, tan contento:

"Tres naranjitas de oro, una para mí, otra pa mi papá v otra pa mi mamá".

Pero el mayor no se conformó y entonces vino donde estaba su hermano y le dijo:

-Dame una naranjita, porque si no te mataré.

Y el otro, pues, no se la daba.

-Que no, que me las ha dado a mí, porque son para mi papá, para mi mamá y para mí.

Entonces el mayor le cogió una y se marchó. Pero claro, se la gastó enseguida y volvió otra vez; y así hasta que le cogió las tres. Pero la última que le quedaba al niño, como no quería dársela, le mató. Le enterró allí, en el campo, pero le dejó un dedo fuera.

Y después de pasado mucho tiempo, pues pasó un pastor con sus ovejas y llegó por allí y:

-Huy, pero qué es esto tan raro... Si parece un chiflato.

Le cogió, le cortó y se puso a chiflar con él. Y entonces sonaba una canción así:

"Señor pastorcito, replíqueme usted, que mi hermano grande a mí me mató por las tres naranjitas de oro que Jesucristo a mí me las dio".

Se asustó todo y:

-Ay, pues yo se lo voy a llevar a las autoridades.

Llegó, se lo llevó al señor alcalde, y el señor alcalde tocaba con el chiflato, y lo mismo:

"Señor alcalde, replíqueme usted, que mi hermano grande a mí me mató por las tres naranjitas de oro que Jesucristo a mí me las dio".

Luego se lo dieron a la Guardia Civil, y al juez y -claro- dijeron que no había más remedio que buscar a este hermano grande. Se fueron por los montes a ver si lo encontraban y, claro, lo encontraron. Y le metieron en la cárcel y todo arreglado. Aquí termina este cuento.

Los niños del diablo

Iba un señor vendiendo rosas y claveles, pero no era el tiempo de rosas y claveles, y llevaba unos claveles, creo que preciosos, y dice una que estaba en estao cosiendo a la ventana:

-Huy, qué rosas lleva. Anda, sal, dile que a cómo son, y cómprale una o dos.

Y dice otra:

-Bah...

Y dice otra:

-Sí, sí, que está en estao, no sea que se la hayan antojao.

Y bajó la criada:

- -¿A cómo son los claveles?
- -¿Pa quién son?
- -Pa mi ama.
- -Toma, llévaseles que les vea.

Y vuelve y dice que cuánto es.

-Nada, nada; lo que para tu ama, lo que para tu ama.

Bueno, pues se quedaron con los claveles. Y llegó otra, que estaba también en estao, y la vendió las rosas en el mismo precio:

-Nada, nada, lo que para tu ama.

Conque ya, cuando llegó el tiempo, vino el hombre.

Tan, tan.

-¿Quién?

Dice:

- -Que vengo a cobrar.
- -¿Cuál?
- -Las rosas.
- -¿Y cuánto era?
- -Pues lo que haya tenido la señora, la niña.

Pues la niña se la tuvo que llevar y el niño de la otra, y era el demonio, claro. Y les estaba criando, y cuando eran mayores sentían voces –estaba San Pedro po'l medio– que les decían:

-No hagáis caso; no hagáis esto, que son los demonios... Escaparos...

Y se escaparon corriendo, corriendo, y los demonios detrás de ellos, y resulta que llegaron a un río y los chicos se pararon y no sabían qué hacer, y de repente se hace ella una barca y él el barquero. Y llegan los demonios y dicen:

-¿No ha visto por aquí a dos?

Y dice:

- -Sí, han estrenao esa barca y pa'l otro lao se marcharon.
- -¿Nos quiere usté pasar a nosotros?



Las tres bolitas

Era un hermano que salió de casa y le dio la madre la merienda y se encontró con]a Virgen María; le pidió un poco pan pa el niño y le dio toa la merienda, y la Virgen le dio tres bolitas de oro. Pasó otro hermano después y le pidió un poco pan pa el niño, y dijo:

-No tengo bastante pa mí.

Y no le dio nada. Y se fue a casa sin nada, pero alcanzó al otro, le quitó las bolas y le mató y le enterró. Y luego el otro –como eran tres hermanos– se fue a buscarle y cuando pasaba por donde estaba enterrao, decía:

"Hermanito, repícame bien, que mi hermano el grande me mató por las tres bolitas que la Virgen María me dio".

La flor de liolar

Era un rey que tenía tres hijos, y les dice:

-Al que me traiga la flor de liolar le dejo la corona.

Salió el mayor y se quedó jugando con unos amigos. Salió el mediano e hizo lo mismo. Salió el pequeño y lo llamaron pa que se quedara con ellos; pero él no hizo caso y siguió. Cuando venía con la flor de liolar salió un hermano y le quitó la flor de liolar y lo mató. Lo enterró y allí salió una caña. Al año, andando por allí un pastor, cortó la caña y se hizo una flauta, y al ponerse al tocarla dice:

Pastorcito, no me toques ni me debes de tocar, que me mató mi hermanito por la flor de liolar.

Al ver esto, el pastor se la llevó al rey, y al tocarla el rey dice:

Padre mío, no me toques ni me debes de tocar , que me mató mi hermanito por la flor de liolar.

Entonces el rey tiró la flauta y la flauta tocó sola, y dice:

Padre mío, no los mates y ten con ellos piedad que los tengo perdonados y es muy justo el perdonar.

Luisita

Era una niña que se llamaba Luisita, que era muy buena, y no tenía madre. Y su padre se casó de segundas con una señora mala que tenía una hija que se llamaba Lidia. Y la madrastra, todo se le volvía mandarle cosas difíciles a Luisita. Dice un día:

- -Mira, Luisita, tienes que ir a la nieve y entre la nieve coger fresas.
- -Pero si hace mucho frío; me duelen las manos...
- -¡Que te he dicho que vayas!
- -Bueno.

Y iba pensando – "pero ¿cómo podré coger yo las fresas?" –. Y aparece una señora que le dice:

- -¿Qué te pasa, Luisita?
- -Que me ha mandao mi madrastra a coger fresas y no las puedo coger.
- -Mira, si luego tú me das una fresa, en ese rincón hay muchas fresas.

Conque las coge y llena la cesta. Y dice:

-Por ser tan buena, en vez de darte una te doy cinco.

Y llega a casa, y dice la madrastra:

- -¿De dónde has cogido esas fresas?
- -Pues de la nieve.

Y dice la hija mala:

-Vamos a mandarla a por agua y como la fuente está helada no podrá cogerla.

Dice la madrastra:

- -Luisita, vete a la fuente a coger agua.
- -Pero si está helada; no la podré coger...
- -¡Que te he dicho que vayas!
- -Bueno. Va y se encuentra a la viejecita.
- -¿Qué te pasa, Luisita?
- -Que me ha mandao mi madrastra a por aqua y no la puedo coger porque está helada.

Y dice:

- -Si luego me das un trago de agua, yo te ayudaré.
- -Vale.

Conque ya lo llena y le da un trago de agua.

-Qué buena eres, Luisita; cada vez que hables de mí te saldrán monedas de oro por la boca.

Y llega a casa. Y dice la madrastra:

- -¿De dónde has cogido ese agua?
- -De la fuente. Me encontré con una viejecita muy buena, muy buena...

Y le empezaron a salir monedas de oro por la boca.

Y dice la madrastra a su hija:

-Mira, vete a la fuente a ver si te pasa lo que a Luisita.

Conque va y se encuentra con la viejecita.

- -¿Qué quieres, Lidia?
- -¿A ti que te importa? Vieja fea.
- -Eres muy mala, Lidia.
- -¿A ti qué te importa, eh? Te vas a la mierda ya.

Conque llega a casa y dice:

-Mamá, me encontré con una viejecita muy mala, muy mala..., y le empezaron a salir sapos y culebras por la boca.

Isabel

Esto era un matrimonio muy pobre que iban a tener un niño, y ella, la pobre mujer, pues le daba por comer verduras. Entonces su marido iba por la noche a robarlas a una huerta que tenían allí, al lado de casa. Pero, claro, la vieja que era la dueña de la huerta, pues las echaba de menos.

-Tengo que coger a este ladrón que me lo lleva.

Y entonces pues le cogió; pero el hombre le dijo:

-Ay, perdónamelo, que tengo la mujer encinta y le da por comer verduras...

Y ella contestó:

-Llévate las verduras que quieras, pero cuando tengas el hijo me lo das.

Cuando tuvo la criatura –era una niña– la escondieron por un tiempo, pero la vieja no se conformaba, porque iba todos los días a por ella, y consiguió quitársela. Y la encerró en una torre muy alta, muy alta, que había muy lejos. Y allí estuvo mucho tiempo. Tenía el pelo muy largo, que la llegaba hasta el suelo, y cantaba muy bien. Y pasó un día por allí un príncipe a caballo y la oyó cantar. Se quedó asombrao de la voz tan bonita que oía desde arriba de la torre, pero no sabía cómo llamarla. Entonces montó guardia de día y de noche y ya vio que iba la vieja todos los días y la llevaba la comida, y decía:

-Isabel, Isabel, tira tus coletas, que subiré por ellas.

Tiraba la pobre niña las coletas y la vieja trepaba por ellas. Entonces el príncipe dijo:

-Ya está hecho.

Al día siguiente fue:

-Isabel, Isabel, tira tus coletas, que subiré por ellas.

Subió y la dijo:

-Tienes que salir de aquí.

En esto que oyeron ruido; bajó corriendo, pero no vio que la vieja estaba escondida detrás de la torre, y en cuanto se marchó gritó:

-Isabel, Isabel, tira tus coletas, que subiré por ellas.

Cogió y dijo:

-¿Qué crees? ¿Que no hay manera de castigarte a ti?

Y, zas, zas, la cortó las coletas y la echó de allí. Y las trenzas las ató a la ventana. Al día siguiente llegó el príncipe y al ver las coletas subió por ellas. Pero se encontró con la vieja que le dijo:

-Tu pájaro se ha ido pa siempre y no le volverás a ver.

El príncipe se fue muy triste a su casa pero al pasar por un momento oyó cantar, se acercó a una cueva que había y allí estaba la niña, que se había escondido hasta que le creciesen las coletas. Así que se fueron tan contentos y ya vivieron muy felices. Y, colorín colorete, por la chimenea sale un cohete y por la puerta diecisiete.



La reina mora

Era un padre que tenía tres hijos: una niña y dos niños, y se le murió la mujer y se casó de segundas. Y la madrastra era mala y no los quería; así que les echó a pedir y envenenó todas las fuentes. y los niños empezaron a andar, a andar y ya llegaron a una fuente, y los dos pequeños querían beber aqua, porque tenían mucha sed.

Pero la fuente decía:

El que de mi agua bebe, perrico se vuelve.

Conque la hermana, que era la mayor, dijo que no bebieran, que si no se volverían perros y la morderían. Así que la obedecieron y no bebieron. Siguieron andando, andando, y encontraron otra fuente; y vuelta a guerer beber. Y la fuente decía:

El que de mi agua bebe, borrico se vuelve.

Y la hermana:

-No bebáis aqua, que burros os volveréis y coces me tiraréis.

Y siguieron andando, andando, y llegaron a otra fuente que decía:

El que de mi agua bebe, buey se vuelve.

Pero los niños no podían aguantar más de la sed; así que bebieron y se volvieron bueyes. Y la hermana, muy triste, se quedó con ellos y les llevaba todos los días a pastar a un prao.

Un día pasó por allí un príncipe y se enamoró de la niña. Dijo que al día siguiente iría a por ella y la llevaría a palacio pa casarse con ella. Y se marchó.

Pero había allí una mora que lo oyó y todo y le dijo a la niña:

-Ven acá, que te peino, que si viene el príncipe y te ve tan despeinada no te va a querer.

Conque, según la estaba peinando, la clavó un alfiler de cabeza negra y la niña se volvió paloma. Al día siguiente fue el príncipe y encontró a la mora que se había vestido igual que la niña. Pero se extrañó de verla tan negra, y dijo:

-¿Cómo estás tan negra?

Y dijo la mora:

-Es que la brisa del agua y el sereno de la noche, me han cubierto.

Bueno. Pues el príncipe se la llevó a palacio, se casó con ella y la dijo que qué hacían con los dos bueyes. Y dijo ella que les pusieran a acarrear cal y cantos, y si no, que no hubieran bebido aqua.

Y el príncipe salía todos los días a cazar y la paloma detrás. Y ya se hicieron amigos, y el príncipe la preguntaba:

- -¿Dónde está la reina mora?
- -Sentadita y sola -decía la paloma-.
- -¿Y sus hermanos?
- -Acarreando cal y cantos.

Y así todos los días, hasta que se enteró la reina mora y mandó que mataran a la paloma. La cogió una criada y cuando la iba a matar se puso a atusarla la cabeza y la quitó el alfiler que tenía clavao. Entonces se volvió niña otra vez.

Cuando se enteró el príncipe se puso muy contento y se casó con ella; y a la mora la envolvieron en una manta y la echaron al horno; y los bueyes ya no volvieron a salir de la cuadra. Y, colorín, colorado, este cuento no es más largo.

La hija del diablo

Era un matrimonio que tenía un hijo solo, y tenía el vicio del juego. Un día se le apareció un señor que le dijo:

-Toma esta baraja y juega siempre con ella y en el mismo sitio.

Así lo hizo el joven, y ganó muchísimo. Se le volvió a aparecer el mismo señor y le dijo que tenía que dejar a sus padres y marcharse al palacio de ir y nunca volverás.

Y era el diablo disfrazado.

El joven le dijo a su madre que se iba de casa, y aunque ella protestó no pudo convencerle; entonces le preparó comida para unos días y el joven se puso en camino. Después de andar y andar se encontró con un río muy grande. Al verlo se asustó y pensó que era imposible cruzarlo, pero en seguida una nutria salió del agua, se montó en ella y pasó el río. Muy contento porque aquella prueba ya la había superado, siguió andando y vio otro río en el que se estaban bañando tres señoritas; y allí orilla habían dejado la ropa. Eran las tres hijas del diablo, dos malas y una buena. Y el joven cogió la ropa de la buena. Al tiempo de salir del agua fue a coger la ropa y no estaba; entonces empezó a llorar. Salió el joven, que estaba allí escondido, y le dijo que no llorara, que la tenía él. Como ella era muy buena no se enfadó; se vistió y le preguntó qué es lo que hacía allí. El joven la contó todo lo que le había pasado desde que se le presentó aquel señor tan elegante. Entonces la joven, que se llamaba Mari Flor, le dijo:

-Yo te ayudaré en todo, pero no tienes que decir nada a nadie. Nosotras tres somos hermanas y el diablo es nuestro padre; por eso vivimos en el palacio de ir y nunca volverás.

Llegó el joven a palacio y en seguida salió el diablo.

Después de oírle todo lo que había hecho le dijo:

-¿Ves aquellas cuestas? Pues detrás de ellas tienes que ir a arar, sembrar, segar, moler y cocer el pan; además, lo tienes que poner en la mesa en término de un día.

El joven quedó asustado, pero en seguida apareció Mari Flor y le dijo:

-Yo te ayudaré y verás cómo todo lo cumples.

Y así fue; el joven hizo lo que le fue diciendo Mari Flor, y al día siguiente estaba la mesa como el diablo la había pedido. Entonces le dijo:

-Mira; ahora te tienes que meter en ese río y sacar un anillo que se le cayó a mi mujer un día.

En seguida salió Mari Flor y le dijo que llevara una mesa a la orilla, la hiciera tajadillas y las tirara al río, pero que no tenía que quedar nada en la mesa, porque si quedaba algo ella no podría salir nunca. El joven no quería, pero ella le convenció y lo hizo. Cuando ya había tirado todo lo de la mesa al río, se dio cuenta de que había quedado una gotita de sangre. Cuando salió Mari Flor con el anillo le faltaba un trocito del dedo pequeño de una mano.

Cuando el diablo vio el anillo se quedó maravillado:

-En recompensa te casarás con una de mis tres hijas, pero tendrás que escogerla sin verlas.

Las escondió detrás de una pared y sacaron las manos por unos agujeros; el joven reconoció en seguida quién era Mari Flor por el trozo de dedo que le faltaba.

Se casaron, y por la noche, al irse a acostar, Mari Flor, que se sabía las malas intenciones de su padre, metió dos pellejos de agua en la cama. En el pellejo que la figuraba a ella echó un poco de saliva para que se oyera su voz si el padre la llamaba. Cuando el diablo subió a matarlos, los novios ya se habían marchado en uno de los caballos de la cuadra. Mari Flor le dijo que cogiera el caballo que volaba, pero el joven se confundió y se llevó el que corría; cuando se dieron cuenta no podían regresar a descambiarle porque les habrían visto.

Entró el diablo en la habitación y dijo, pensando que estaban acostados:

-Mari Flor...

Y se oyó una voz potente:

-Señor.

Más tarde dijo el diablo por segunda vez:

-Mari Flor...

Y se oyó una voz más suave:

-Señor.

Y a la tercera vez, el padre llamó a la niña:

-Mari Flor...

Y casi sin voz se oyó:

-Señor.

Cuando el diablo pensó que ya estaban dormidos, entró y clavó un puñal en el bulto de la cama, pero como era un pellejo de agua se puso como una sopa. Se lo contó a su mujer y la mujer le dijo que fuera a la cuadra. Contaron los caballos y faltaba el corredor. El diablo cogió el volador y salió tras ellos. Cuando estaba a punto de alcanzarles, Mari Flor echó un fuerte aliento de su boca y se formó una nube, y el caballo no podía volar.

Volvió el diablo a casa y le contó todo a su mujer. Y ella le dijo:

-Tonto; eran ellos. Vete otra vez y les alcanzarás en seguida.

Así lo hizo, y cuando ya estaba cerca le vio su hija y dijo a su marido:

-Ya viene otra vez mi padre; tenemos que confundirle para que no nos descubra. Tú serás un ermitaño, el caballo la ermita y yo la Virgen. Si mi padre te pregunta algo, tú le contestarás sólo:

"Las once han dado, a misa han tocado y el al coro van a hacer".

Efectivamente, el diablo llegó a la ermita y preguntó al ermitaño:

-¿Ha visto a una pareja con un caballo?

Y el ermitaño contestó:

-Las once han dado, la misa han tocado y el al coro van a hacer.

Y así una y otra vez, hasta que el diablo se aburrió y se fue a casa. Allí le volvió a contar a su mujer lo que había pasado, y ella dijo:

-Eran ellos, eran ellos; anda, vete otra vez y abre bien los ojos para que no te engañen más.

Se volvió a marchar, pero cuando llegaba a ellos estalló una gran tormenta por encima del diablo y el caballo volador y no pudo verlos. Entonces los jóvenes cruzaron un gran río y se fueron a vivir con los padres de él, que eran muy ricos.

Y, colorín, colorado, este cuento se ha acabado.

La niña sin brazos

Este era un rey que tenía la mujer embarazada, y se formó una guerra y tuvo que ir a la guerra. La suegra la quería muy mal y le dijo al hijo que había parido una serpiente y a ella la mandó matar, y que la llevaran la lengua, los ojos y los brazos. Pero los soldaos la querían mucho, porque era buena, y en vez de matarla cogieron a un perro y le sacaron los ojos y la lengua; y a ella la cortaron los brazos y la dejaron en un bosque, y andando por el bosque vio una lucecita; fue allí y dijo que si la daban albergue. Salió una señora y dijo que sí, pero que tenía que quedarse allí de criada; ella dijo que no, que, como era una inválida, que no podía. y la dijo:

-Vas a ir a por agua a la fuente.

Y la ató el cántaro y fue a por agua; y metió los brazos en el agua y se formaron los brazos. y ya se quedó allí todo el tiempo.

Cuando vino el rey de la guerra, pues tenía mucha pena, y salían de caza pa entretenerle. y un día fueron por allí, detrás de un ciervo, y llegaron a la casa. Dijeron que si les daban albergue, y dijo la señora que sí. Iban él y un hermano, y al entrar la conoció.

Dijo:

-Esa es mi mujer.

Y el hermano:

-No seas tonto...

Conque se puso a hilar , y decía:

Hiladito, cuéntame tu vida, que yo te contaré la mía.

Y decía:

-Fui sembrado, fui cortado y ahora soy hilado.

Y ella decía:

-Yo soy la mujer de un rey; mi suegra me quería muy mal y mi marido tuvo que ir a la

guerra; y ella dijo que había parido una serpiente y me mandó matar. Pero el soldao era muy bueno y no me mató: Cogió un perro, le quitó la lengua y los ojos y a mí me cortó los brazos. Llegué aquí y esta señora me mandó ir a la fuente y me salieron los brazos.

Y decía él:

- -¿Ves cómo es mi mujer?
- -Que no, que no seas tonto...

Y ya, cuando estaban comiendo, salió el niño y se abrazó a su padre. Y dice:

Este es mi padre, y éste es mi tío.

Y ella fue y le cogió, y dijo:

-No seas tonto, que ni es tu padre ni es tu tío.

Y fue la Virgen –que era la señora– y dijo:

-¡Ése es su padre y ése es su tío! ¡Así que te vas ahora pa casa con tu marido y el niño con su tío!

Y ya, formaron una fiesta muy grande y al soldao que la había salvao la vida le dieron mucho dinero y a la suegra la desterraron, y ellos vivieron muy felices.

Barbarroja

Esto era una madre que tenía dos hijas y un hijo. Y había oído decir que un señor que se llamaba Barbarroja quería casarse; había dicho que se presentaran chicas jóvenes, que él elegiría. La madre le presentó a la pequeña y dijo que sí, que se casaba con ella. Pero a la chica le daba mucho miedo, porque él se iba de casa muchas veces y siempre estaba muy sola; así que le dijo que si podría traer a su hermana mayor para que viviera con ella. Barbarroja dijo que sí. Siempre que salía a sus correrías le daba las llaves de toda la casa, pero le daba una llave de una habitación que no tenía que abrir. Un día, las dos hermanas, curiosas, abrieron la habitación; se quedaron asustadas al ver la cantidad de mujeres muertas que había allí. Tan asustadas que al entrar en la habitación se les cayó la llave de las manos y se les manchó de sangre. y por más que lo querían limpiar no salía. Cuando llegó Barbarroja le pidió las llaves y al ver la sangre dijo:

- -No me has obedecido y ahora te voy a matar.
- -Déjame que antes me ponga el vestido que me regaló mi madre cuando me casé contigo.

Entonces subió arriba a ponerse el vestido y mandó a su hermana:

-Coge el caballo y vete a buscar a nuestro hermano, que venga a salvarme.

Y ella, en la torre, mirando a ver si llegaba. Y él, abajo:

-¿Subes o bajas, o subo con las tenazas?

Y ella:

-Barbarroja, espera un poco que ya me pongo el vestido que me regaló mi madre cuando me casé contigo.

Y volvía a mirar. Y él:

-¿Subes o bajas, o subo con las tenazas?

Y otra vez:

-Barbarroja, espera un poco que ya me pongo el vestido que me regaló mi madre cuando me casé contigo.

Pero ya él se cansó y subió; y cuando tenía las tenazas abiertas llegó el hermano y le mató. Y como era muy rico, se quedaron con todo lo que tenía. Y, colorín, colorado, este cuento se ha acabado.



Los meses del año

Este era un labrador muy pobre que vivía al día. y un año de mala cosecha, como no tenían para comer, salió a los caminos a pedir; andando andando, llegó a una casa y llamó a la puerta:

- -¿Quién es?
- -Un pobre.
- -Entre.

Pasó el labrador y vió sentados a doce viejos alrededor de una mesa.

- -Siéntese usted, que comerá con nosotros un pocillo de sopas.
- -Mientras comian, le preguntó uno de los viejos qué tal se portaba enero en su tierra.
- -Enero es el mes primero -contestó el labrador-. Escarda por enero y agranda el granero.
- -¿Y febrero? -dijo otro-.
- -Avena de febrero llena el granero.
- -¿Y marzo?
- -Marzo ventoso y abril lluvioso sacan a mayo florido y hermoso.
- -¿Y junio? –preguntó otro de los comensales–.
- -Por San Juan, aceite para entinajar.
- -¿Y julio?
- -Por el Carmen todo el mundo come carne.
- -¿Y qué me dices de agosto? -saltó otro viejo-.

- -En abril espigado, en mayo granado, en junio segado, en julio trillado y en agosto encamarado.
- -¿Septiembre?
- -Por San Miguel gran calor, será de mucho valor.
- -¿Y octubre?
- -Por octubre, estercola y cubre.
- -¿Qué tal se porta noviembre? -preguntó otro viejo-.
- -En noviembre cojo la oliva siempre.
- -¿Y diciembre? -dijo el último viejo, que estaba sentado en un rincón, muy abrigado-.
- -Diciembre, el mejor mes de siempre, porque no trabajamos los labradores.
- -Bueno –dijo uno de los viejos–, pues ya que te parecen buenos todos los meses, te vamos a dar esta vara para que veas tu mesa llena de alimentos en cualquier estación y nunca más pases necesidad. Basta con que la digas:
 - -"Vara de la virtud, por los meses del año que mi casa no pase pena ni daño".

Así fue. Llegó a su casa y bastó con que dijera la frase para que al instante se llenara la mesa de los más ricos y variados manjares.

Pero había en el mismo pueblo otro labrador, que era muy envidioso, y al ver la abundancia de su vecino le preguntó qué había hecho para conseguir tanta riqueza. Con la mejor voluntad e intención del mundo, el buen labrador le contó que había salido por los caminos a buscar la vida y unos ancianos le habían ayudado.

-Ah, pues a mí también tienen que ayudarme.

Y movido de una gran ambición siguió la senda que le indicó su vecino.

Al llegar la noche vio una cueva donde había unos hombres calentándose alrededor de una fogata. Se acercó y uno de ellos le preguntó qué tal era enero en su tierra.

- -Enero y febrero, para mí no los quiero.
- -¿Y marzo? -preguntó otro-.
- -Marzo y abril no se pueden sufrir.
- -¿Y mayo?
- -Mayo, mes malo.
- -Y de junio, ¿qué me dice?

- -Que si junio es ruin, lo es hasta el fin.
- -¿Y julio?
- -Pues que en julio atruena mucho.
- -¿Y agosto?
- -Agosto frío en el rostro.
- -¿Y septiembre?
- -Septiembre y octubre, el frío te cubre.
- -¿Noviembre?
- -En noviembre, el que tenga que siembre.
- -¿Y diciembre?
- -En diciembre siete galgos y una liebre y se va por donde quiere.
- -Vaya, pues ya que le parece a usted tan malo el año le vamos a dar esta vara para que mejore su situación; tiene usted que decir:
 - -"Vara de la virtud por los meses del año que mi casa no pase pena ni daño".

Llegó a su casa y pensó:

-Sí, yo tendré para comer, pero mi vecino será más rico porque le dieron la vara antes y eso no puedo soportarlo.

Así que cambió la frase y dijo:

-"Vara de la virtud, por los meses del año que mi vecino quede tan pobre como antaño".

Y en ese momento empezó la vara a darle de zurriagazos hasta que se arrepintió de su maldad. Y colorín colorado, este cuento se ha acabado.

La marrana Cenicienta

Un señor tenía tres hijas y se marchó fuera de España, y dijo:

-¿Qué queréis que os traiga?

Dice una:

-A mí, unos zapatos muy bonitos, muy bonitos. Un vestido muy bonito, y unos anillos, y una pulsera.

Y la segunda dice:

- -Yo, otros zapatos más bonitos que mi hermana, haciendo juego.
- -Bueno. Y tú, marrana Cenicienta, ¿qué quieres que te traiga?

(Que era la pequeña.)

-A mí, un ramito con tres nueces.

Se lo trajo. Y viene y dicen las hermanas;

-¿Ves? ¡Huy, qué zapatos más bonitos, qué vestidos! Y tú, marrana Cenicienta, ¿para qué quieres las nueces?

Bueno. Pues era fiesta y daban tres días de baile pa elegir novio. Y allá fueron majetonas con sus zapatos y todo.

-Y tú, marrana Cenicienta, te quedas ahí.

Y fue la madre y la tiró un puño de lentejas pa escoger. y dice:

-Varita de la virtud, que se escojan esas lentejas.

Y se escogieron solas. y dice:

-Varita de la virtud, por la nuez primera, que me salga un vestido muy bonito, con

pendientes, con anillos y pulseras.

La salió. Se lo puso, fue al baile y llegó el hijo del rey a bailarla.

- -¿De dónde eres? -dijo-.
- -De Italia.

Pero se fue antes de acabar sin decir nada más.

Y luego las hermanas, en casa:

- -Marrana Cenicienta, si hubieras ido al baile hubieras visto una señorita.
- -Siempre que sí, siempre que no, ¿habré sido yo? -dijo ella-.

Al día siguiente se ponen otros vestidos y otras pulseras. Las hermanas se van al baile y la dejan otra vez, y dice:

- -Varita de la virtud, por la nuez segunda, que me salga un vestido más bonito que el de ayer. Y la salió. Y fue. Y el hijo del rey, todo el tiempo:
- -¿De qué pueblo eres?

Y ella sin contestar. Pero tanto insistió que dice:

-De un pueblo que se llama Plato.

(Porque la madre la había tirao un plato un día)

Y ya se marchó como la noche antes. Y luego, las hermanas:

- -Marrana Cenicienta, si hubieras ido al baile hubieras visto una señorita.
- -Siempre que sí, siempre que no, ¿habré sido yo?

Y al día siguiente volvieron a dejarla en casa.

-Varita de la virtud, por la nuez última, que me salga el mejor vestido.

Va, se lo pone, y el hijo del rey venga a velarla y hablarla. Ya cuando se quiso ir salió detrás de ella.

Pero salió tan rápido que sólo encontró un zapato que había perdido con la prisa. Conque al día después va a casa de la madre y dice:

- -Mire, que he encontrao un zapato y es de una hija de usté. De la que sea, me caso con ella.
- -Huy, es mío -decía una-.
- -No, que es mío.
- -Mira, que a mí me queda bien; me corto un poquito el pie...

Y ya:

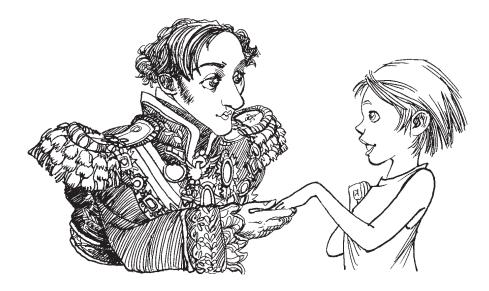
-¿No tiene usté otra hija?

-Una, pero no sale de casa; es la marrana Cenicienta.

Viene, se pone el vestido precioso y sale con un zapato.

-¿Ve? Ésta es. A ver el zapato.

Justo. Era igual. Así que se casaron, fueron felices, comieron perdices y a mí no me dieron porque no quisieron.



La cochina Cenicienta

Pues este era un señor que tenía una hija preciosa a la que quería mucho; su esposa había muerto al nacer la niña y por no tener tan sola a la pequeña se volvió a casar. Pero lo hizo con una viuda que tenía dos hijas y, claro, como no eran de la misma sangre, no querían nada a la pobre niña que, no sólo cargaba con las tareas pesadas y desagradables de la cása, sino que, para colmo, era castigada por la madastra cada dos por tres.

Un día salió de viaje el señor y preguntó a las hijas:

- -¿Qué queréis que os traiga?
- -Pues a mí -saltó la mayor- un vestido muy bonito, muy bonito, de color rojo.
- -Para mí –dijo la otra–, un collar muy brillante, muy brillante.
- -¿Y tú? -preguntó el padre a su hija-.
- -Pues tráigame una ramita con nueces.
- -Mira la cochina cenicienta lo que pide -comentaron las hermanas entre si riéndose-. ¿Para qué lo querrá?

Conque volvió el señor del viaje y trajo los regalos correspondientes para todas. Pero de allí a poco enfermó y murió en un plazo breve, no sin antes encomendar a su hija que obedeciese a la madrastra y observase siempre una conducta ejemplar.

En esto se anunciaron tres días de baile porque el hijo del rey quería buscar esposa y, claro, a las hermanastras les faltó tiempo para enterarse y empezar a soñar con la oportunidad tan espléndida de salir de su soltería.

- -¿Puedo ir yo, madre? -preguntó la niña-.
- -¿Tú? ¿Es que quieres ponernos en ridículo, cochina cenicienta? Tú te quedas escogiendo lentejas en la cocina, que es tu sitio.

Y la tiró un plato con lentejas y cerró la puerta. Cuando se fueron, cogió la vara de nueces y dijo:

-Varita de la virtud préstame un traje que sea de raso y oro con mucho encaje. También un coche, para volver a casa a la media noche.

Y apareció un precioso vestido negro de raso que se puso, y se fue al baile.

Allí todos quedaron prendados del porte y la belleza de la niña, en especial el príncipe, que no hacía sino dar vueltas a su alrededor; cuando por fin pudo hablar con ella le preguntó:

- -¿De dónde eres? No te había visto nunca.
- -Soy de... Plato. (Se acordó del plato que le había tirado la madrastra).

Pero antes de que hubiera tenido tiempo el Príncipe para reaccionar, salió ella corriendo y se metió en el coche para llegar a casa antes que la madrastra y poder escoger las lentejas.

-Varita de la virtud, que se escojan estas lentejas.

Y se escogieron solas. Y cuando llegaron sus hermanastras empezaron:

- -Cochina cenicienta, vaya envidia que habrías pasado en el baile. Había una señorita de negro que parecía una princesa.
 - -Princesa sí, princesa no, también podría ser yo.
- -¿Tú? ¿Con esa facha?

Y se echaron a reir.

Al día siguiente, a la hora del baile, volvió a insistir la niña:

- -Madre, ¿puedo ir yo?
- -Tú te quedas limpiando la cocina.

Y la tiró la escoba a la cabeza.

Cuando salieron, tomó la vara en sus manos y dijo:

-Varita de la virtud préstame un traje más bello que ninguno, con mucho encaje. También un coche para volver a casa a la media noche.

Se puso el traje y se fue al baile. Al verla, el príncipe se acercó para bailar con ella; pero ella no conversaba: a todo le decía que sí o que no, pero ni una palabra más.

- -¿Así que eres de Plato? -recordó el príncipe-. ¿Y cómo te llamas?
- -Pues... me llamo Escoba. (Se acordó de la que le había tirado la madrastra). Y antes de que él tuviese tiempo de preguntarle más cosas, salió corriendo y se montó en el coche. Cuando llegó a casa dijo:
- -Varita de la virtud, que se barra la cocina.

Y la escoba empezó a bailar y barrió la cocina en un periquete.

Al regreso, las hermanastras volvieron a insistir:

- -Cochina cenicienta, vaya envidia que habrías pasado hoy de la señorita que te dijimos. Iba primorosa, con un vestido blanco bordado en plata, que parecía una princesa.
 - -Princesa si, princesa no también podría ser yo
- -Esta cochina cenicienta está cada día peor, -rieron las hermanas-.

Al tercer día, a la hora del baile, sucedió lo mismo que en los días anteriores.

- -Madre, ¿puedo ir?
- -Qué pesada es esta chica. ¿No te he dicho que no? Te quedas en casa preparando la cena para cuando lleguemos, que vendremos hambrientas.

Y le tiró una berza a la cabeza.

Tan pronto como salieron tomó la vara y dijo:

-Varita de la virtud préstame un traje más bello que ninguno con mucho encaje. También un coche para volver a casa a la media noche.

Se vistió y apareció resplandeciente en el salón de baile. El príncipe, que ya estaba perdidamente enamorado, intentó por todos los medios bailar con ella, pero eran tantos sus compromisos que hasta cerca de las doce no pudo acercarse.

- -Habíamos quedado ayer en que eras de Plato y te llamabas Escoba. He mirado todos los pueblos y ciudades de este reino y ninguno se llama así. ¿De qué país eres?
- -De... de... de Berza. (Se acordó de la berza que le había tirado la madrastra).

Y echó a correr hacia el coche, con tan mala fortuna que, por las prisas, perdió uno de los zapatos. El príncipe lo recogió y se prometió a sí mismo buscar al día siguiente a la bella extranjera por todos los rincones de la ciudad. No había salido el sol, cuando ya estaba de una casa en otra y de hostería en hostería preguntando por la esquiva y misteriosa joven, pero nadie le daba razón. Al anochecer, cansado ya de probar zapatos a todas las niñas casaderas, llegó a casa de la madrastra. Esta, inmediatamente, subió a hablar con sus hijas y le dijo a la mayor:

-Para que te quepa el pie en el zapato, córtate los dedos, que cuando seas reina irás en coche y no tendrás que andar.

Se probó el zapato y, para decepción del príncipe, le cabía, Con un suspiro de tristeza iba a levantarse, cuando oyó decir al zapato:

-No sigas adelante príncipe amante, que el pie que te conviene otra lo tiene.

Probaron a la otra hermanastra, que se había cortado el talón, y volvió el zapato a decir lo mismo. Y ya preguntó el príncipe:

- -¿No tiene usted más hijas?
- -No. Como no sea la cochina cenicienta...
- -Pues que salga.

Salió y el príncipe reconoció a su bella enamorada a quien, por cierto, el zapato encajaba a las mil maravillas. Y se casaron y fueron muy felices y comieron perdices y a nosotros nos dieron con el plato en las narices.

La correa

Era una vez un labrador que tenía dos hijos que se llamaban Juan y Pedro. Cuando le llegó al mayor la edad de salir de casa, cogió el hatillo y se fue por esos mundos a buscar trabajo. y andando andando llegó a casa de un señor que tenía una granja y se ajustó con él.

- -Pero con una condición –dijo el señor–; que si uno no está conforme con el trabajo del otro le podrá sacar la correa desde el cogote a la rabadilla.
- -De acuerdo -dijo Juan-.

Bueno, pues el primer día le mandó el amo al monte por leña y le encargó que cuando volviera a casa con el carro no lo metiera ni por la trasera ni por la puerta principal. Cuando regresó Juan quiso entrar por la trasera.

- -¿No te he dicho que no entraras por ahí?
- -¿Y por dónde diablos quiere que pase?
- -Ah, ¿no estás conforme?
- -Claro que no estoy conforme. ¡Habráse visto!
- -Pues te saco la correa.

Y le sacó una tira de piel del cogote a la rabadilla y se murió.

Al cabo de un tiempo le tocó a Pedro salir de casa y tomó el camino de su hermano. Llegó a casa del señor y se ajustó con él por el mismo sueldo y las mismas condiciones.

-Si uno no está conforme, le saca la correa al otro. y el pago será cuando cante el cuco; en vez de por San Juan.

Bueno; pues el primer día le mandó el amo al monte y al regresar con la carga, como no podía entrar por la trasera ni por la principal, cogió una maza y abrió un boquerón para que pasara el carro.

- -¿Pero qué haces, hombre de Dios?
- -¿No está usted conforme?
- -Eh, sí, bueno; estoy conforme.

Al día siguiente le mandó con una piara de cerdos al mercado para venderlos; pero por el camino, hablando con otros porqueros se enteró de que estaba sirviendo en casa del mismo amo que había matado a su hermano.

- -Le sacó la correa.
- -Ah, ¿sí? Pues se va a acordar.

Cortó el rabo a todos los cochinos y se les vendió a sus compañeros de viaje.

Luego puso los rabos en un lodazal y volvió corriendo a casa.

-¡Señor amo, señor amo! ¡Que se ahogan los cerdos!

Cuando llegaron a la charca empezó el señor a tirar de los rabos, pero como tiraba con toda la fuerza pensando que estaba el cerdo dentro del lodo se daba unas costaladas fenomenales.

- -¿Qué has hecho, desgraciado? ¡Me vas a arruinar!
- -¿No está usted conforme?
- -Esto... sí; conforme sí que estoy.

A la noche, hablando el señor con su mujer le dijo:

-Si ese bestia sigue aquí dos días más nos queda en la miseria, así que mañana, contra el alba, te subes a la encina que está orilla del corral y cantas como el cuco, que así le pago y se va.

Conque de madrugada se subió la mujer a la encina y empezó a cantar:

- -Cucú, cucú.
- -¡Diela! –despertó Pedro–. ¿El cuco cantando y estamos en febrero? Voy a ver si es cuco o cuca.

Cogió la escopeta y ¡pum! tiró a la encina. Cayó la mujer y salió el amo despavorido.

- -¡Animal, más que animal! ¡Que me has matado a la mujer!
- -.¿No está usted conforme?
- -¿Cómo voy a estar conforme?

Entonces cogió Pedro y le sacó la correa. Y así, vengó a su hermano. Y colorín colorado, este cuento se ha acabado.

Sacar la correa

Era una costumbre que había, que se ajustaba un mozo por un año y todos los días se preguntaba:

-¿Está usté conforme?

Y si el amo decía que no, pues le sacaba la correa desde el cogote a la rabadilla. Conque ése le había sacao la correa a un hermano, y dijo:

-Ya verás, voy a ir yo, y si no se la saco yo a él...

Conque fue, se ajustó:

- -Tanto y tanto, y lo que te mande hacer haces, y como no estés conforme te saco la correa.
- -Bueno; sí.

Y ya le cogió y le mandaba cosas imposibles y las hacía. Le mandó con una piara de marranos y metió los rabos en un cenagal y los marranos los guardó en un corral y iba el amo a tirar y se metía entre la pecina y el cochino no salía.

-¿Está usté conforme?

Y decía el amo:

-Sí, sí, estoy conforme.

Conque ya dijo la mujer:

-Nos tenemos que deshacer de él.

Y dijo:

-Cuando lleque al puente no sé cuántos a la hora de cantar el cuco, tienes que matarle.

176] Érase que se era... Cuentos duales

El caso es que le dijo a la mujer:

-Vas tú y cantas el cuco antes que llegue.

Pero fue él, vio que era la mujer y de un tiro la mató.

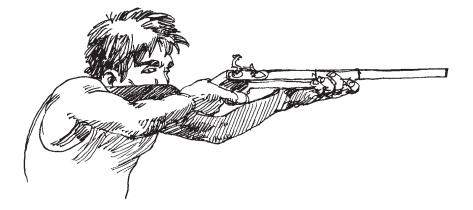
Y dice:

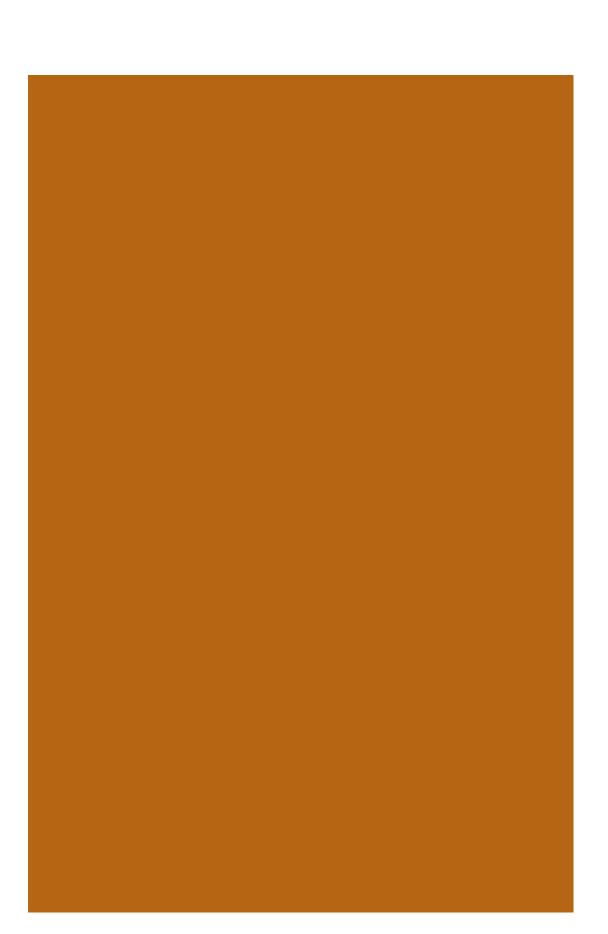
-¿Está usté conforme?

-Sí, sí.

Y no le pudo sacar la correa, pero le quedó pobre.

Y luego yo ya me vine; no sé si...







4 RIQUEZA Y POBREZA

- 181 El cura y el pobre
- 183 El cura y el piojo
- 184 El sacristán y las monjas
- 185 El zapatero dichoso
- 186 El pobre hambriento

El cura y el pobre

Era un cura que tenía una amiga –no era el ama, no, era una amiga– y:

-Mira, es mi santo; vamos a celebrarlo en esa habitación que hay al lao del corral. Pongo la lumbre y ahí lo celebramos.

Tenían pavo, tenían turrón, tenían de todo. Y por la noche andaba un pobre pidiendo y no sabía ande dormir, y había visto una trampa, por donde echan la paja, abierta, y dice:

-Pues ahí me meto.

Se metió en ese pajar, y andando, andando po'l pajar, fue a dar a donde el cura. Y estaba la trampilla abierta. Sentía hablar y veía luz. Y miró. Y decía el cura:

-Por bailar con la Juana, fuera sotana.

Y todo se iba quitando hasta que se quedaron desnudos, y decían:

-Ay, ganas, ¿dónde estaréis?

Y decía el pobre:

-No muy lejos; no están muy lejos. ¿Cómo me las arreglaría yo pa quitar a éstos y que me dejaran la comida?

Y empezó a buscar por ahí algo y había una albarda. Conque les tiró la albarda; pero se engancha en el ataharre y cae él también, y dice:

-¡Los demonios entran por esta casa!

Y se echan a correr el cura y el ama desnudos a la calle.

Y él se aprovechó de toa la comida y cogió los vestidos del cura. y al otro día el sacristán venga a tocar a misa y no iba el cura.

-Ay, mire usté -decía el ama-, que ya tocan a segundas. ¿No se levanta usté?

182] Érase que se era... Cuentos duales Riqueza y pobreza [183

-No, que estoy malo y no puedo ir.

Conque llega un pobre a la puerta:

- -Una limosna...
- -Buenos estamos pa limosnas.
- -Diga usté al señor cura que me dé una limosna.
- -Bueno, bueno, pues dale diez céntimos.
- -Diga usté que quería hablar con él, que tengo una cosa muy interesante.
- -Dice que quiere hablar con usté.
- -Que pase.
- -Mire, que me he encontrao unos hatos de un cura, que si me les quería comprar.

En cuanto los vio el cura los compró y se fue a decir misa, y colorín, colorado, ya no se mueve más con la Juana.



El cura y el piojo

Antes había miseria siempre, y piojos, y como los curas tenían la corona muy grande, pues según estaba uno con la patena le estaba picando mucho, y se echó la mano, le coge y dice:

-Recáncano, que picaste cabeza de sacerdote, has de morir en patena, per cristum dominun noster amen (Accionando como si se estuviese aplastando el piojo entre la patena y la uña).

184] Érase que se era... Cuentos duales Riqueza y pobreza [185

El sacristán y las monjas

Pues las monjas de Fuensaldaña tenían un hortelano, y no le daba de sí, el hombre, pa pagarles la renta, y lo debía. Y ellas no sabían cómo decírselo, y como era sacristán, "pues se lo vamos a decir por el órgano".

Así que la mandadera se lo dijo al sacristán:

-Le van a pedir la renta po'l órgano.

Conque en misa empiezan:

"Hortelanillo que riegas la huerta, hace tres años que no pagas renta".

-Y el sacristán contestó también por el órgano:

"Si el pepino se me nace, y el nabo se me endereza, el primer agujero que tape el de usté, madre abadesa".

El zapatero dichoso

Era un zapatero que estaba todo el día cantando. Arreglaba los zapatos y justamente sacaba para dar mal de comer a sus hijos. Bueno, pero él tenía una alegría y un cántico... Y enfrente vivía un señor que era muy rico, y dice:

-Cuidao que vive bien ese zapatero. Yo, con tantos millones, vivo amargao, y él, que gana lo justo pa dar mal de comer a sus hijos, está todo el día cantando.

Y ya, al día siguiente, va el rico y le dice:

-¿Qué, zapatero? ¿Se gana mucho?

Y dice:

-Escasamente pa dar de comer a los hijos.

-Como tiene usté tanta alegría...

Y dice:

-Sí.

-Pues mire usté, pa que vivan mejor tome usté tres onzas.

El zapatero cogió las tres onzas y se fue a casa, y le dice a la mujer:

-Mira, me han dao tres onzas.

Conque al día siguiente el zapatero no cantaba. Y ya, extrañao, entra el rico y dice:

-Pero, ¿cómo? ¿Qué es esto? Ahora que le he dao pa que pueda usté vivir mejor y esté más alegre, no canta usté...

Y dice:

-¡Ay, señor, si la felicidad está en no tener nada!

Ahora, con las tres onzas, estoy todo el día: "¿En qué las emplearé, en qué las emplearé?". Así que ¿sabe lo que le digo? Que tome usté las tres onzas, que quiero volver a ser como antes.

Y siguió cantando.

186] Érase que se era... Cuentos duales Riqueza y pobreza [187

El pobre hambriento

Este era un pobre que andaba pidiendo en tiempo de invierno. y había caído una helada... Y llama a una puerta.

- -¿Quién?
- -Un pobre. Una limosna.

Y tenía cuatro o cinco hijos el matrimonio, y dice el padre:

-Hombre, se va a morir por la calle este pobre. Mándale pasar y que coma un pocico de sopas.

Y, claro, entró el pobre y comió las sopas.

-Muchas gracias, ¿eh? Adiós.

Y los chicos se quedaron arrebañando la cazuela:

-Me cago en la madre que le parió al tío éste...

Conque a la semana siguiente, otra vez. Como se sabía el camino...

- -Un pobre; una limosnica...
- -Dile que pase, hijo, que se va a morir este hombre y hay que ayudarle.

Sale el pequeño:

- -Que pase, dice mi padre.
- -Bueno, hijo; gracias.

Come las sopas, y:

-Adiós, muchas gracias; Dios se lo pagará.

Pero al tercer día dice el mayor:

-Cuando venga, salgo yo.

Llama a la puerta, y salió, y dice:

-Pase, que le damos la "ayuda" (y sale con la lavativa en la mano)...

El pobre, que lo ve, coge la calle y escapa a correr. Y dice el padre:

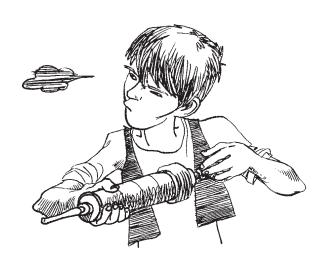
- -Pero ¿qué le has dicho al pobre, que no entra?
- -¿Qué le voy a decir? Que pase.

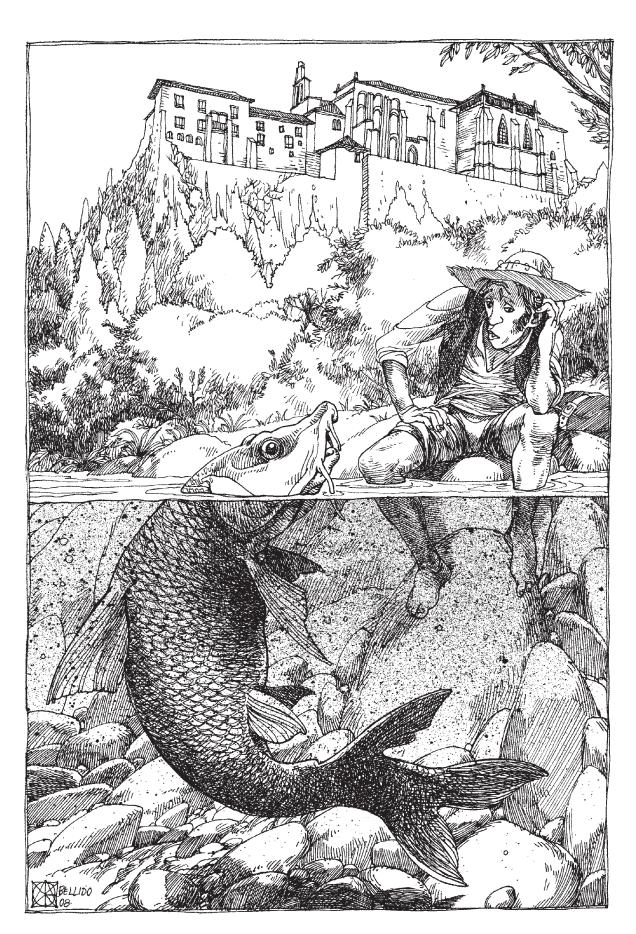
Sale el padre a la puerta, gritando:

-¡Venga usté pa acá, hombre, que aunque no es de alimento calienta el cuerpo!

Y dice el otro:

-¡Pa tu madre, mamón!





5 PRUDENCIA E IMPRUDENCIA

- 191 La visita del obispo
- 192 El pescador y el barbo
- 194 Los arrieros y el cura
- 195 El cura y el queso
- 196 El zapatero y el cura
- 197 El grajo
- 198 El sastre y la comida
- 199 El naranjo y el Cristo
- 200 La higuera
- 201 El cura y el alcalde
- 202 El cura y el volatinero
- 203 Jesús de Nazareno
- 205 San Nicudemus
- 206 El cura y el obispo
- 207 Dominus vobiscum
- 208 El sastre y las lentejas
- 209 La mariposita
- 212 El gallo Quirico
- 214 El gallo Quirico II
- 216 La abuelita y las nietas
- 218 Agua para todos
- 219 Canta, zurrón...
- 222 La madre y la novicia
- 223 La manta del abuelo
- 224 El deudor
- 225 La comida del cura
- 227 Las vecinas borrachas
- 229 El sastre y el vino
- 230 El diablo y el cura

La visita del obispo

Antes, la visita del obispo al pueblo era un acontecimiento; sobre todo, si el lugar era pequeño y la visita no era anual, la llegada, que coincidía con la época de las confirmaciones, revolucionaba a todo el mundo. Se reunía el concejo y se tomaban los acuerdos pertinentes para que su ilustrísima se sintiese como en casa. Bueno, pues en este pueblo llevaban varios meses con la intranquilidad en el cuerpo porque se acercaba la fecha y todo el personal quería aportar ideas. Y en una reunión se le ocurrió a un concejal (el mundo se ve siempre a través del propio cristal) que tenía el muelle flojo y el cristalino turbio, que el obispo, a pesar de toda su santidad, podría tener un apretón y había que tener dispuesto un retiro adecuado. La propuesta inquietó no poco a la corporación porque en el pueblo no había —ni siquiera en la mejor casa- más que el clásico corral donde cada cual se despachaba a gusto con la ayuda de su propio esfuerzo y la colaboración, no siempre positiva, de las gallinas picamierda. En fin, que se avisó al carpintero y en un anejo de la sacristía se dispuso un sitial que talmente parecía un patíbulo, de forma que un acólito pudiera situarse debajo con un escobón para, una vez finalizado el sencillo pero vital acto, dar un pase esclarecedor y definitivo sobre las ilustres posaderas del visitante. Conque, mira por dónde, la abundante comida o el ajetreo movieron el vientre del señor obispo tan reciamente que, con discreción pero con apuro, tuvo que preguntar al vicario por un lugar suficientemente privado para aliviar su necesidad. Con enorme satisfacción se le indicó el improvisado retrete y allí que se fue nuestro prelado para evacuar, y no precisamente consultas. Pero al aldeano apercibido para el caso, que siempre había puesto el huevo a la primera, le faltó tiempo, en cuanto vio que había pasado el primer envión, para dar el brochazo consiguiente con decisión y energía. Sorprendido el obispo ante tan inesperado ataque se levantó sobresaltado y quiso observar qué extraño y diabólico fenómeno le tentaba por su parte menos sagrada. El aldeano que percibió movimiento en el trono y pensó que su trabajo no había quedado completo, lanzó un segundo viaje con el hisopo en el momento justo en que su eminencia asomaba el rostro, dejándole hecho un Tobías y rebozado en la naturaleza de sus propias cámaras. Esto digo y no miento, que como me lo contaron lo cuento.

El pescador y el barbo

Había una vez un pescador que iba todos los días a pescar al río y un día pescó un barbo muy grande, y cuando le iba a echar a la cesta dijo el barbo:

-Pescador, si me sueltas prometo darte todo lo que me pidas.

Y el pescador, aunque pensaba que no necesitaba nada, le echó al río. Cogió la cesta y se marchó a su casa y le dijo su mujer:

-¿Qué me traes hoy?

Y dice:

- -Nada, porque he cogido un barbo que me ha dicho que si le soltaba me daría todo lo que pidiese.
- -¿Y tú qué le pediste?
- -Yo, nada.
- -Pues márchate ahora mismo y le dices que queremos otra casa en vez de esta cabaña tan vieja y tan fea que tenemos.

Conque fue el hombre, se asomó a la orilla del río y dijo:

-Barbo, mi querido barbo, mi mujer quiere una cosa.

Salió el barbo y dijo:

- -Y ¿qué quiere tu mujer?
- -Quiere una casa nueva.
- -Muy bien; vete a casa y la encontrarás.

El hombre volvió y encontró a su mujer en una casa muy bonita. Pero cuando pasó una semana le dice su mujer:

-Oye, ¿por qué no vas a decirle al barbo que nos dé un palacio?

Conque el hombre se marchó y dice:

- -Barbo, mi querido barbo, mi mujer, muy a pesar mío, pide otra cosa.
- -Y ¿qué quiere tu mujer?
- -Pues quiere un palacio.
- -Vete a tu casa y encontrarás el palacio.

Así que se fue a su casa y, efectivamente, encontró el palacio y dentro a su mujer. Pero a la semana siguiente la mujer le dijo al pescador que quería ser reina, y el pescador tuvo que volver al río y decir:

- -Barbo, mi querido barbo, mi mujer, muy a pesar mío, pide otra cosa.
- -Y ¿qué quiere tu mujer?
- -Pues ahora quiere ser reina.
- -Bueno, vuelve a tu casa y así será.

El hombre volvió a su casa y encontró a su mujer con la corona y la capa. Pero al cabo de una semana la mujer, que lo quería todo, le dice:

- -Vuelve al río y dile al barbo que quiero ser como Dios.
- -Mujer, ¿cómo le voy a decir eso?
- -Vete y se lo dices.

Bueno, pues el hombre fue a la orilla del río y dijo:

- -Barbo, mi querido barbo, mi mujer, muy a pesar mío, pide otra cosa.
- -Y ¿qué quiere ahora tu mujer?
- -Pues quiere ser como Dios.

Y dijo el barbo:

-Bueno, vuelve a casa.

Con que el hombre se marchó a casa todo triste y se encontró a su mujer llorando en la misma cabaña que tenían al principio, y dijo:

-El barbo te ha dao lo que te merecías por egoísta y por ansiosa; en la vida hay que conformarse con lo que Dios le da a uno.

Los arrieros y el cura

Este era un arriero, y le dijeron otros arrieros:

-Mira tu mujer; hemos venido y estaba con el cura.

Conque ya dijo él:

- -¿Cómo le cogeríamos? Si le cogemos os doy la mula baya.
- -Pues métete debajo del serón y nosotros al otro lao.

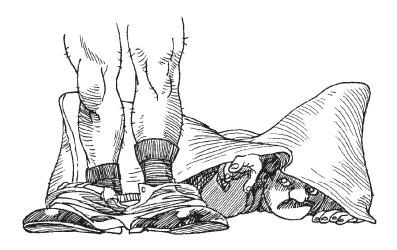
Conque ya entra el cura y empiezan a la juerga, y dicen los arrieros:

-Oye; tú que estás en ese serón, ¿estás escuchando esa conversación?

Y dice el otro:

-Y tú, que me llevas la mula baya, deténme al cura que no se vaya.

Y entre todos le dieron de palos al cura.



El cura y el quesero

Era un cura que en cuanto se iba el marido –que era quesero– a llevar los quesos entraba a ver a la mujer que tenía un niño. Y le dice un amigo:

- -Mira, que entra el cura cuando tú te vas.
- -Pues ya verás: voy a hacer que me voy y no me voy.

Conque se escondió en la puerta de enfrente y cuando vio entrar al cura, llamó él a la puerta al poco tiempo. y ella tenía al niño en brazos y estaban a la lumbre y tal que así estaba la quesera ande ponían los quesos.

- -¿Ande me meto?
- -Métete en la quesera.

Pero como estaba así (inclinada) pa que cayera el aqua de los quesos, se resbalaba todo.

El marido fue y se sentó allí a la lumbre y empezó a cantar ella al niño:

"Tú que estás en esa quesera, mete los pies, demonio, que los tienes muy afuera".

El zapatero y el cura

Los zapateros tienen un canto, con un hierro caliente y machacan la suela en él para domar la suela, y lo hacen así, cantando. Y un zapatero tenía la mujer que iba a misa todos los días; y llegaba y se sentaba allí con el marido un rato. Se alzaba las faldas y se sentaba en el canto, que estaba fresco. Y un día le dicen al marido:

-¿Pero no sabes que tu mujer va a estar con el cura todos los días?

Y dice:

-iPor eso va a misa tanto! Déjate que mañana la voy a dar yo.

Conque fue y la calentó el canto. Llegó la otra, se sentó y se quemó. Luego al otro día tocaba el cura a misa y decía:

"Mariquita encantadora, ven, ven, que ya es hora".

Lo cantaba con las campanas. Y el zapatero, como ya lo sabía, decía con el canto:

"Tiene el culo quemado, no puede ahora".

El grajo

Este era un padre que se murió y tenía dos hijos, y les quedó un grajo y una escopeta.

-¿Y qué vamos a hacer con esto?

Bueno, pues se fueron pa el pueblo y llegaron a la posada y se hicieron amigos del posadero y ya les daba de comer, y se enteraron que el cura iba a estar con la madre y la hija, y un día les dice el posadero:

- -¿Qué me contáis?
- -Pues el que se lo va a contar es este grajo, ya verá usted.

Pin, le quitan una pluma. ¡Graa! Que el cura viene por la noche. Tiraban de otra pluma. ¡Graa! Que con la hija y con la madre, y ya dice:

- -¿Cuánto vale este grajo?
- -Huy, muchísimo.

Y le sacaron qué sé yo, y se marcharon:

-Usté le queda con tó el cuidao en casa, que cuando venga le cuenta tó lo que ha pasao.

Y le queda allí, en la cocina, que era donde celebraban las fiestas, y estaban de juerga, y dice la vieja:

-Ay, el grajo, se lo va a contar todo...

Y va, y le va a mear y la agarra con una pata del chisme y va a mearle la otra y la agarra con la otra pata, y va a mearle él y le agarró por l'otro lao. Y así estaban, y llega el marido y dice:

-¡Ay qué grajo, que me tiene a dos po'l coño y uno po'l carajo!

El sastre y la comida

Les llevaban a los sastres a los pueblos y les daban una peseta y les tenían que dar de comer. Dice una vecina a otra:

- -Mañana que venga a mi casa. ¿Qué le das tú?
- -Pues mira, yo le pongo alubias, le pongo lentejas, lo que sea, y por la mañana sopas y un torrezno.

Conque le puso las sopas y un torrezno muy pequeño, y iba el sastre a la máquina:

-So... pas... un... to... rrez... no... so... pas... un... to.. rrez... no...

Tan despacio iba que dice:

-Le voy a poner dos.

Y ya iba:

-So... pas... dos... to... rrez... nos... so... pas... dos... to... rrez... nos...

Y dice:

- -Le voy a poner tres.
- -Sopas trestorreznossopastrestorreznos...

Y le pone cuatro, e iba:

-Ni... tan... to... ni... de ... e... llo...

El naranjo y el Cristo

Era el alcalde, y era muy bruto, y tenía una huerta y el cura le dice:

-Tiene usted que hacer un Cristo, que ese está muy mal.

Y dice el alcalde:

-Tengo un naranjo en tal sitio que se le voy a mandar cortar pa hacer el Cristo, pero con la condición de que el primer sermón, cuando le destapéis, lo digo yo.

Y todos esperando a ver lo que decía el alcalde (ya estaba hecho el Cristo); tiran de la cortina y dice:

"En mi huerto te criaste, naranjo te conocí, y los milagros que tú hagas, me les traigan a mí aquí".



La higuera

Eran dos hermanos y murió el padre, y tenían una higuera en medio de la finca; y pa no andar discutiendo unos y otros, dice:

-Mira, la vamos a quitar porque no da fruto ni nada...

No daba higos.

Y dice:

-Pues lo vendemos pa leña.

Pero el cura se enteró que iban a vender la higuera y dice:

- -Pero, hombre; hago un Cristo bueno yo de ahí...
- -Pues ya está; téngalo. Y el día de la inauguración del Cristo iba diciendo el cura en la procesión:
- -Verán ustedes los milagros que va a hacer el Cristo nuevo; ya verán ustedes, ya verán.

Y iba uno de los hermanos detrás de la procesión.

Dice:

-En mi huerto te criaste fruto yo no vi de ti, los milagros que tú hagas que me los cuenten a mí.

El cura y el alcalde

En un pueblo por ahí, cerca de Alar, dicen que el alcalde y el secretario y el cura, como son los que no trabajaban, siempre andaban juntos y el alcalde era tan curioso que le dice al cura:

-Digo que... usted sabrá todos los líos de las mujeres, y eso, y se lo confesarán.

Dice:

- -Pues sí, sí.
- -Dígamelo usted.
- -Huy, no, no.
- -Bueno, pues nada más nos ponemos en la puerta el domingo y según vayan pasando, si es que sí, me dice "Indica".

Así que según pasaban, el cura decía: "Indica" o "No indica".

Conque ya llega la mujer del alcalde, y dice:

-Indica.

Y dice el alcalde:

-¡Señor cura, que es mi Anica!

Y dice el cura:

-Pues Indica, Indica e Indica.

El cura y el volatinero

Era un saltimbanqui que se fue a confesar, y dice:

- -Tengo tantos pecados y esto y lo otro.
- -Pues, ¿qué es usted? -dice el cura-.
- -Saltimbanqui.
- -Hombre, ¿cómo va a ser usted saltimbanqui?

Y dice:

-¿Quié usté probar?

Se levanta del confesionario y se da tres o cuatro volteretas, y había una vieja allí esperando, y se arrima y dice:

-Don Fulano, yo no vengo hasta mañana porque no he traído pantalones.

Se creía que la penitencia era dar las volteretas.

Jesús de Nazareno

Era una señora que era muy beata; no que fuera religiosa, sino muy beata. Iba todos los días a Jesús de Nazareno:

-Ay, Jesús de Nazareno, ¿qué te pediré yo? Ay, Jesús de Nazareno, yo te quería dar... Que me has concedido no sé qué...

Y el sacristán un día:

-Yo voy a ver qué pide esa beata.

Y se mete detrás de Jesús de Nazareno, y dice la beata:

- -Ay, Jesús de Nazareno.
- -¿Qué quieres? dice el sacristán.
- -Que venga por mi casa.
- -Pues si me pones buena cena, voy.

Dice ella:

-Pues sí.

Y ya se fue la mujer a casa; estuvo planchando las mantelerías, y dice a su marido:

-Que va a venir Jesús de Nazareno esta noche a cenar a casa.

Prepara la mesa, la cena y todo, y dice:

-Prepara buena leña ahí.

Y va el marido y se salió:

-Yo no; yo no quiero nada.

Y viene:
Tan, tan.
-¿Quién?
-Jesús de Nazareno, que viene a cenar.
Le abre la puerta y pasa; y el sacristán poniéndose himplao.
Cuando llaman a la puerta y dice:
-¿Quién?
-La Virgen pura que viene a buscar a Jesús de Nazareno.
Y dice el sacristán:
-No abra usted.
Y dice:
-Hombre, ¿cómo no voy a abrir a la Virgen?
Viene el marido con el manto de la Virgen y un palo, y empieza a dar de palos al sacristán, y el sacristán corriendo por todo el pueblo.
Y dicen unos que venían:
-Oiga, señor. ¿Sabe usté dónde venden leña?
Y dice:
-La Virgen pura viene repartiéndola.

San Nicudemus

Las monjas de este pueblo tenían un San Nicudemus muy viejo, y un ebanista que había allí les dijo:

-Qué santo; un día les voy a hacer uno nuevo.

Y de vez en cuando le daban guerra:

- -Que cuándo está el santo...
- -Ya se lo estoy haciendo.

Y llegó la fiesta de San Nicudemus y no se le había hecho, conque dice al aprendiz:

-Mira, te voy a pintar un poco, te meto en una urna y te llevo, y cuando pase la fiesta te sales.

Conque llegan las monjas y le ponen allí delante; y las monjas se ponían de rodillas a rezar y se fijaban en que estaba desnudo, claro. Y se reúnen todas con la madre abadesa y dice una:

-Yo creo que es mejor traer una tijera y cortárselo, porque eso está muy feo.

Conque va la monja con la tijera. Y el chico que la ve venir rompe la vitrina, se echa a correr por la escalera y todas las monjas detrás:

-San Nicudemus, San Nicudemus, que con pingajillo y todo te queremus...

El cura y el obispo

Este era un cura que tenía convidaos, iba a venir el obispo, y compraron una pava pa cuando viniera el obispo y, claro, se marchó el cura y no la dijo cómo la tenía que poner –el ama no sabía guisar–. Conque subió arriba al sacristán y se lo dijo:

-A ver si se lo dice usted con el órgano y contesta.

Y empieza el sacristán:

-Señor cura, señor cura, cómo se guisa la pava.

Y se volvió el cura y contestó:

-Las alas guisadas, las patas asadas.

Si entras en la bodega entra con poca gente, que nos beberán el vino con una voz penitente.

Si entras en la despensa, del tocino parte poco, que nos costó treinta reales, per cristum dominum nostrum.

Dominus vobiscum

Estaban diciendo la misa el día de la fiesta, y resulta que a uno de los monaguillos le entró un dolor de tripa muy grande y salió y se marchó.

Y el otro, claro, no sabía ayudar.

Conque se vuelve el cura y dice:

-Dominus vobiscum.

Y el chico entiende: "Dónde está Francisco", y dice:

-Ya viene, que está cacando.



El sastre y las lentejas

Este era otro sastre que iba a otro pueblo a trabajar, y dice la mujer pa la que cosía:

-Ay, Dios, no me he acordao de poner la comida pa el sastre; le voy a poner unas lentejas.

Puso en un pucherillo unas lentejas y le hizo un torrezno; y las lentejas, pues que las comió casi crudas el sastre, que no se habían cocido. Y por la noche le da un dolor de tripa según estaban así, de tertulia, en el escaño, y va y sale, y como estaba lloviendo se puso orilla y lo hizo orilla las goteras y las echó enteras las lentejas. Al otro día se levanta la mujer:

-Mira, uno que ha pasao con las lentejas y las ha caído.

Las coge y las echa en el puchero y se las pone al sastre otra vez. y dice:

-¿Qué tal estaban las lentejas?

Y dice:

-Muy cociditas, muy cociditas.

Dice:

-Huy, ha debido pasar alguna anoche y ha caído las lentejas y estaban esta mañana con el agua llovida más esponjaditas...

Y el sastre echaba las tripas otra vez.

La mariposita

Esto era una mariposita que estaba barriendo su tejadito y se encontró un ochavo, y decía:

-¿En qué me lo gastaré? ¿En qué me lo gastaré ¿En caramelitos? No, no, que me llamarán golosa. ¿En almendritas? No, no, que me llamarán tragona. En un lacito para el pelo y estaré muy linda y hermosa.

Se compró un lacito, se lo puso en el pelo y estaba muy linda y hermosa, y se puso a la puerta para ver si buscaba novio. Entonces vino un perro y la dice:

- -Huy, mariposita, qué guapa estás.
- -Hago bien, que tú no me lo das.
- -¿Te quieres casar conmigo?
- -Y cuando tengamos hijitos, ¿cómo los vas a llamar?
- -Guau, guau.
- -No, no, que me los morderás.

Entonces pasa un gato y:

- -Huy mariposita, qué guapa estás.
- -Hago bien, que tú no me lo das.
- -¿Te quieres casar conmigo?
- -Cuando tengamos hijitos, ¿cómo los vas a llamar?
- -Miau, miau.
- -No, no, que me les aruñarás.

Y entonces pasa un ratón, y dice:

-Huy, mariposita, qué quapa estás.

- -Hago bien, que tú no me lo das.
- -¿Te quieres casar conmigo?
- -Cuando tengamos hijitos, ¿cómo los vas a llamar?
- -lii, iii, iii.
- -Ay, sí, sí, que me los arrullarás.

Entonces se casaron. Fueron las bodas, la mariposita se vistió de blanco, toda muy guapa, y era sábado. Al día siguiente fue domingo y la mariposita le dejó al ratoncito en la cama y le dijo:

-Yo me voy a misa. No te levantes no te vaya a comer un gato, ni te asomes a la olla no te vayas a caer.

Bueno, ya se marchó a misa y el ratoncito estaba tan a gusto, pero dijo:

-Huy, no se vaya a quemar la olla; voy a ver.

Abrió la tapa de la olla y se cayó. Entonces viene la mariposita de misa, le busca por todas partes:

-Ratoncito Pérez, ¿dónde estás?

Y no aparecía. Y ya:

-Pues bueno; me pondré a comer.

Y cuando fue a abrir la olla se encontró a su Ratoncito Pérez en... claro, pues cocido. Y entonces se puso a llorar a la puerta:

-Ay, porque el ratoncito se ha caído a la olla, y yo, mariposita, le gime y le llora.

Y viene un pajarito, y dice:

- -Mariposita, ¿por qué lloras?
- -Porque el ratoncito se cayó a la olla y la mariposita le gime y le llora.

Y dice:

-Pues yo, como pajarito, me corto el piquito.

Entonces iba volando sin piquito y le vio una palomita. Dice:

- -Pajarito. ¿Cómo vienes sin piquito?
- -Porque el ratoncito se cayó a la olla, la mariposita le gime y le llora, y yo, como pajarito, me corté el piquito.

Dice:

-Y yo, como palomita, me corto la colita.

Y fue volando hasta el palomar. Llegó al palomar y le dice el palomar:

- -Huy, palomita, ¿cómo vienes sin colita?
- -Porque el ratoncito se cayó a la olla, la mariposita le gime y le llora, el pajarito se cortó el piquito, y yo, como palomita, me corto la colita.
- -Pues yo, como palomar, me echo a rodar.

Y se echó a rodar, a rodar y llegó donde el río. Y le dice el río:

- -Huy, palomar, ¿cómo vienes tan rodando?
- -Porque el ratoncito se cayó a la olla, la mariposita le gime y le llora, el pajarito se cortó el piquito, la palomita se cortó la colita, y yo, como palomar, me eché a rodar.

Dice:

-Pues yo, como río, me seco y no crío.

Y se secó y no crió. Entonces llegan las doncellitas del rey con las cantarillitas a por agua al río. Dice:

- -Huy río, ¿cómo no traes agua?
- -Porque el ratoncito se cayó a la olla, la mariposita le gime y le llora, el pajarito se cortó el piquito, la palomita se cortó la colita, el palomar se echó a rodar, y yo, como río, me seco y no crío.
- -Pues nosotras, como doncellitas, rompemos nuestras cantarillitas.

Clán. Rompen sus cantarillitas. Entonces llegan donde el rey sin cantarillitas, y dice el rey:

- -Huy, doncellitas, ¿cómo no traéis cantarillitas?
- -Pues porque el ratoncito se cayó a la olla, la mariposita le gime y le llora, el pajarito se cortó el piquito, la palomita se cortó la colita, el palomar se echó a rodar, el río secó y no crió, pues nosotras, como doncellitas, rompemos nuestras cantarillitas.
- -Pues yo, como rey, me echo a correr.

Se echó a correr, a correr, y llegó donde un fraile. Y dice el fraile:

-Huy, rey, ¿cómo vienes tan corriendo?

Dice:

-Porque el ratoncito se cayó a la olla, la mariposita le gime y le llora, el pajarito se cortó el piquito, la palomita se cortó la colita, el palomar se echó a rodar, el río secó y no crió, mis doncellitas rompieron sus cantarillitas, pues yo, como rey, me echo a correr.

Dice:

-Pues yo, como fraile, me cojo las castañuelas y me voy al baile.

El gallo Quirico

Este era un gallo muy presumido y le había mandao una carta su tío Perico, que se iba a casar y que le invitaba a la boda. El se puso todo guapo, se lavó bien las plumitas y ya iba cantando por el camino tan contento; pero de repente pues vio una muradal, y, claro, le tiró la idea de picar en él. Y decía:

-¿Qué haré yo? Si pico, me mancho el pico, y tengo que ir a la boda de mi tío Perico y tengo que ir muy limpito...

Pero picó; picó y se manchó el piquito, y se puso triste. Se lo limpió con unas hierbas, y nada, no se le quitaba. Y iba todo triste, todo triste:

-Ay, ay, que tengo que ir a la boda de mi tío Perico y tengo que ir muy limpito...

Y se encontró una malva, y dice:

-Malva, ¿no me podrías limpiar el pico, que tengo que ir a la boda de mi tío Perico y tengo que ir muy limpito?

Y dice:

- -No quiero.
- -Bueno, pues me voy pa allá.

Se va andando todo triste, todo triste, y se encontró una oveja. Y dice:

-Oveja, come a malva, que malva no ha querido limpiarme el pico, y tengo que ir a la boda de mi tío Perico y tengo que ir muy limpito.

Dice:

- -No quiero.
- -Bueno, pues me voy pa allá.

Iba andando, andando, y se encontró un lobo:

-Lobo, come a oveja, porque oveja no ha querido comer a malva y malva no ha querido limpiarme el pico, que tengo que ir a la boda de mi tío Perico y tengo que ir muy limpito...

Dice:

-No quiero.

Entonces va andando, andando, andando, y se encuentra un palo:

- -Palo, pega al lobo, que el lobo no ha querido comer a oveja, oveja no ha querido comer a malva y malva no ha querido limpiarme el pico, que tengo que ir a la boda de mi tío Perico y tengo que ir muy limpito...
- -No quiero.
- -Bueno, pues me voy pa allá.

Sigue andando todo triste y se encuentra una lumbre.

Dice:

-Lumbre, quema al palo, que el palo no ha querido pegar al lobo, el lobo no ha querido comer a oveja, oveja no ha querido comer a malva y malva no ha querido limpiarme el pico, que tengo que ir a la boda de mi tío Perico y tengo que ir muy limpito...

Dice:

-No quiero.

Entonces va más allá, más allá, más allá, y se encuentra un arroyo.

- -Agua, apaga la lumbre, que no ha querido quemar al palo, que el palo no ha querido pegar al lobo, el lobo no ha querido comer a oveja, oveja no ha querido comer a malva y malva no ha querido limpiarme el pico, que tengo que ir a la boda de mi tío Perico y tengo que ir muy limpito...
- -No quiero.
- -Bueno, pues entonces me limpiaré yo solo.

Se agachó el pobre a limpiarse el pico en el agua, y, ¡bam!, se cayó. Y la corriente le llevaba. Y vinieron las doncellitas de su tío Perico a por agua pa hacer la comida, le vieron, le cogieron, le pelaron, le guisaron con arroz y en las bodas de su tío Perico el pobre gallito allí terminó.

El gallo Quirico II

Esta es la historia del gallo Quirico que iba a la boda de su primo Periquito, y en el camino picó una caca y se manchó el pico. Y dijo:

-¡Ay!, ahora no puedo ir a la boda de mi primo Periquito.

Conque andando, andando, se encontró con una malva y la dijo:

-Malva, límpiame el pico para ir a la boda de mi primo Periquito.

Y dijo la malva:

-No quiero, no me da la gana.

Y se fue más adelante, más adelante, y se encontró con una oveja:

-Oveja, cómete a malva, porque malva no ha querido limpiarme el pico para ir a la boda de mi primo Periquito.

Y dijo la oveja:

-No quiero, no me da la gana.

Y se fue más adelante, más adelante, y se encontró con un palo:

- -Palo, pega a oveja, porque oveja no ha querido comer a malva, porque malva no ha querido limpiarme el pico para ir a la boda de mi primo Periquito.
- -No quiero, no me da la gana.

Y se fue más adelante, más adelante, y se encontró con el fuego:

- -Fuego, quema a palo, porque palo no ha querido pegar a oveja, porque oveja no ha querido comer a malva, porque malva no ha querido limpiarme el pico para ir a la boda de mi primo Periquito.
- -No quiero, no me da la gana.

Y se fue más adelante, más adelante y se encontró con el agua:

- -Agua, apaga a fuego, porque fuego no ha querido quemar a palo, porque palo no ha querido pegar a oveja, porque oveja no ha querido comer a malva, porque malva no ha querido limpiarme el pico para ir a la boda de mi primo Periquito.
- -No quiero, no me da la gana.

Y se fue más adelante, más adelante, y se encontró con un burro:

- -Burro, bebe a agua, porque agua no ha querido apagar a fuego, porque fuego no ha querido quemar a palo, porque palo no ha querido pegar a oveja, porque oveja no ha querido comer a malva, porque malva no ha querido limpiarme el pico para ir a la boda de mi primo Periguito.
- -No quiero, no me da la gana.

Y se fue más adelante, más adelante, y se encontró... ¿Dónde llegaba?

(Al burro.)

Pues álzale el rabo y bésale el culo.



La abuelita y las nietas

Una abuelita tenía tres nietitas. A una la mandó fregar, a otra, barrer, y a otra limpiar. y dice:

-La que acabe más pronto le doy una cosa...

Y acabó la de barrer. Y dice:

- -Abuelita, me dé la cosa que decía.
- -Coge un cacho pan y una cuchara y sube allá arriba a por una cucharada de miel.

Y arriba había un lobo que decía:

-No subas que te zampo mi tragadero traga tanto.

¿No te dije que no subieras? ¡Aummm!

Y se la zampó. Conque acabó después la de fregar y dice:

- -Abuelita, me dé la cosita que decía.
- -Coge un cacho pan y una cuchara y sube allá arriba a por una cucharada de miel.

E igual. Estaba el lobo, que decía:

-No subas que te zampo mi tragadero traga tanto.

¿No te dije que no subieras? Aumm.

La zampó. Conque ya la última, la de limpiar, pues, claro, la misma colación:

- -Abuelita, me dé la cosita que decía.
- -Coge un cacho pan y una cuchara y sube allá arriba a por una cucharada de miel.

Claro, pues el lobo, igual:

-No subas que te zampo mi tragadero traga tanto...

Y la niña se dio cuenta. Y dice:

- -Abuelita, hay allá arriba una cosa que dice: "No subas, que te zampo; mi tragadero traga tanto".
- -Bah, tonta; son tus hermanas que están escondidas y te quieren meter miedo.

Conque ya subió la niña y dice al lobo:

-¿No te dije que no subieras? Aumm.

La zampó. Y ya la abuelita, al ver que tardaban, dice:

-¿Dónde estarán mis nietitas?

Y subió allá arriba y vio que se las habia comido el lobo. Y estaba durmiendo de tanto como había comido.

Y fue la abuela, cogió un cuchillo, le abrió la barriga y salieron las niñas bailando. Y al lobo le metieron piedras; y de tanta sed que tenia se fue a beber agua a un pozo y como le vencieron las piedras, pues se cayó.

Agua para todos

Era una señora que se llamaba Perica y era muy devota, sólo que tenía el defecto de ser muy taba y muy egoista. Y después de la sementera rezaba todos los días:

-Cristo del Amparo, agua para mis tierricas. Cristo del Amparo, agua para mis tierricas...

Pero un día se formó un nublado terrible, se abrió el cielo y empezó a apedrear con tal fuerza que la señora Perica, asustada, sólo sabía decir:

-¡Cristo del Amparo, que caiga para todos! ¡Cristo del Amparo, que caiga para todos!

Canta, zurrón...

En un pueblo había una fuente muy grande donde iban todas las niñas a por el botijo de agua; jugaban a mojarse con el agua de la fuente, y allí pasaban todas las tardes del verano. Dentro del pueblo había una familia que tenía varios hijos, y entre ellos una niña muy guapa que iba todos los días a por el botijo de agua. Un día se quitó los anillos para no mojarlos y los dejó en la piedra de la fuente, pero cuando se fue a casa se olvidó de recogerlos.

Entretanto llegó un mendigo a la fuente y al ver los anillos los cogió y los metió en un saco que tenía. Cuando la niña llevaba ya en su casa mucho rato, toda la familia se sentó a la mesa a cenar; entonces los padres se dieron cuenta de que la niña no tenía los anillos. La preguntaron que dónde los tenía y ella recordó que se los había dejado en la piedra de la fuente. Entonces los padres obligaron a la niña a ir a buscar los anillos, aunque ella no quería, porque era muy tarde y la daba miedo ir sola hasta la fuente que estaba a las afueras del pueblo; pero como los padres insistieron y la amenazaron con un castigo, la niña tuvo que ir a la fuente a buscarlos. Llegó allí y se llevó un gran disgusto porque no aparecían los anillos por ningún lado; sólo estaba en la fuente el mendigo, que le preguntó a la niña:

- -Niña, ¿qué buscas a estas horas?
- -¿Ha visto usted unos anillos que me he dejado esta tarde en la piedra de la fuente?

Y el mendigo contestó:

-Sí; yo los tengo.

Y dijo la niña:

-Démelos, porque si no los llevo a casa mis padres me castigarán.

Y el mendigo la dijo:

-Métete en este saco y los coges tú misma.

A la niña la dio mucho miedo entrar en el saco, pero como los padres la habían amenazado con un castigo si no traía los anillos, sin pensarlo más entró en el saco.

Entonces el mendigo ató rápidamente la boca del saco y la niña no pudo salir; gritaba y gritaba, pero de nada le sirvió. Cuando se cansó de gritar y llorar dijo el mendigo:

-Si eres obediente te dejaré salir. Mira, cuando yo diga "canta, zurrón, o te pego un coscorrón", tú tienes que cantar una canción y entonces te dejaré salir.

Después se dedicó a ir de un pueblo a otro pidiendo de puerta en puerta, y decía:

-Si me dan limosna, el zurrón que llevo les cantará una canción.

Y, en efecto, las mujeres daban limosna y el mendigo decía:

-Canta, zurrón, o te pego un coscorrón.

Y la niña cantaba:

-Por tres anillos de oro que en la piedra me dejé por mi padre y por mi madre en el zurrón moriré.

Y así el mendigo iba de puerta en puerta, sacando buenas limosnas, porque se había corrido por la comarca que cuando le daban buena limosna cantaba su zurrón. A todo esto, los padres estaban muy preocupados y se sentían culpables de que su niña no había vuelto y se pasaban día y noche llorando. Un día se presentó el mendigo en casa de los padres de la niña sin saberlo, como se presentaba en las demás casas para pedir limosna. Cuando llegó el momento, el mendigo dijo:

-Canta, zurrón, o te pego un coscorrón.

Y la niña cantaba:

-Por tres anillos de oro que en la piedra me dejé por mi padre y por mi madre en el zurrón moriré.

Entonces la madre comprendió que era su hija la que estaba dentro del zurrón y, disimulando al reconocer la voz de su hija, pensó rápidamente en la forma de poder recuperarla, y le dijo al mendigo:

- -¿Dónde pasa usted las noches?
- -En los pajares que encuentro en el camino.
- -Pues esta noche puede pasarla en el mío, porque tiene buena paja y va a estar muy calentito.

Y así fue; al anochecer, el mendigo, con su zurrón –que no se lo dejaba a nadie–, se presentó en la casa. El padre de la niña le llevó buena cena y buen vino en abundancia

para que se quedase pronto dormido; los padres de la niña le observaron y en cuanto le cogió el sueño entraron con mucho cuidado al pajar, cogieron el zurrón y sacaron a su hija.

Cuando los padres cogieron a su hija en brazos se dieron cuenta del error que habían cometido al hacerla ir por los anillos aquella noche. Luego, para que el mendigo no se diera cuenta del cambio, le metieron en el zurrón perros y gatos con el mismo peso que tenía su hija. Cuando a la mañana siguiente se levantó el mendigo les dio las gracias a los padres y se fue tan contento.

Entonces se marchó a otro pueblo y comenzó a pedir de nuevo limosna por las casas. Pero cuando dijo "canta, zurrón", los perros y los gatos empezaron a ladrar y a maullar. Entonces cayó en la cuenta de que la noche anterior había dormido en el pajar de los padres de la niña.

Desde entonces, los padres prometieron que nunca obligarían a sus hijos a cosas semejantes. Y vivieron felices y comieron perdices, y a mí no me dieron porque no quisieron.



La madre y la novicia

Eran una novicia y su madre, que iban de camino pa el convento. y cada vez que se paraba el burro, decía la vieja:

-¡Arre, coño!

-¿Qué es coño, madre? -decía la novicia-.

-El burro.

Y a poco...

-¡Hale, cojones!

-¿Qué es?

-Las alforjas.

Y al rato...

-¡Anda, puñeta!

-¿Y eso?

-El chocolate.

Conque al día siguiente llega a la puerta del convento un arriero y sale la novicia y dice:

-Ate el coño a la puerta, eche los cojones al hombro y pase, que le haremos la puñeta.

La manta del abuelo

Era un matrimonio que vivía con los hijos y el abuelo. Y pasado el tiempo, como ya el abuelo estaba viejo, la mujer no hacía más que decirle al marido:

-Es que tu padre está ya inútil y la habitación la necesitamos...

Tanto, tanto insistió, que un día dijo el marido:

-Mira, padre..., ya en casa no cabemos... Yo creo que convendría que tú te marcharas...

Y estaba oyéndole el chico pequeño. Y cuando terminó dijo el abuelo:

-Bueno, hijo..., pues me marcharé.

Y entonces el padre le dijo al chico:

-Anda, sube al sobrao y baja una manta al abuelo pa que no coja frío.

Y en esto que el chico tardaba mucho en bajar. Y ya, cuando bajó:

-¿Cómo has tardado tanto?

-Es que he estao cortando la manta al medio, pa cuando tú seas viejo darte la otra mitad.

El deudor

Eran dos amigos, y uno al otro le prestó dinero. Y un día le dice:

- -¿Cuándo me devuelves el dinero que te presté?
- -Pues tienes que esperar, porque no lo tengo.

Y pasa cierto tiempo, y ya un día...

-Oye, mira, si no me das el dinero te voy a demandar.

Entonces así lo hizo. Estuvo con él y le dijo:

- -Te he demandao y tienes que ir a declarar.
- -Muy bien. Pero si quieres que vaya a declarar me tienes que dejar ropa, porque no tengo más que la puesta.
- -Bueno.

Y llegaron a declarar.

- -A ver, ¿para qué vengo yo aquí?
- -Pues mire, porque este señor ha dicho que le debe tanta cantidad de dinero.
- -Yo no le debo nada.
- -¿Que no me debes nada, ladrón?
- -Oiga, señor juez, este hombre está loco. Como si ahora quiere decir que la ropa que traigo puesta es suya...

Entonces dice:

-Anda, ¿pues no es mía?

Y dice:

-¿Ve usté cómo este hombre está loco?

La comida del cura

Este era un cura que tenía una criada nueva, y un día tenían invitados a comer y dijo:

-Prepara unas gachas y una pava.

Pero como no sabía muy bien la criada cuáles eran los gustos de su amo fue a la iglesia a preguntárselos:

-Pues ahora está diciendo misa -dijo el sacristán-, pero se lo vamos a decir cantando por el órgano.

Y empezó:

-Aquí está la tía María a pedirle relación dé cómo guisa la gachas y pide contestación.

Y el cura se volvió y dijo:

-Primero se echa el aceite y después el almidón luego se echa pimentorum y se les da un revoltón.

Y el sacristán siguió:

-Señor cura, señor cura, que aquí está la su criada que cómo pone la pava, frita o asada.

Y otra vez el cura:

-Frita frita no la quiero, asada es como me gusta,

con un poco de salorum y unas buenas patatorum, per christum dominum nostrum.

Y cuando parecía que había acabado, se acordó y dijo:

-María, de la despensa del tocino parte poco que si no se nos acaba, per christum dominum nostrum.

Y si vas a la bodega no bajes a mucha gente que nos beben todo el vino y es confesión evidente.

Amén.



Las vecinas borrachas

Esta era una mujer que le gustaba mucho el vino, y el marido tenía en casa un tonel. Y en cuanto él salía, llamaba a una vecina y entre las dos daban cuenta de ello. Y pa que no se notara que bajaba, iban echando cantos. Pero un día..., pues que los cantos llegaron arriba.

- -¿Y ahora qué hacemos? -decía la vecina-.
- -No te apures, que algo se ocurrirá.

Bueno; pues era el día de Todos los Santos y había salido el marido a sembrar, y ellas se fueron detrás de un chaparro, y le decían:

-Labrador que siembras el Día de los Santos el tonel de vino se te vuelva cantos.

Conque el marido llegó a casa, y en efecto:

-Pues esto ha sido cosa del diablo.

Pero ya, que si por un vecino, que si por otro, se enteró:

-Que tu mujer se pone ahogada.

Y fue y la dio una buena somanta. Y ella:

- -Que ha sido el diablo, que ha sido el diablo...
- -Como vuelvas a arrimarte al tonel, te acuerdas.

Pues justo: Al día siguiente llegó la vecina, y lo mismo. Y cuando estaban bien empapadas se vistieron de marimantas, se fueron a la cuesta donde estaba el marido y empezaron con unas castañuelas:

-Chacarracachaca, chacarracachá, chacarracachaca, chacarracachá.

Yo soy el diablo que te vengo a ver que he bebido el vino de tuyo tonel.

Chacarracachaca, chacarracachá, chacarracachaca, chacarracachá.

El sastre y el vino

Este era un sastre que era muy borracho y fue a llevar un traje a una casa, y pa que le dieran vino, como ya se salía y no le habían dao un trago, miró pa donde había un garrafón de vino y dijo:

```
-De aquel rincón
salió un ratón;
y vino..., y vino...,
y vino al sastre.
```

Y la señora, pues nada. Y él seguía:

```
-Ama...
¿y vino...,
y vino...,
y vino anoche el amo?
```

Y contesta la señora:

```
-No.
Agua...,
agua...,
aguardándole estuvimos,
pero no vino.
```

El diablo y el cura

Esto era una abuela que la estaba cuidando un nieto, y el nieto la hacía unas sopas.

Y fue un día a llevarle unas sopas, y le decía:

-Abuela, sopas; abuela, sopas.

Y le metió tanto el cucharón, que la ahogó. Y después decía el nieto:

-¡Ay! ¿Qué haré yo con mi abuela? ¿Qué haré yo con mi abuela?... Pues se me ha ocurrido una idea: la monto en el caballo, la ato bien el cucharón a la mano y la echo por la hoja.

Después, iba un señor por el camino y vio como que andaba el demonio por la hoja. Y fue a decirle al señor cura:

- -Señor cura, ¡que anda el demonio por la hoja!
- -Pues anda, tocar las campanas y que se junte todo el pueblo pa salir a ojeo pa matarlo.

Conque saca el señor cura la jaca y cuando iba llegando a donde estaba, salió el caballo corriendo detrás de la jaca.

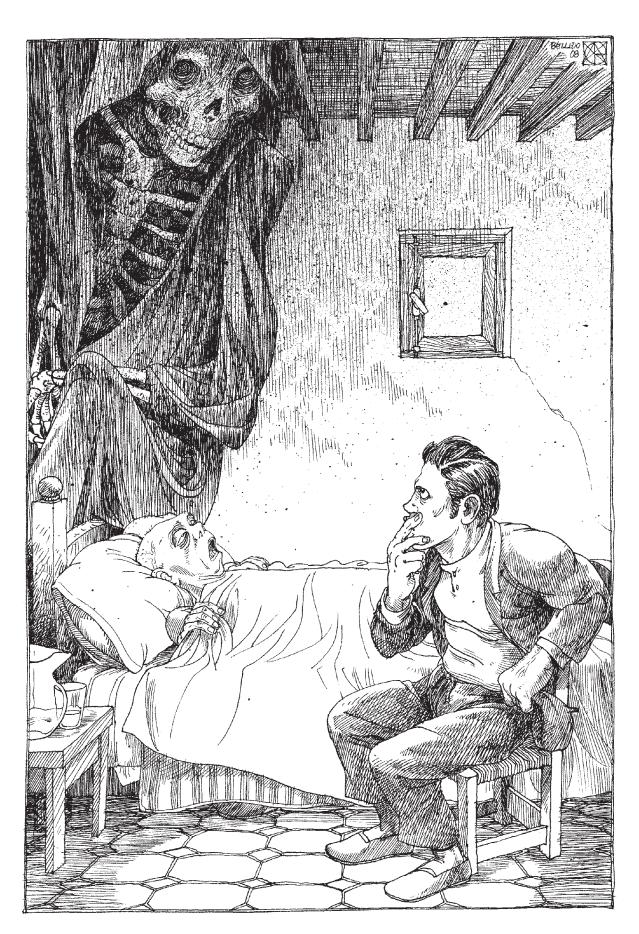
Y le decía la gente:

¡Señor cura, corra, corra, que le da el diablo con la porra!

Y al llegar el diablo donde el señor cura, vieron que era una señora que la habían atado allí.

Entonces la desataron y la enterraron..., y ahí se terminó el cuento.





6 LO NATURAL Y LO SOBRENATURAL

- 235 Tío Cerote
- 236 Las brujas y el cheposo
- 237 Las brujas y el cheposo II
- 238 Las brujas y el giboso
- 239 La bruja
- 240 Una bruja
- 241 Los ojaranquillos
- 243 El libro de Salomón
- 245 Juan Leñero y la muerte
- 247 La asadura
- 249 La asadura II
- 251 María, la asadura

Tío Cerote

Era un zapatero y se llamaba "Tío Cerote", y se casó con una, pero no sabía que era una bruja; se casó con una bruja. Y entonces todas las noches salía de casa la bruja, y él sabía que salía de casa y no sabía ónde iba. Entonces una de las noches la estuvo esperando a ver lo que hacía y la vio que se ponía un vestido todo negro hasta abajo, se montaba en una escoba y salía volando por la chimenea. Y se iba a un claro que había en el boque a reunirse con otras brujas. Entonces él esperó y lo vio todo. Hacían una hoguera, y de la hoguera salía un macho cabrío que era el demonio; entonces bailaban todas alrededor de él y luego, cuando terminaban de bailar, pues se levantaba el rabo y toas las brujas tenían que besarle el trasero.

Entonces dijo él:

-Ah, esto no se me escapa a mí. A la noche siguiente vengo yo también vestido de bruja.

Se vistió de bruja, cogió la lezna y se marchó. Esperó a lo último, claro; él también bailaba con todas las brujas y ya, cuando le tocó el turno a él, pues en vez de besarle, ¡zas!, le dio un picotazo.

Y dijo el demonio:

-Tio Cerote, pa otra vez aféitese usté el bigote.

Las brujas y el cheposo

Este era un cheposo que se encontró con un amigo, que había sido cheposo también:

-Hombre, ¿pues cómo estás, que no tienes chepa?

Dice:

-Anda, ¿pero no lo sabes? Es que he ido al país de las brujas y me la han quitao. Tú vete andando mucho, mucho, mucho por este camino y ya llegarás. Y el otro pobre, que tenía muchas ganas de no tener chepa, pues, andando, andando, llegó al país de las brujas y se sentó allí, orilla de un arroyo que había, y dice:

-Bueno, pues a ver qué pasa...

Y de repente se oye una voz que dice:

Lunes, y martes, y miércoles, tres; jueves, y viernes, y sábado, seis; la joroba de éste ponérsela a aquél.

Y entonces vino una bandada de pájaros muy grande y empezaron a picotearle la giba, y se la llevaron y le dejaron sin giba. Pero él se encontraba que no estaba demasiao limada. Y dice:

-Caray, han dicho "lunes y martes y miércoles tres; jueves y viernes y sábado seis". ¿y si yo dijera "y domingo, siete"?

Conque empieza a gritar:

-¡Y domingo, siete! ¡Y domingo, siete!

Y se oye una voz que dice:

-¡La joroba de aquél ponérsela a ésteeeee!

Las brujas y el cheposo II

Pues en Fuensaldaña había un cheposo y venía a moler a Puente Perín que estaban las brujas: a Zamadueñas.

Y según pasa por el puente oye a las brujas que estaban:

-Lunes y martes, miércoles tres. Jueves y viernes, sábado seis...

Y dice el cheposo:

-Y domingo siete.

Y dicen las brujas:

-Pues quitarle la chepa a ése.

Conque fue al pueblo sin chepa y, claro, había otro cheposo que dijo:

-Pues mañana voy yo.

Y estaban las brujas con el mismo son:

-Lunes y martes, miércoles tres. Jueves y viernes, sábado seis...

Y ya dice él:

-Y domingo siete.

Y dicen las brujas:

-Pues la chepa del otro ponérsela a ése.

Y ya cuando fue al pueblo todos se echaron a reír porque se llevó la chepa de los dos.

Las brujas y el giboso

Este era un buhonero que era giboso y estaba harto de tener que cargar con la mercancía y la giba. Un día, yendo de noche de un pueblo a otro, tuvo que atravesar un monte y al llegar a un claro estaban las brujas cantando alrededor de una hoguera:

-Lunes y martes y miércoles tres, lunes y martes y miércoles tres...

Y el giboso, contagiado del ritmo orgiástico del aquelarre, continuó:

-Jueves y viernes y sábado seis, jueves y viernes y sábado seis...

El estribillo gustó entre las brujas que, lejos de castigar al atrevido, le quitaron la chepa dejándole una espalda recta y bien formada. Cuando de madrugada llegó al siguiente pueblo y contó a los vecinos la aventura vivida la noche anterior, uno de ellos, que también era cargado de espaldas, dijo:

-Ah, pues esta noche voy yo.

Conque así fue. Buscó el giboso el claro y allí estaban las brujas bailando y cantando:

-Lunes y martes y miércoles tres, jueves y viernes y sábado seis...

Y contestó el intruso:

-¡Y domingo siete, y domingo siete!

Y gritaron las brujas:

-¡La joroba de aquél ponérsela a éste!

Y se volvió el pobre al pueblo con dos gibas como un camello.

La bruja

Era uno que tenía una novia que era bruja y tenía los untes arriba, en el desván, y se casó con otra; y por lo visto, cuando estaban en la cama, pues sentían que entraba y se movía todo.

-¿Ya estás ahí?

Decía la mujer:

-Pues llévatele.

A veces, dicen que ponía un escriño con una luz debajo y unas tijeras haciendo una cruz y no venía esa noche.

Pues ese señor era tratante e iba a Medina los días de mercao e iba la bruja. Y decía la mujer:

-¿Ya estás aquí? Vete a buscarle, que está en Medina.

Y en el medio del camino de vuelta, iba con otro y dice:

-Esta tía jodida ya me ha cogido.

Sentía un peso, pero no la veía. Conque hablando un día con uno, dice:

-Me está dando una lata... Por la noche, si me pongo a la orilla, a la orilla el peso; si me pongo al rincón, al rincón el peso.

Y le dice el otro:

-Pues ponte al rincón; pones una porra y ande sientas el peso, da.

Conque puso un palo allí, y cuando sintió el peso dio así al rincón y no volvió a sentir el peso. Y al día siguiente dice:

-Oye, oye, que hice eso y anoche se marchó.

Y dice:

-Claro. Verás como hoy no sale.

Conque miraron pa atrás y estaba asomándose a la puerta con el brazo en cabestrillo.

Una bruja

Una vecina mía, que vivía aquí al lado, tenía una hija que se encontró un día, al ir a misa, a una señora de pelo blanco, y la señora le debió decir:

-Tú en todos los sitios me tienes que ver.

Y en todas partes la veía. Cuando subió a casa y estaba ella cosiendo –porque era modista– resulta que la vio en las paredes. Estando sola en casa, se encontraba terminando de coser un vestido de lunares para su madre, y cuando se descuidaba se lo encontraba pillado entre las puertas. Mi abuelo bajó a por ruda, que es una planta que huele muy raro, con flores amarillas, y la colgaron en la casa. La mujer estaba tan desesperada que una vez clavó las tijeras en la pared, porque en todas partes veía a la vieja de pelo blanco. Cuando colgaron la planta en la casa la bruja ya no volvió a aparecer.



Los ojaranquillos

Dice que, antes, no había en cada pueblo más que una escopeta, y nevaba mucho por allí, y a la entrada del invierno iban a hacer harina pa todo el año.

Cada uno molía lo suyo; eran todos molineros. Y fueron un padre y un hijo, y estaba otro moliendo, y le dice al chico:

-Vete por la cena, porque éste va a acabar tarde y vamos a estar toda la noche moliendo.

Tenían una lumbrada en el suelo y alrededor estaban las piedras, y por la puerta de arriba el padre vio asomar un ojo por un agujero que había y dice:

-Ay, ahora que tiene que venir el chico... Voy a hacer como que no le he visto.

En cuanto llegó el chico por la puerta de abajo cerraron, y dice el padre:

-Calla, hijo, que están los ojaranquillos ahí; a ver qué nos hacen. Vamos a sentarnos como si tal cosa, pero voy a meter esta barra –la que tenían pa levantar las piedras– en el fuego.

Conque dice:

-Mira, ahora está mirando otra vez.

Le veían brillar el ojo; tenía dos cuernos y un ojo en el medio. Salían de allí, de la montaña. Conque ya el ojaranquillo se debió ir a por un palo o algo y quería apalancar la puerta pa entrar.

Y el chico dice:

-Estamos perdidos.

Y dice el padre:

-Me voy a poner detrás de la puerta, y cuando veas el ojo, me haces así (una seña) y yo le meto el hierro.

Y así fue. El hierro caliente se le metió po'l ojo y creo que unos chillidos... y el padre y el hijo se marcharon corriendo pa el pueblo. Y a la entrada del pueblo les salieron unos cuantos lobos; estaba nevando y el padre se cayó, y el chico se echó a correr, pero en lo que buscó la escopeta –en todo el pueblo que había una– pa espantar los lobos, pues ya le habían empezao a comer por las botas.

Y luego después, al otro día, fueron a por la molienda y estaba el molino que le habían quemao los ojaranquillos en venganza.

El libro de Salomón

Pues eran unos estudiantes que dicen.

-Mira que no tenemos ni una perra...

Y dice uno:

-Oye, he comprao yo un libro en una librería de viejo, que dice dónde hay un tesoro; ná más es comprar una pala y un pico y irnos a cavar a buscar la puerta.

Conque sí, fueron midiendo los metros donde estaba la montaña y se encontraron una cueva. Pero luego tenían miedo en entrar. Dice uno:

-Vamos, no tengas miedo.

Y decía el otro:

-Qué te crees, ¿que el miedo se le quita a uno cuando quiere?

Conque ponía que tenían que pasar por una sala que había llena de llamas, pero que no se quemarían, que no tuvieran miedo. Decía que eran los demonios.

Y luego, pasar por agua. Conque ya se presentan en una antesala con mucha luz, y miran al libro y dice:

-¿Ves? La antesala con mucha luz.

Y ya entran. Había allí uno con muchas barbas, como un rey.

- -¿Qué queréis, mentecatos?
- -Pues mire, que veníamos a por este tesoro.
- -Pero, ¿os pertenece?
- -Sí, mire; aquí tenemos este libro.

Conque mira, y faltaban a lo último unas páginas, y le da una patada a uno que ya se había llenao los bolsos de oro y le atravesó la montaña y allí se quedó sentao. El otro salió corriendo antes de darle la patada, y sale fuera y dice:

- -¿Pero qué haces ahí arriba?
- -Pues mira, se conoce que el rey Salomón me ha querido pagar así.

Y dijo el rey salomón:

-Eso es para que no compréis nunca un libro que le falten las hojas, porque lo que faltaba es que os iban a dar la patada.



Juan Leñero y la muerte

Era un leñador muy pobre que tenía muchos hijos; malamente podía darles de comer con su trabajo pese a que se pasaba el día cortando y acarreando leña en el monte. Un día cazó una liebre y pensó:

-Si la llevo a casa se la van a comer los hijos y no la voy a probar siquiera...

Mejor la compongo y me la como aquí mismo.

En efecto; preparó el guiso y se sentó tranquilamente a comer. Pero en esto oyó una voz detrás de él:

-Que aproveche, ¿eh?

Volvió la cabeza y vio a una vieja.

Pensando que, si era del pueblo a lo peor contaba luego que le había visto zampándose él solo la liebre mientras sus hijos se morían de hambre, la invitó a comer.

- -Tenga una zanca, abuela.
- -Gracias, hijo; yo te lo he de devolver.

Conque en un abrir y cerrar de ojos se comió la zanca y media liebre más.

Cuando acabó, le dijo al leñador:

- -¿Sabes quién soy?
- -Pues no señora.
- -Pues soy la Muerte, y como sé que pasas muchas necesidades yo te voy a ayudar. En cuanto llegues al pueblo, empieza a decir a todo el mundo que tú eres curandero. Si te llevan delante de un enfermo y yo no estoy a la cabecera, es que sanará; si estoy junto a su almohada, no habrá remedio.

Conque así fue. Al principio todos se reían de él:

-Pero ¿cómo va a ser Juan Leñero curandero?

Un día se juntaron unos cuantos mozos para burlarse de él y metieron a uno de ellos en la cama.

-Que venga Juan Leñero.

Llegó y vió a la Muerte sentada en la mesilla. Al salir dijo a la familia:

-Este chico no tiene cura. Lo siento mucho.

Como no habían pasado siquiera diez minutos y ya estaba muerto el mozo, la gente se asustó y empezó a respetarle. Al cabo de unos días cayó muy enfermo el alcalde y llamaron a Juan Leñero para que diagnosticara. Al entrar en la habitación no vio a la vieja y se entretuvo allí un rato haciendo que le daba unas pócimas. Cuando terminó, dijo:

-Ya está; no hay cuidado. En unos días como nuevo.

Dicho y hecho. En pocos dias estaba el alcalde de pie y mejor que antes.

La fama de Juan Leñero empezó a extenderse y mucha gente le llamaba y le pagaba fuertes cantidades de dinero con las que compró una casa grande donde metió a toda su familia. Pero un dia se le apareció la Muerte.

- -¿Cómo va el negocio?
- -No va mal. Mi familia vive con acomodo, la gente me respeta y he comprado una casa que para sí quisiera un doctor.
- -Ah ¿sí? Pues anda con cuidado no se te caiga el techo, porque cuando eso pase vendré a por ti.

Bueno. Se quedó Juan Leñero preocupadisimo. Llamó al constructor y a una cuadrilla de albañiles y les tenía todo el día en prevención de cualquier amenaza de derrumbe. Apuntalaron los muros de la parte alta y reforzaron las vigas del sobrado. Todo le pareció poco para evitar la visita de la vieja. Lo malo es que con el miedo y los problemas se le empezó a caer el pelo y se le quebrantó la salud en cuatro días. Entonces se presentó la Muerte y le dijo:

-Hola, calvo. ¿No te advertí que si se te caía al techo te llevaría? Pues ahora te vienes conmigo.

La asadura

Era un padre y una madre, y tenían un hijo, y la madre estaba muy enferma y se murió. Y eran muy pobres, muy pobres, y no tenían nada que comer. Y tuvieron invitaos, y como no tenían nada que ponerles, el padre le dijo al niño que fuera y le cortara a la madre unos filetes.

Dice:

-Mira, vete a la sepultura de tu madre y córtala unas tajadas de la nalga.

Y tenían un gallo que era muy canturrón, y cuando ya pusieron la comida, pues el gallo empezó a cantar:

-Quiquiriquí carne de culo comen aquí; quiquiriquí carne de culo comen aquí.

Y los invitaos, claro, pues decían:

-Qué pasará... qué no pasará...

Y se marcharon y no hicieron más comentarios en la casa; pero, claro, luego les hicieron fuera.

Entonces pasó más tiempo y no tenían tampoco nada que comer, y el padre le dijo al niño:

-Mira, vas a ir donde tu madre y le vas a sacar la asadura, porque es que no vamos a estar sin comer.

Y el chico la sacó la asadura; se comieron la asadura de la madre y ya se acostaron. Y por la noche llamaron a la puerta –al portal– y decían:

-Tan, tan.

Y decía el chico:

-¿Quién, quién?

Y decían:

-Soy yo, tu madre, que vengo a buscar mi asadura, ura, que me la has robao de mi sepultura.

Y decía el chico:

-Ay padre, ¿quién será?

Y decía el padre:

-Déjala, hijo, que ya se marchará.

Y decía ella:

-No me voy, no me voy, que entrando en el portal estoy...

Y otra vez; llamaba desde más cerca ya.

- -Tan, tan.
- -¿Quién, quién?
- -Soy tu madre, que vengo a buscar mi asadura, ura, que me la has robao de mi sepultura.
- -Ay, padre ¿quién será?
- -Déjala, hijo, que ya se marchará.
- -No me voy, no me voy, que entrando en la sala estoy...

Y otra vez:

- -Tan, tan.
- -¿Quién, quién?
- -Soy tu madre, que vengo a buscar la asadura, ura, que me la has robao de mi sepultura.
- -Ay, padre, ¿quién será?
- -Déjala, hijo, que ya se marchará.
- -No me voy, no me voy, que entrando en la habitación estoy...

Y más cerca:

- -Tan, tan.
- -¿Quién, quién?
- -Soy tu madre, que vengo a buscar la asadura, ura, que me la has robao de mi sepultura.
- -Ay, padre, ¿quién será?
- -Déjala, hijo, que ya se marchará.

No me voy, no me voy, ¡que tirándote de los pelos estoy!

La asadura II

Era un matrimonio que tenía un hijo, y se murió la mujer. Y no tenían pa cenar, y se fueron a la sepoltura de su madre y se cogieron la asadura y se la cenaron. Y todas las noches llamaban a la puerta: "Tan, tan". Y decía el hombre:

-¿Quién, quién?

Y decía:

-Dame mi asadura dura que me has quitao de mi sepoltura.

Y decía el hijo:

- -Ay, padre, ¿quién será?
- -Déjalas, hijo, déjalas, que ellas solas se marcharán.

Y decía:

-No me voy, no me voy, que en las escaleras estoy.

Tan, tan.

- -¿Quién, quién?
- -Dame mi asadura dura que me has quitao de mi sepoltura.
- -Ay, padre, ¿quién será? -decía el hijo-.
- -Déjalas, hijo, déjalas, que ellas solas se marcharán.
- -No me voy, no me voy, que en el pasillo estoy.

Tan, tan.

- -¿Quién, quién?
- -Dame mi asadura dura que me has quitao de mi sepoltura.

- -Ay, padre, ¿quién será?
- -Déjalas, hijo, déjalas, que ellas solas se marcharán.
- -No me voy, no me voy, que en la sala estoy.

Tan, tan.

- -¿Quién, quién?
- -Dame mi asadura dura que me has quitao de mi sepoltura.
- -Ay, padre, ¿quién será?
- -Déjalas, hijo, déjalas, que ellas solas se marcharán.
- -No me voy, no me voy, que en la alcoba estoy.

Tan, tan.

- -¿Quién, quién?
- -Dame mi asadura dura que me has quitao de mi sepoltura.
- -Ay, padre, ¿quién será?
- -Déjalas, hijo, déjalas, que ellas solas se marcharán.
- -No me voy, no me voy, que a los pies estoy.

Tan, tan.

- -¿Quién, quién?
- -Dame mi asadura dura que me has quitao de mi sepoltura.
- -Ay, padre, ¿quién será?
- -Déjalas, hijo, déjalas, que ellas solas se marcharán.
- -No me voy, no me voy, que en la cabecera estoy.

Tan, tan.

- -¿Quién, quién?
- -Dame mi asadura dura que me has quitao de mi sepoltura.
- -Ay, padre, ¿quién será?
- -Déjalas, hijo, déjalas, que ellas solas se marcharán.
- -No me voy, no me voy, ¡que agarrrándote de los pelos estoooy!

María, la asadura

Era un matrimonio que tenía una hija llamada María, Y el padre murió dejando más deudas que otra cosa. La madre se apañaba como podía con el jornal que sacaba cosiendo, pero siempre era poco, así que María empezó a administrar las escasas perras que tenían con cierta exageración.

Un día la madre la mandó a la carnicería:

-Vete a casa del señor Ricardo y traes la asadura de un cordero.

Pero como a ella le parecía un gasto excesivo, fue a la sepultura de su padre, le sacó la asadura, la llevó a casa y se la comieron. Y a la noche, cuando se acostaron, se oyó llamar a la puerta:

- -Tan, tan.
- -Quién, quién.
- -María, dame mi asadura dura que me quitaste de mi sepultura...
- -Ay, madre, ¿quién será? -decía María-.
- -Calla hija, que ya se irá.
- -No me voy, no me voy que en el zaquán estoy.

Y otra vez:

- -Tan, tan.
- -Quién, quién.
- -María, dame mi asadura dura que me quitaste de mi sepultura...
- -Ay, madre, ¿quién será?
- -Calla hija que ya se irá.

-No me voy,	, no me vo	y que en	las esca	leras estoy.
-------------	------------	----------	----------	--------------

Y vuelta:

- -Tan, tan.
- -Quién, quién.
- -María, dame mi asadura dura que me quitaste de mi sepultura...
- -Ay madre, ¿quién será?
- -Calla hija, que ya se irá.
- -No me voy, no me voy, que en la alcoba estoy.

Y seguía:

- -Tan, tan.
- -Quién, quién.
- -María, dame mi asadura dura que me quitaste de mi sepultura.
- -Ay, madre, ¿quién será?
- -Calla hija, que ya se irá.
- -No me voy, no me voy, que en el cabezal estoy.

Y más cerca:

- -Tan, tan.
- -Quién, quién.
- -María, dame mi asadura dura que me quitaste de mi sepultura.
- -Ay, madre, ¿quién será?
- -Calla, hija, que ya se irá.
- -No me voy, no me voy que ¡tirándote de los pelos estoooy!!!





Agradecimientos

A quienes contaron:

Clotilde Abella (Burbia, en León) Sixto Alonso (Villabrágrima, Valladolid) Víctor Caballero (Villabrágrima, Valladolid) Modesta del Campo (Villabrágrima, Valladolid) Felicidad Carretero (Valbuena de Duero, Valladolid) Elisa Cebrián (Villabrágrima, Valladolid) Natividad Cebrián (Villabrágrima, Valladolid) Lourdes Chicote (Soria) Angelines de Diego (Fuentecén, Burgos) Laura Domingo (Fuentecén, Burgos) Angela García (Morales de Campos, Valladolid) Amalia Gómez (Cabezón, Valladolid) Cristeta Gómez (Cabezón, Valladolid) Pedro Gómez (Villabrágrima, Valladolid) Carmen González (Olmedo, Valladolid) Luisa González (Valladolid) Teófila Guijarro (Fuentecén, Burgos) Félix López (Avila) Marina López (Traspinedo, Valladolid) Modesto Martín (Villabrágrima, Valladolid) María Villanueva (Valladolid) Sinforosa Velasco (Villardegua de la Ribera, Zamora) Leonor Gorjón Notario (Vilvestre, Salamanca) Constantina García (Pisón de Castrejón, Palencia) Agapita Olmos (Bernuy, Segovia)

Y a quienes recopilaron:

Joaquín Díaz Modesto Martín Cebrián Antonio Sánchez del Barrio Luis Díaz Antonio Lorenzo Vélez Milagros Hijas Alfredo de Diego Alberto Jambrina



ÉRASE QUE SE ERA...



Fundación Joaquín Díaz • 2020

Publicaciones Digitales

funjdiaz.net